

MI PEQUEÑA GUERRA

Louis Paul Boon

Traducción de **Ronald Brouwer**



DE CONATUS

COLECCIÓN MEMORIA DE
LA HUMANIDAD

MI PEQUEÑA GUERRA

MI PEQUEÑA GUERRA

Louis Paul Boon

Traducción del neerlandés

Ronald Brouwer

DE CONATUS

COLECCIÓN MEMORIA DE
LA HUMANIDAD

Este libro ha sido publicado con el apoyo de Flanders Literature (www.flandersliterature.be).



Título original:
Mijn kleine oorlog

De esta edición:
© De Conatus Publicaciones S. L.
Casado del Alisal, 10
28014 Madrid
www.deconatus.com

Copyright © 1947/2002 The Estate of Louis Paul Boon
Original title *Mijn kleine oorlog*
First published in 1947 by Em. Querido's uitgeverij B.V., Amsterdam

© De la traducción: Ronald Brouwer
Primera edición: Marzo de 2019

Diseño de la colección: Álvaro Reyero Pita

ISBN: 978-84-17375-23-2

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o ser transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni otra manera sin previo permiso de los editores.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
comunicacion.deconatus@deconatus.com

Índice

[Prólogo de Ronald Brouwer](#)
[Presentación de Willem Elsschot](#)
[escribes tu «pequeña guerra»](#)
[El libro sobre la guerra](#)
[Los peces dorados](#)
[La frontera](#)
[Seudoalucinación](#)
[Noche roja](#)
[El viejo urraca](#)
[Van den borre](#)
[Pequeños ladrones de carbón](#)
[Atún](#)
[Un señor sensiblero de la protectora de animales](#)
[Carta](#)
[Depósito de nafta](#)
[Los 2 ciegos](#)
[Limpieza](#)
[Comentando esto y aquello...](#)
[Un soldado del 14-18](#)
[Historia sencilla](#)
[Se vende piano](#)
[Albertine spaens](#)
[La primera hora](#)
[El señor de swaem y el señor boone, oportunistas](#)
[Oda a las boswell sisters](#)

[La última](#)

[Justicia](#)

[Alguien que estuvo en buchenwald](#)

[Le drapeau](#)

[Carta de mi amigo pintor](#)

[Objetivo f-i-8](#)

[Premios](#)

[A todos...](#)

[Self-defense](#)

[APÉNDICES](#)

[Reencuentro con Ostende](#)

[Quince años más tarde](#)

[Palabra final](#)

PRÓLOGO

Mi pequeña guerra: no puedes dejar de leerla. Porque no dejas de asombrarte.

Te tropiezas con el lenguaje y al desconcertarte se te abren los ojos ante la subversiva elocuencia que posee.

Quieres poner interrogantes por la incongruencia formal, temática y de perspectiva, que hace desiguales las historias y sus comentarios añadidos, pero cuando tratas de verbalizar tus dudas su carácter directo, su autenticidad y su originalidad los convierten en exclamaciones.

Te escandaliza la psicología en blanco y negro, la visión sesgada del colaboracionismo, la resistencia y la represión, y la ceguera ante las tendencias positivas. Esa molestia se repliega cuando descubres detrás de la apariencia de ingenuidad el pensamiento y la acción complejos, los infinitos matices que invierten esa visión y, sobre todo, la infatigable esperanza de un mundo mejor.

Así empieza un vasto estudio dedicado a *Mi pequeña guerra*^[1], y no sabríamos expresarlo mejor. Mucho se podría escribir sobre este libro en su contexto literario –se suele señalar la influencia de Céline y Dos Passos– y en relación al complejo panorama histórico de un país que ya estaba dividido y que por segunda vez se tuvo que enfrentar a una invasión y posterior ocupación. Pero en estas palabras previas nos dedicaremos principalmente a presentar al autor y a describir el devenir de este texto, del que existen tres versiones con diferencias sustanciales.

De Louis Paul Boon, una de las voces flamencas más significativas de la literatura del siglo xx, se conocen en España solo dos títulos: *El camino de la capillita*^[2], publicado en 1979 por la editorial Destino, que ya únicamente se encuentra en librerías de viejo, y *Daens*, la película de Stijn Coninx a partir de su novela *Pieter Daens*^[3]. Ambos libros, en los que late el despertar del movimiento obrero del siglo xix, transcurren en la ciudad natal del autor,

Aalst (en español: Alost), una localidad a treinta kilómetros de Bruselas con una importante industria textil, junto a otras fábricas, p. ej. de glucosa y de cerveza.

Allí nació Boon, en 1912, en el seno de una familia humilde. Aunque vivían lejos del frente, la Primera Guerra Mundial marcó su niñez, como testimonia en su *Retrato de juventud hecho trizas*^[4], que rememora el temor que le contagiaba su madre, la incomprensión, pero también la sensación de que «solo la gente de nuestra calle era gente de verdad, mientras que el resto del mundo era algo así como un telón de fondo».

Fue buen alumno, especialmente en Lengua, aunque le costaba aceptar la autoridad. Le echaron del instituto por haber sacado libros de una biblioteca no católica, compartiéndolos con sus compañeros. Empezó la carrera de Bellas Artes, pero la prolongada enfermedad de su padre le obligó a abandonarla y a trabajar como pintor de brocha gorda. Uno de sus primeros empleos fue en una fábrica de coches cerca de Bruselas, donde le despidieron por cantar la Internacional, según contó el propio Boon con su tendencia a la mistificación.

En 1936 se casó con Jeanneke de Wolf, una costurera que llevaba una pequeña tienda de ropa para niños. Entonces, en septiembre de 1939, seis meses después de nacer su hijo Jo, ante la amenaza de una nueva guerra Boon fue llamado a filas; y tras un periodo de relativa calma, en mayo de 1940 estalló efectivamente la guerra. En la defensa del Canal Alberto, en un pueblo fronterizo cerca de Maastricht, los alemanes le hicieron prisionero; tuvo que ir caminando hasta Aquisgrán y de allí le llevaron en un camión para transporte de animales al campo de detención de Fallingbostel, en el norte de Alemania, cerca de Hannover. En agosto, en el marco de la *Flamenpolitik*^[5], pudo regresar a Alost, que entre medias había sido tomada por los alemanes. Sus vivencias junto al Canal Alberto y en el *lager* quedan reflejadas en *Mi pequeña guerra*, que por lo demás retrata más bien la cara no directamente bélica de la guerra, es decir, la vida cotidiana en una ciudad ocupada.

Para superar la depresión, fruto de la experiencia traumática, a su regreso a casa se volcó con mayor ahínco que antes en la escritura y el dibujo, mientras seguía ganándose la vida, muy a su pesar, subido a escaleras y andamios pintando fachadas o arreglando canalones y cristales rotos. En 1943 recibió

por su primer libro, *El suburbio crece*^[6], el Premio Leo J. Kryn. A los que no hemos vivido ninguna guerra nos extraña que en plena ocupación y en tiempos de precariedad se entregasen premios literarios, e incluso con dotación económica, pero esta paradoja concuerda precisamente con lo que transmite *Mi pequeña guerra*: la vida se altera, pero continúa.

El debut de Boon retrata la vida en una calle del extrarradio de la ciudad en la época de entreguerras, una hilera de casas obreras y sus habitantes. De hecho, más que las figuras que aparecen en *El suburbio crece*, la protagonista es la propia calle, dejando traslucir motivos como la lucha de clases y el deseo sexual, un «cementerio de ilusiones», como dice la contraportada de una reedición reciente.

Tras la publicación de su segunda novela, *Abel Gholaerts*, sobre un pintor incomprendido con rasgos de Van Gogh y del propio autor, en el mes de noviembre de 1944 Bélgica fue completamente liberada, aunque después todavía hubo una inesperada ofensiva de los nazis en las Ardenas. Invitado a escribir una serie de crónicas de guerra para el nuevo semanario *Zondagspost*, Boon presentó algunas a modo de prueba, redactadas a partir de apuntes sueltos que desde la primavera había ido anotando en un cuadernillo. La respuesta fue muy positiva: era justo lo que esperaban de él. «No hace falta que las crónicas sigan un orden. Mézclalas, y así podrás intercalar de vez en cuando una que transcurra en el presente», respondió su redactor^[7].

Estas colaboraciones bajo el título genérico de *Mi pequeña guerra* empezaron con «Noche roja» (24 de diciembre de 1944, en el primer número de *Zondagspost*) y terminaron con «Objetivo F-I-8» (12 de agosto de 1945, pocos días después del ataque atómico sobre Nagasaki). Eran relatos de temor y hambre, afán de supervivencia, colaboracionismo con el alemán, falta de entendimiento entre flamencos y valones, y esperanza de crear un mundo más justo cuando acabara la guerra. En total fueron 33 crónicas, siendo cada una un flujo impetuoso de palabras y digresiones, sin dividir párrafos, con giros dialectales y saltos entre pretérito y presente, entre primera, segunda y tercera persona, utilizando a menudo el polisíndeton (casos como «duda y furor y desesperación y amor inoportuno») o al

contrario prescindiendo de conjunciones o comas, creando así una sensación de espontaneidad y urgencia por compartir estas historias.

Más tarde, Boon juntó estos textos para publicarlos en forma de libro, cambió el título de algunos de ellos y los reordenó siguiendo, ahora sí, la cronología. Aunque al leerlo no salta a la vista, el resultado es bastante equilibrado: el libro abre con una doble declaración de intenciones: «escribes tu “pequeña guerra”», que no formaba parte de la publicación en *Zondagspost*, y «El libro de la guerra», que originalmente se publicó en mayo, ya muy avanzado el ciclo, cuando varios amigos de Boon volvieron de los campos de concentración; y termina con «Self-defense», también de mayo. De esta manera, Boon dotó al libro de un comienzo y un cierre programáticos. Y dentro de este marco hay tres capítulos que relatan la invasión, la derrota y el cautiverio; luego quince sobre la supervivencia en el día a día de la ocupación; casi en el centro están los capítulos «Albertine spaens» y «La primera hora» que aluden respectivamente al desembarco de los aliados en Normandía y a la retirada de los alemanes de Alost; y después hay otros diez dedicados a los primeros meses de posguerra (la persecución de los colaboracionistas, el desarme de la resistencia, el regreso de los supervivientes de los campos...). No se incluyó, posiblemente por olvido a causa de la premura, la crónica «Reencuentro con Ostende», que aquí adjuntamos como apéndice.

Boon no solo reordenó los textos, también los retocó. Fue aún más osado que en la versión original en los exabruptos, la omisión de mayúsculas y una puntuación anárquica. Cambió algunos nombres propios o los sustituyó por *dingen* («fulano»), tal vez para evitar que figuras reales se molestaran al reconocerse. Además, añadió a cada episodio unos párrafos en cursiva, sin apenas conexión con el texto que les precedía y rompiendo con la cronología. Para algunos de estos comentarios, resúmenes de anécdotas con escaso desarrollo, reubicó pasajes de otras crónicas, concretamente de una que suprimió, «Feria heroica», pero en su mayoría fueron nuevos, a partir de sus apuntes previos. La edición, que vio la luz en 1947, contó con un texto de presentación de la mano de Willem Elsschot^[8].

De cara a la nueva publicación por una editorial de Ámsterdam, en 1960, Boon suavizó las expresiones más provocadoras, puso bastantes más puntos,

comas y mayúsculas –sin llegar al uso estándar– y sustituyó por equivalentes algunas palabras flamencas que el lector holandés probablemente no entendería. Suprimió el capítulo «Premios» y tras el último añadió dos textos nuevos: «Quince años más tarde» y «Palabra final».

Tanto la edición de 1947 como la de 1960, concluyen con una frase lapidaria, respectivamente: «Da patadas a la gente hasta que tenga conciencia» y «¿Qué sentido tiene todo?». El paso de la primera, más esperanzadora, a la segunda, más escéptica, parece un indicio de la evolución de Boon en ese intervalo, que va en paralelo con la de la sociedad: tras la mezcla de ilusión e ira de los años de la Reconstrucción, el nihilismo de la Guerra Fría.

En una distendida entrevista posterior^[9], Boon justificó las modificaciones de la siguiente manera:

No fue mi intención escribir un libro bonito o hacer literatura, mi intención era dar patadas hasta que la gente tuviera conciencia. Lo conseguí en cinco o seis personas, pero mi objetivo era conseguirlo en seis mil o seis millones de personas. Entonces se planteó una reedición y me pregunté: ¿qué hago? ¿Me presento otra vez como el hombre que rompió el muro de las palabras malsonantes o tengo el valor de suprimir algunas de ellas, procurando así que el libro llegue a todas partes, que lo lea todo el mundo y me permita dar patadas a toda esa gente hasta que tenga conciencia? Esto me pareció lo más importante y por eso suprimí esas palabras malsonantes. Sigo siendo el mismo, pero no puedes estar dando patadas siempre porque al final los zapatos se desgastan. No me he ablandado, solo es que ahora sé relativizarlo.

Aunque la edición de 1960 fue la última versión del autor, tras consultar con la editorial que publica sus obras completas hemos optado aquí por traducir la edición de 1947, más genuina, más impulsiva, que complementamos con los dos textos añadidos a modo de apéndices^[10].

A partir de la guerra, Boon colaboró con diferentes revistas de izquierdas, moviéndose entre anarquismo, comunismo y socialismo, y en la mayoría de

sus libros se percibe una reivindicación de la justicia social, mientras que otra línea que atraviesa su escritura es el erotismo. De entre sus numerosas obras posteriores cabe destacar: *El camino de la capillita* y su continuación, *Verano en Ter-Muren*; *Minué*, que junto a *El camino de la capillita* es su novela más traducida y ha sido adaptada para teatro y cine; y *El libro de los mendigos*, publicación póstuma, que evoca la rebelión flamenca contra el dominio español, liderada por los *geuzen* («mendigos»)[11]. También siguió activo en las artes plásticas; se estima que realizó un total de más de mil obras, con técnicas tan diversas como el dibujo a lápiz y al carboncillo, la pintura al óleo, el linograbado, el *collage* y la escultura.

Boon falleció en 1979 a causa de un ataque cardiaco.

Terminamos este prólogo con un comentario que hizo Jonathan Coe[12] tras leer *El camino de la capillita*, que en buena medida se puede aplicar también a *Mi pequeña guerra*:

Lo que más me atrae en El camino de la capillita es algo que, según he visto a lo largo de los años, asusta a la mayoría de los lectores potenciales. Si he de resumir ese rasgo en una sola palabra, lo llamaría «duda». A juzgar por esta novela, Boon me parece uno de los principales promotores de la duda estética, moral y política de la literatura europea. [...] Nos regala uno de los halagos más grandes que un libro puede dar a su lector: nos invita a ser personas comprometidas y pensantes. Con eso no digo que sea una lectura laboriosa. Boon nunca olvida ese otro deber del novelista, cuyo incumplimiento es uno de los pecados capitales para un escritor: el de proporcionar placer al lector. A través de su prosa corre un flujo de humor, que es un humor provocador, tentativo: una y otra vez te da la sensación de que el humor está ahí para combatir la desesperación del autor, y de la humanidad, que no para de emerger.

RONALD BROUWER

[1] Bert Vanheste, ‘Want uw vijand wie is dat?’ *Mijn kleine oorlog: Louis Paul Boon als ongelovige dromer* («Pues ¿quién es tu enemigo?» *Mi pequeña guerra: Louis Paul Boon como soñador incrédulo*), Querido, Ámsterdam, 1989.

[2] Título original: *De Kapellekensbaan* (1953).

[3] Título completo: *Pieter Daens of Hoe in de negentiende eeuw de arbeiders van Aalst vochten tegen armoede en onrecht (Pieter Daens o Cómo en el siglo XIX los obreros de Alost lucharon contra la miseria y la injusticia)*. Publicada en 1971 y galardonada con cuatro premios, entre ellos el Premio Nacional de Narrativa.

[4] *Verscheurd jeugdportret* (1975).

[5] Término alemán, «política proflamenca», que se refiere a cierta tendencia a privilegiar, desde el afán pangermanista, a los flamencos y así distanciarlos de los valones.

[6] *De voorstad groeit*.

[7] Carta de Gust van Hecke a Boon, 5 de diciembre de 1944. En: Louis Paul Boon, *Mijn kleine oorlog (Mi pequeña guerra)*, Querido, Ámsterdam, 2002.

[8] Escritor flamenco ya consolidado por entonces, que fue miembro del jurado que concedió el Premio Leo J. Kryn a Boon. En España se le conoce por su emblemática novela *Kaas* (*Queso*, Losada, Madrid, 2004).

[9] Joos Florquin, volumen 8 de la colección *Ten huize van... (En Casa De...)*, Davidsfonds, Lovaina / Orion-Desclée de Brouwer, Brujas, 1972.

[10] Hemos trabajado a partir de la edición mencionada en la nota 7 de página 14, que incluye íntegramente las tres versiones de *Mi pequeña guerra* así como los apuntes previos.

[11] Títulos originales: *Zomer te Ter-Muren* (1956), *Menuet* (1955), *Het Geuzenboek* (1979).

[12] *Marginal Notes, Doubtful Statements (Notas al margen, declaraciones dudosas)*, Penguin Books, Londres, 2013.

PRESENTACIÓN

Leo J. Krijn fue uno de mis amigos de la infancia y cuando su viuda en 1941 o 1942 decidió conceder un premio literario en memoria de su marido[13], no pude negarme a ser por primera vez en mi vida miembro del jurado que determinaría quién había presentado el mejor panecillo.

Tuve que digerir bastantes manuscritos sobre el amor, la muerte y otras peripecias, largos y cortos, escritos a máquina o a mano, de autores mayores y jóvenes, hombres y mujeres. Todos eran para mí desconocidos: esperanzadas personas anónimas, repartidas por todo el territorio flamenco, que en pueblos y ciudades aguardaban con un pálpito en el corazón la noticia de que «su relato se había llevado la palma».

Fue una tarea ardua, porque para mí es siempre una tortura tener que tragarme un relato entero cuando ya en la primera página se ve que quien habla al lector no es una personalidad, alguien que tenga algo que decir. No tanto algo que no haya sido dicho anteriormente, porque todo ya ha sido dicho en algún momento, sino más bien algo que no se ha contado de esa manera, con ese acento. Y todos esos relatos me aburrían, me ponían enfermo. El último se titulaba *El suburbio crece* y era, por desgracia, tres veces más voluminoso que el más gordo de los tediosos escritos que ya había engullido en esa semana de dolores. Estaba a punto de dejar de lado ese brontosaurio sin leerlo, cuando mi conciencia se opuso. Eso no podía ser, no podía fallar un juicio hasta que me hubiera ocupado de aquel último mamotreto. Así que me puse a ello con la resignación con la que suelo empezar las extensas novelas de nuestro colega Dostoyevski, en las que todo el rato compruebo si todavía no voy por la mitad y que sin embargo leo hasta la última página porque no puedo remediarlo.

Empecé a las ocho y media de la noche y recuerdo que no lo dejé hasta que mi mujer me llamó desde la cama para decir que ya eran las dos y media. Me sacudí, hice el recuento y vi que iba casi por la mitad. Sin leer la otra mitad escribí rápidamente al jurado que, por mí, podían dar el premio al tal L.P.

Boon, pues así se llamaba el desconocido. Resultó que mis compañeros opinaban exactamente lo mismo.

Mi pequeña guerra es con la misma fuerza que *El suburbio crece* y *Abel Gholaerts* una obra de Boon. Como se reconoce un cuadro de Rubens al ver solo un pecho, una pierna, un trasero, o incluso un árbol o un objeto, de la misma manera se reconoce la prosa de Boon por cualquiera de sus páginas. Su estilo es áspero, insolente, tosco, a veces vulgar, pero todo eso es intencionado y consciente, desde un propósito bueno e incluso noble. Y es que Boon es un idealista, por muy estrafalario y antiburgués que parezca el modo en que expresa su idealismo. Observa a su alrededor tanta injusticia, opresión, cobardía y mezquindad, que no sabe por dónde «comenzar». Es como si tuviera miedo de morir antes de expulsar toda su hiel, antes de aplastar esos miles de millones de larvas. «Los 2 ciegos» es la más bonita estampa de Brueghel el Viejo que uno puede imaginarse. No solo por el propio par de ciegos que parecen recortados del cuadro de Brueghel, sino también por el paisaje invernal y el barrio obrero con su atmósfera de precariedad. Un retrato magistral. «Albertine Spaens» es un himno a la miseria y un anatema sobre la sociedad en la que esos fenómenos medran como hongos. En «La primera hora» está la alegría por la liberación tras un largo sueño de terror, una alegría tan enorme que se manifiesta como un gran dolor que al fin, al fin, puede tomar su curso. «Oda a las Boswell Sisters» es un poema de puro lirismo, porque Boon es un poeta, por mucho que lo niegue. Por cierto, si se resiste demasiado le pondré bajo sus narices su propio «Lea Lubka» hasta que tenga la humildad de admitirlo. Y en toda la obra resuena el tono desanimado de alguien que pone su mejor cara, eso sí, pero que en el fondo de su alma no cree que algún día las cosas mejorarán.

Estimado lector, no lea este libro con los ojos del crítico literario, no busque dónde sobra o falta o falla la puntuación, ni las expresiones que se alejan del lenguaje estándar o los galicismos; léalo con el corazón, con una chispa del gran sentimiento humano con el que Boon lo escribió. Despertará en usted la más profunda dignidad humana y a lo mejor usted ayudará al autor a aplastar esos miles de millones de larvas que nos asedian a cada uno de nosotros en su propia pequeña fortificación idealista, esas larvas que impiden la Gran Fraternidad, la fraternidad entre blancos y negros, entre británicos, alemanes

y rusos, la fraternidad que al menos ha de acabar con la mayor atrocidad colectiva: la guerra. Pónganse bajo la bandera de Boon, porque su «pequeña guerra» no es otra cosa que la «guerra a la guerra».

WILLEM ELSSCHOT
Amberes, 31 de marzo de 1946

[13] Leo Jan-Baptist Krijn (también escrito como Kryn) había sido escritor y editor. El primero en ganar este premio, en 1942, fue Boon. (Todas las notas son del traductor, salvo cuando se indique lo contrario.)

escribes tu «pequeña guerra»

preferirías escribir otro libro – grande hermoso agitado justo – lo llamarías así: «estas son las blasfemias y las oraciones del hombre pequeño frente a la gran guerra, son cantos, es LA BIBLIA DE LA GUERRA» – pero otro día lo que más deseas es aplastar tu pluma estilográfica sobre el tablero de tu mesa – parece divertido pero eso te obliga a comprar al día siguiente una pluma nueva – porque pese a todo vas a escribir, es una necesidad congénita – hay gente que se deja la vida blasfemando y otra que se da cabezazos contra las paredes

tú escribes tu «pequeña guerra»

El libro sobre la guerra

Un pequeño escritor escribe su pequeña guerra, pero ¿qué gran escritor se va a levantar para ofrecernos Su-Libro-Sobre-La-Gran-Guerra (todo con mayúsculas)?, de hecho, ofrecernos es una palabra demasiado decente para semejante libro. Arrojárnoslo a la cara, tirárnoslo a nuestra turbada conciencia, estaría más cerca de la verdad, es decir, del decoro. A lo mejor tú, que fuiste atormentado en tus propiedades y bienes, como suele decirse, pero que fuiste atormentado aún más en tu alma, al haber sido evacuado como una res y deportado como un delincuente, bombardeado y ametrallado y fusilado y usado para entretenimiento como una lata vacía a la que los niños pegan patadas, al haber muerto 100 muertes, al ser mutilado amordazado y desdentado con una llave inglesa, de modo que, sentado como el santo job con sus úlceras... o mejor dicho, como el pequeño Frans Wauters, que en kassel^[14] tenía que repartir las cartas a los obreros extranjeros y durante el bombardeo se refugió en una arqueta de aguas residuales y, al salir de ella, ya no vio kassel... Si me hubieran puesto una silla debajo de mis trémulas piernas, sentado allí podría contemplar aquello-que-había-sido-kassel... sentado igualmente en una silla y contemplando aquello-que-ha-sido-europa – vaya, otra vez unas dimensiones demasiado reducidas – aquello-que-ha-sido-el-mundo, podrías escribir el libro que tal vez no tendríamos siquiera el valor de leer o del que quizá diríamos: no lo entiendo, porque estamos habituados a leer palabras unidas entre sí con el pegamento de letras que nacieron muertas y solo apreciamos la belleza en algo que, como suele decirse, tiene ritmo, o rima, o carece de sentido. Y es que escribirías palabras nacidas de sudor y barro y caballos muriéndose en un carro con las ruedas hacia arriba y bloques de viviendas agrietados por la expansión del aire y también sangre. Con semejantes palabras compondrías frases como raíles que empiezan de forma normal y corriente pero que más adelante apuntan hacia arriba, como si los trenes bombardeados tuviesen el propósito de dirigirse

hacia el cielo pero al final de esos raíles, como no puede ser de otra manera, volviesen a precipitarse sobre la tierra – como, por cierto, cualquier cosa que aspira a subir. Compondrías frases como nuestros brazos que se alzan en ademán de compasión pero que a mitad de camino se detienen porque aquí no hay compasión que valga, ya que si nuestras manos no matan, seremos matados nosotros, serán quemados nuestros libros, serán condenados nuestros cuadros como arte indigno, serán considerados nuestros pensamientos más hermosos como ideas-de-un-demente y solo permanecerán los pensamientos de sádicos y montahogueras medievales. Y tus sangrantes palabras, ensartadas hasta formar tortuosas frases de dolor, compondrán páginas como campos sembrados de minas y arados por tanques, como las ciudades silentes y aún humeantes de varsovia coventry hamburgo járkov róterdam y cualquiera de rusia, país del que nos hicieron creer que únicamente estaba habitado por furcias que devoraban a sus hijos y hombres que andaban por ahí con un cuchillo apretado entre los dientes. Ay, tu libro sería un libro de lágrimas condensadas y lascivia-en-la-muerte e inmundicia impropia de publicación alguna pues la gente ya te mira por encima del hombro cuando apenas un mecagüendiós desluzca sus páginas, mas en Tu Libro será el llameante testimonio de la bestia que pudo vencer al espíritu, del dragón que se subió a san miguel sacando su serpenteante lengua. Tu Libro, que solo habrás escrito para ti mismo, para escapar de tu mudo dolor y tu ciego temor y no volverte loco, será el espejo el abismo el infierno, en el que generaciones venideras – tal vez previo pago de 25 cénts. como en un museo, porque también entonces habrá gente que se aproveche – podrán asomarse para... vamos, ¿para qué?, a lo mejor para empezar otra vez. Para decir, mientras van asesinando y violando y desperdigando mentiras, que jamás se publicó mentira más gorda que la de tu libro. Para expulsarte en nombre de la santa iglesia y ponerte en el índice de libros prohibidos y arrojarte a una nueva hoguera y bailar como indios a su alrededor. Porque yo, pequeño escritor, tengo pequeños enemigos que lanzan papel mascado, pero tú, gran escritor, tendrás grandes enemigos, que vendrán a deshonorarte hasta en tu memoria más lejana.

¿dónde están los tiempos en que luchabas por saldar la hipoteca de tu casita, ora avanzando al tener un trabajillo ora retrocediendo al quedarte en paro?

y una mañana tu mujer te dice: toca aquí SIENTO VIDA, y al mismo tiempo el agente te trae la carta de movilización –la casa que en adelante tu mujer tiene que ir pagando sola, y los paquetes que te envía, y las cartas que te escribe– un día: ya no siento vida, ¿habrá pasado algo?, y al día siguiente: ay, graciasadiós, ha dado la vuelta a su nido

mientras tanto, recibes 1 franco diario y la gente roba mantequilla y zapatos y los oficiales van borrachos y estalla la guerra justo cuando te encuentras junto al canal alberto[15] y delante de ti están los cabrones pardos[16] y por detrás echan a correr los otros cabrones, entonces estás en un buen lío – tu hijo debe de estar empezando a andar, pero tú no lo sabes – no sabes si de hecho ELLA ha de asumir sí o no los gastos – y encima ESTÁN CAYENDO BOMBAS, puede que ya esté muerta

BUM

ay, eso ha sido cerquísima

y decir que la mayoría se aferraba todavía a la idea de que eran meros ejercicios de maniobra

[14] La ciudad alemana de Kassel fue el primer centro de trabajos forzados, con presos procedentes de distintos países, entre ellos de Bélgica. Fue una de las ciudades con mayor número de víctimas a causa de los bombardeos.

[15] Conecta Lieja con Amberes y durante la guerra sirvió como línea de defensa.

[16] Miembros del Ejército alemán, frente a los «otros cabrones» con los que Boon se refiere a los del Ejército belga.

Los peces dorados

Yo sabía que van den abeele estaba en el suelo con el hombro desgarrado pero no le miré, volví la cabeza hacia el teniente de la 9^a, que braceando en la carretera de adoquines les gritaba: *saligauds, boches*[\[17\]](#), como si en la otra orilla del canal alberto pudieran oírle. En cualquier caso había ruido suficiente, a pocos pasos de nosotros uno disparaba su ametralladora hasta vaciar la cinta sentado en una silla que había sacado de la heladería y a lo mejor se le antojaba como un espectáculo igual al del campo de tiro militar. Si no fuera por los *stukas*[\[18\]](#). Y si no fuera por esa sed espantosa. Bah, dijo el telegrafista, depende de cuál sea tu sino, si has de morir mueres. Fulano respondió que aun así en una hora murieran más hombres allí que en su pueblo en 10 años, no fastidies, entonces el telegrafista se encogió de hombros y se puso a explicarme que ESE ERA NUESTRO SINO, que en el pueblo no moría nadie porque era su sino venir a morir aquí. Entonces fulano quiso replicar cuando otra vez los asquerosos *stukas* bajaron aullando y traqueteando y aquello se volvió insoportable. Los 2 de la enfermería espetaron que no podían estar en todas partes a la vez, malditasea, yo también estoy sangrando, dijo el más gordo de ellos indignado. Pues sí, era insoportable aquello, y encima con esas órdenes absurdas, trae nuevas municiones, dijo el teniente, pero no quedaban municiones, hacía ½ hora que habían volado por los aires. Y procura traerme pan, louis, me dijo. Resulta que se había unido a nosotros como un simple cabo de la academia militar y cada año que nos convocaban de nuevo al campamento había subido un poquito en el escalafón y nos miraba con un poquito más de desdén, pero cuando estaba en apuros me llamaba louis, así, en plan compañero. O sea que pedía pan. Como si no supiera que la cantina se había ido por el mismo camino que las municiones. Aun así fuimos, pues alejándonos del dique oiríamos con menos fuerza esos gritos de *VORWÄRTS*[\[19\]](#). Miré a fulano para pedirle que me acompañase justo cuando el telegrafista transmitió al teniente

la esperada orden: sálvese quien pueda. Aquello era como en las películas cuando el barco se va a pique, como posesos empezamos a destruirlo todo con un hacha, el ametrallador incluso astilló su silla, y pensábamos retirarnos por la carretera de adoquines pero ya estaba en plena línea de fuego de los de allí. Brysken contó hasta 3 y cruzó a toda velocidad al otro lado donde se desplomó boca abajo. Así que lo mejor era ir a través de la heladería y fulano rompió con la culata de su fusil la ventana y detrás había una pecera con peces dorados, que se volcó. Entramos por la ventana para abrir a patadas, en el lado opuesto, la puerta de la calle pero de repente fulano se detuvo y dudando se mordía las uñas, le vi coger aquel bol que había quedado entre el marco de la ventana y la peana, volvió a llenarlo de agua y con cuidado lo puso en su sitio. Y como me quedé esperándole me miró furioso, como si hubiera cometido diossabequé. Una vez fuera, tuvimos que agacharnos en una zanja porque los de allí habían cruzado ya el canal y no me atrevía a mirar hacia atrás pues TODO eran llamas. Y en esa zanja, fulano me dijo: si TÚ vivieras en esa heladería y regresaras a casa, ¿no te gustaría ver que tus peces dorados seguían en su sitio? Pues... ¿entonces por qué mirabas tan enfurruñado? Y me reí, no fui yo quien miró enfurruñado, le dije, sino tú.

a decir verdad en lo de los peces dorados hay un poco de imaginación pues la historia se presta – sucedió así: fulano tuvo que pasar por el hueco de un seto con la ametralladora sobre el hombro y se quedó atrapado – le dijimos a voces que cortara la correa de cuero de la ametralladora pero no nos oía, estaba en la línea de fuego de las balas enemigas y se cagó en los pantalones allí mismo

en cambio, fulano – por supuesto, otro fulano distinto – estaba por encima de la zanja, con un pie a cada lado, y así disparaba un cartucho tras otro – estaba loco de ira

¿y yo?, bueno, me estaba comiendo las uñas y observándolo todo y trataba de detener mis pensamientos que corrían hacia el manicomio, ¿ya estarán lanzando obuses también POR ALLÍ?, pensé – dios mío, meca güendiós, que

no mueran ellos, que los vuelva a ver una vez más, ¿QUÉ ES ESO DE TENER UN HIJO Y LUEGO MORIR SIN HABERLO VISTO?

prosper cuenta: hubo alguien que perdió un ojo por un disparo y cuando le llevaron al refugio del médico de campaña el médico justo se disponía a irse, tuvimos que forzarle con nuestras bayonetas a volver a entrar en el refugio y primero ocuparse de ese ojo

junto al camino: 2 camilleros con los brazos desgarrados y una camilla volcada con sus 4 varales desgarrados y el moribundo al lado, SUFRIENDO UN NUEVO IMPACTO DE OBÚS

y 2 soldados que se marcharon del canal alberto fueron detenidos por unos gendarmes-que-también-se-habían-marchado y les llevaron a la plaza de la iglesia a un tribunal de guerra, ante un general que no paraba de gritar y cabrearse y que iba en pantuflas, y de pronto aparecieron los aviones alemanes y el general-en-pantuflas se subió rápidamente a un coche y se fue, gritando QUE TENDRÍAN QUE PERSONARSE MÁS TARDE ANTE EL TRIBUNAL DE GUERRA

y luego, a propósito del general, mi mujer me contó que todos esos viejos con sus quepis con banda roja[20] pasaron en coche delante de nuestra casa y que estaban demasiado decrépitos para poder moverse, pero que llevaban consigo grandes y bonitos perros y mozas de apenas 16 años

[17] Saligauds: (francés) cabrones. Boches: (idem) término despectivo para referirse a los alemanes.

[18] Del alemán *Sturzkampfflugzeuge*: bombarderos en picado.

[19] En alemán: adelante.

[20] Es decir: oficiales

La frontera

Como los de allí estaban más alto, abarcaban con el fuego de sus ametralladoras el descampado por el que teníamos que pasar y donde primero teníamos que cortar, gateando, nuestra propia alambrada de espino. Vistos desde la zanja éramos un rebaño azuzado que se agolpaba junto a la alambrada haciéndose jirones la ropa. Esto empieza a ser una película de vaqueros de verdad, dije. Y blasfemé. Y les grité a los de allí que se arrojasen al suelo. Esto pasa porque no se ve por aquí ni un puñetero oficial, exclamó otro al que yo no había visto jamás. Y eso era cierto, mientras duraba la movilización no podías ladear un pie sin que te tumbaran con su llameante mirada, una vez fulano y yo fuimos represaliados porque estando de guardia junto a una pila de estúpidos tepes nos dormimos del aburrimiento. Pero aquí no volvimos a ver a ningún oficial desde el primer disparo, exceptuando al miserable teniente de la 9.^a, pero ¿qué significaba un tenientecillo frente a los de allí?, ahora bien, como el día anterior habíamos estado buscando todo el día municiones y comida terminamos por conocer la región mejor que nuestro petate, dimos un rodeo a la alambrada y así llegamos muchísimo antes a la carretera, es decir, habríamos llegado antes de no habernos topado con esos vehículos oruga pintados en tonos grisáceos, con un joven soldado subido a 1 de ellos que curiosamente extendía el puño hacia nosotros. Al instante, a unos pocos metros, el teniente fantasma de la 9.^a salió de la zanja, tiró al suelo su revólver y alzó las manos. Es posible que fulano dijera: «vamos», también es posible que lo dijera yo, el caso es que ambos tiramos nuestro fusil al suelo y nos pusimos al lado del teniente. Y el soldado en su uniforme negro se rio y dijo que tenía 18 años y que había luchado en polonia y en españa. Pero lo de españa... seguramente era un farol. Sacó sus falsos-cigarrillos-orientales y nos ofreció 1 y nos dijo que continuáramos *immer weiter*[\[21\]](#), y señaló con el brazo hacia la carretera. Y al señalárnosla su brazo parecía tan largo como la propia carretera. Seguía apretando el puño, lo miré

y no era de asombrar que lo extendiese hacia nosotros, pues llevaba un diminuto revólver. Esa carretera. Más tarde, fulano me preguntó: ¿viste esto y viste aquello?, pero creo que anduve con los ojos cerrados porque ya no me atrevía a mirar todos esos caballos y personas y niños y soldados belgas y alemanes, que estaban allí en el suelo en medio de su propio hedor. Y como de pequeño nos habían contado que el camino hacia el infierno es un camino de tinieblas, de inmediato reconocí ese camino. ¿Sabes más o menos dónde estamos?, preguntó fulano, miré y no vi nada, estábamos en un páramo cubierto de cascotes. Aquí estaba hasta anteayer aquella cafetería donde tenían ese bonito tocadiscos, dijo. Y aquí estaba la panadería y aquí es donde vivían aquellas 3 hijas cachondas. Hasta anteayer era el pueblo de veldwezelt[22] y ahora no era nada. Una de las 3 hijas, la más joven y para mí la más bonita, estaba allí en el suelo con... pero eso prefiero olvidarlo cuanto antes, y en el umbral del excafé había 2 alemanes en el suelo, como si se hubieran cogido una buena cogorza, dijo fulano, pero no me hizo gracia. Quedaba una sola cosa intacta, la capillita Ite Ad Joseph. Pero nosotros íbamos hacia el otro lado, en dirección a la frontera, donde había un poste y donde a partir de ese poste había otro país y vivía otra gente y había otras casas. Salió un campesino con un cubo de agua, nos dijo que si teníamos sed podíamos beber, miré al campesino y te resultará gracioso pero era clavado a stijn streuvels[23].

¿eso de que el campesino era clavado a stijn streuvels?, a lo mejor piensas que quiero decir que la gente de alemania podría ser igual que la gente de Bélgica, pero no es así: simplemente este se parecía a aquel, nada más – y si la gente era la misma es algo que desconozco, lo único que vimos eran praderas valladas con abundante alambre de espino, y mujeres gordas que desde la distancia se acercaban a mirarnos cuando nos desnudábamos para mostrar que no teníamos piojos – había curas entre nosotros y resultaba curioso ver cómo se avergonzaban de su desnudez, cuando un cura se hace soldado se le reconoce por la cruz dorada en el cuello de su uniforme y cuando tiene que mostrar que no tiene piojos se le reconoce por las manos tapando su desnudez – y por lo demás veíamos oficiales de las SS, que no hacían otra cosa que contar y recontar y hacer otro recuento más – y

pasábamos hambre – y luego efectivamente TUVIMOS piojos pero entonces ya no teníamos que mostrarnos

[21] En alemán: siempre adelante.

[22] Pueblo fronterizo entre Bélgica y Alemania.

[23] Escritor flamenco.

Seudoalucinación

¿Has visto cómo está voncke?, me preguntó fulano en la *stube*^[24], cuando tumbados con la cabeza apoyada en los brazos mirábamos las palabras grabadas en polaco. Claro, todos estábamos adelgazando todos teníamos hambre, pero lo de voncke era terrible verlo. Los ojos se le hacían más grandes que la cabeza, se hundían, se sumergían en su cara como una hoja sobre el agua. Estaba en el camastro superior en el rincón, sobre la paja y los piojos que habían dejado allí los polacos. Aparté la cabeza de las inscripciones polacas porque más allá de algo que parecía viva américa no entendía nada, y miré a voncke. Estaba más arriba y dirigía la vista por encima de nosotros a lo lejos, seguí su mirada y primero tuve la absurda idea de que a lo mejor estaba observando un pájaro en su vuelo y soñaba con la libertad, porque yo era entonces un tío sensiblero. Pero no era un pájaro, simplemente estaba mirando en dirección a la *küche III*^[25] donde un soldado alemán iba y venía junto a la alambrada sin avergonzarse siquiera por tener que hacer de vigilante. Ahora bien, voncke no podía ver al vigilante ni tampoco podía estar pensando en su casa, tenía que ser otra cosa muy distinta. Y a la noche siguiente en que sus hundidos ojos miraban algo que no veía, se puso a cantar. Era algo que habíamos aprendido todos en el colegio y que desde entonces no habíamos vuelto a cantar, lo de tallando bloques de sauce y si quieres bailar mojigata, algo que carecía de miga como tampoco la tenía la canción que la mayoría cantábamos detrás de la alambrada: pueblos de la tierra, vuestros hijos...^[26], si ya de por sí esas canciones escolares no tenían mucho contenido, cuando las cantó voncke, joder, cualquiera se echaría a llorar por lo patético que era. Miré alrededor en la *stube* y vi cómo todos estaban escuchándolo con un rictus de falsa sonrisa, hasta que alguien dijo: hombre, voncke, ¿por qué no te han llevado a la radio? Él mismo se rio y, a decir verdad, eso fue lo más triste de todo. Se animaron a gastarle una broma, o lo que en Bélgica se considera broma: como preguntar a un

campesino por el camino a nieuwerkerken y ver cómo se pone a hacer aspavientos cual molino y termina por mandarte a woubrechtghem[27]. Pues a voncke le preguntaron si quería hacer una actuación de cabaret en la *stube*. Lo hizo, se subió a una banqueta y cantó de un herrero en su herrería que martilleaba toc-toc-toc, y le preguntaron si al son del toc-toc-toc no podía bailar. También eso hizo, le dijeron que sería un buen bailaror de claqué y se puso a dar saltos y a zapatear con sus raídas botas militares en el suelo de madera de la *stube*, porque era de un pueblo donde ya había cine y a lo mejor en alguna película amarillenta había visto bailar así. Yo ya no podía mirar aquello y me fui a sacar la cabeza por la ventana abierta de las letrinas para observar por encima de la alambrada el brezal. Al rato apareció voncke, se subió a la letrina y palpó en la oscuridad, para al final volver a bajarse, decepcionado. ¿Buscas algo?, le pregunté. Sin sonrojarse murmuró algo e hizo ademán de escabullirse, lo paré y empecé a hablarle de su pueblo, que yo conocía, de las chicas de allí que menuda fama tenían, porque si un domingo al atardecer salías de la sala de baile casi se abalanzaban sobre ti, y del manicomio-de-mujeres que había en una colina, y sin transición alguna le dije: ¿estabas buscando algo encima de la letrina? Me miró fijamente con sus sumergidos ojos, y al ver cómo su labio inferior temblaba y temblaba supe que iba a desembuchar. Lo he soñado, dijo, en mi sueño lo he visto tan claro: había una ración de pan en la tabla de encima de la letrina, así que he venido a mirar.

enviamos una tarjeta – kriegsgefangenenpost[28] herido grave herido leve en buen estado de salud TACHAR LO QUE NO CORRESPONDA – y recibimos otra tarjeta de respuesta, que por allí todo iba bien, la casa estaba sin daños, el crío ya andaba como un ciervo y en el jardín había arrancado los puerros

ay, dijo alguien, cuánto podremos contar cuando volvamos a casa – y cuando al fin volvimos a casa no teníamos nada que contar, todo el mundo hablaba del éxodo[29] y todas las chicas jóvenes iban con vendas en las piernas como si fuera la nueva moda y todas las mujeres hacían cola en el reavituallamiento y casi se caían del hambre–

¿o sea que si al tercer día ya te hicieron prisionero de guerra no viste nada del éxodo?, me dijeron – y con apuro me apresuré a llegar a casa donde el crío que había arrancado los puerros se asustó de mi gabán harapiento y mis barbas y mi cara demacrada – le regalé EL PRISIONERO DE GUERRA, una figurita que había tallado allí en un trozo de madera con un cuchillo romo, lo rompió de un golpe y lloró y se escondió detrás de su madre

[24] En alemán: habitación. En este caso, la barraca donde dormían los presos.

[25] En alemán: cocina III.

[26] Las del tallador de zuecos y de la mojigata que no quiere bailar y otra que Boon menciona a continuación, sobre un herrero, son en efecto canciones infantiles populares. La que cantaban los soldados se titulaba «Guerra a la guerra» y sus primeras líneas eran así: Pueblos de la tierra, vuestros hijos / solamente desean vivir en paz.

[27] Hay una distancia de más de 100 km que separa estos dos pueblos, y visto desde Bruselas se sitúan en direcciones opuestas.

[28] En alemán: correspondencia de prisioneros de guerra.

[29] Huida masiva de la población hacia el suroeste de Flandes y el norte de Francia en las primeras semanas de la guerra.

Noche roja

Y luego, aquella noche en que las sirenas volvieron a ulular y mi mujer casi por costumbre dijo: coge tú al crío y sal al jardín, ahora voy detrás con una manta – creo que incluso en sueños lo hubiera dicho – aquella noche, ay, sujétame la máquina de escribir para que no me ponga sentimental. Les metí en el hoyo y les eché la manta sobre la cabeza y me dispuse a morir. Ya lanzaban la 1.^a bengala roja, allí, muy por detrás de la hilera de casas de obreros, y otra allí mira mira y otra[30]. Lo que están marcando es la línea de ferrocarril, dije. ¿Cómo que la línea de ferrocarril? Ahora había bengalas justo encima de nuestra casa y detrás de ella y delante, teníamos una casa rojo sangre y los de la esquina tenían una casa rojo sangre y toda la hilera de casas de obreros era una hilera rojo sangre. La ciudad se había transformado en una ciudad de juguete. ¿Están marcando la línea de ferrocarril?, preguntó mi mujer, y mi hijo, que es el eco: ¿es la línea de ferrocarril, papá?, respondí que sí pero tenía el corazón en un puño. Y el colgador-y-su-mujer y mathilde-con-sus-hijos y el protestante y toda la vecindad pobre que no tenía sótano acudieron al subsuelo de la casa en construcción al lado de la nuestra a buscar refugio. El colgador, que otras noches se fuma su cigarrillo y comenta: mira esto y escucha aquello, ahora observaba sin decir nada. Miraba y callaba. Sujetaba con la mano roja su cigarrillo rojo y trataba de controlar el temblor de sus dedos. Me asombré por aquello que dice la gente de que en momentos así uno ve pasar su vida entera, yo tan solo pensé que estábamos acabados, algo que por cierto llevo diciendo toda la vida, cuando se escurrió aquella tabla debajo de mis pies y cuando en la fábrica de fulano estalló la lámpara de nafta pero eso ahora no viene a cuento, salté al hoyo y metí la cabeza debajo de la manta y le oí decir a mi hijo: mas líbranos del mal amén. Mi mujer se puso pesada por lo mucho que duraba, diciendo: ¿por qué no las tiran de una vez? Pues eso, tirarlas y morir, pero difícilmente uno podía estar muriendo sin parar durante esa noche roja entera. Salí del hoyo y miré alrededor, allí

estaba en llamas el patio de maniobras y ni siquiera habíamos oído que las tirasen. Los aviones desaparecieron y la rojez se defendía con valor por mantenerse roja pero allá a lo lejos la noche se había quedado tal y como suele ser, negra con estrellas tintineantes. Y quieta, tan quieta que de repente uno oía caer, no sé por dónde, las bombas lejanas. El colgador-y-su-mujer y mathilde-con-sus-hijos y toda la vecindad que había estado en los subsuelos de al lado, subieron y cacarearon a cual más. Están cayendo sobre cortrique, dijo el colgador que estaba escuchando con la cabeza ladeada. ¿Dónde?, preguntó mathilde pese a que lo había oído perfectamente, sobre cortrique, repitió él, y toda aquella noche tintineante se llenó de la palabra cortrique. Y yo pensé en cortrique y en alguien a quien conocía, fulano, fulano que fue prisionero de guerra conmigo y al que había escrito una carta muy animosa a la que me había respondido que estaba paralítico, postrado en una silla con níquel en las piernas, y me pregunté cómo haría él para bajar al hoyo. Cuando la gente que se había refugiado por los campos donde había pasado más miedo aún ya que habían bajado paracaidistas según se comentó en susurros, cuando esa gente volvió el colgador dijo: por hoy el mundo se ha vuelto a salvar. Porque el mundo del colgador es esa hilera de casas de obreros y cortrique no forma parte de él, es otro mundo distinto. Una larga sarta de lucecitas de linterna avanzaba por los pequeños jardines en la noche roja que había vuelto a ser una noche negra, solamente a lo lejos en el patio de maniobras continuaba un tren en llamas.

y en erembodegem^[31] los alemanes reunieron a un montón de gente y la ametrallaron – pero hubo 1 que se dejó caer un segundo antes de tiempo y estuvo horas tumbado entre los muertos sin atreverse a moverse, por-la-noche-en-la-oscuridad se escapó de allí y se ocultó en un pozo fecal, asomando tan solo la cabeza

y jaspers, que está casado y tiene 2 hijos y estaba en un refugio con marie-louise que tiene 14 años – y marie-louise dice que cuando su padre vuelva de alemania le contará lo que le hizo jaspers – y jaspers dice que él no contará a nadie lo que esa putita guarra marie-louise le pidió en aquel refugio

y madame lammens que ya no tiene ni 2 francos en casa y dice que la semana que viene la guerra habrá terminado, un domingo por la tarde discute con su marido por motivo de su cachimba, porque él le pide que se la vacíe de ceniza en la acera y resulta que madame lammens tira la ceniza y además, sin querer, el tabaco que había metido, entonces su marido se levanta furioso y rompe la cachimba y madame lammens pierde la chaveta y muere

y el hermano del cojo de la spaarzaamheidstraat^[32] que se fue a trabajar a alemania vuelve a casa con una mujer, una alemana, que ahora le prohíbe que vaya otra vez, porque está en sus últimos días para dar a luz y dice que alemania está muy mal, el régimen y todo eso – porque aquí se encuentra rodeada de gente antialemana

[30] Para marcar el terreno antes de un bombardeo nocturno, se lanzaban bengalas rojas suspendidas de un paracaídas.

[31] Pueblo que linda con Alost.

[32] Las calles de Alost que figuran en *Mi pequeña guerra* se sitúan en el suburbio de reciente construcción donde Boon vivió a comienzos de la guerra.

El viejo urraca

Había 1 al que llamábamos el urraca, un tipejo con cuello de pájaro, nariz puntiaguda y curva, y unos ojos la mar de astutos, hubiera sido mejor llamarle el rata porque se parecía infinitamente más. El urraca siempre había sido flamingante e incluso durante un tiempo fue del verdinaso^[33], le habían visto pasearse por la ciudad cual urraca con traje negro y una correa de cuero sobre el hombro. Ahora bien, eso era mientras en su casa había dinero de sobra, en cambio cuando estaba a 2 velas prefería hablar francés y gritar vivan los socialistas e incluso cantar aquello de bandera roja, bastaba con que lo invitaran a una cerveza o lo ayudaran a encontrar empleo. No le hacía falta ganar mucho, siempre que tuviera la oportunidad de usar sus ojitos astutos y ratear por la noche lo que durante el día había dejado apartado. Una vez, cuando lo pillaron, se dejó caer al suelo llorando y diciendo que era el más desgraciado del mundo al tiempo que se soltó el cinturón, que era un auténtico látigo, y acto seguido se levantó de un salto para azotarnos la cara hasta hacernos sangrar. Así era el urraca y, cómo no, su padre era el viejo urraca, al que podrían haber llamado el viejo rata, que un día tenía millones y convidaba a todo el mundo y estaba metido en un pleito tras otro por hacer estragos en un bar o violar a una mujer o romper los cristales de un local que no era el local de los flamingantes, y otro día se despertaba en cualquier antro sin poseer ya un céntimo. De esta manera el urraca, el joven, cuando los domingos pedía la paga no sabía si su padre le iba a dar 1.000 francos o una patada en el culo. Ahora habían entrado los alemanes y, aunque no se debe decir que todos los flamingantes antes de la guerra recibieran dinero de los alemanes, eso no es cierto, el viejo urraca se emocionó cuando estalló la guerra pues no tenía ni una brizna de tabaco para liarse un cigarrillo y llevaba 4 días sin poder pagarse una cerveza, se fue a trabajar a una base aérea a las afueras de Bruselas con una pala y una mochila hecha de un viejo tapete de jugar a las cartas. Fumad st. michel, se leía en la mochila. Y allí, apoyado en

su pala, se le ocurrió la idea de habilitar por su cuenta una base aérea igual, en casa tenía una hormigonera robada y sin pensárselo 2 veces se dirigió al alemán que más oro lucía en el cuello de su uniforme y le expuso su plan. Obviamente un trabajo de esa naturaleza conllevaba riesgo, una base aérea no se construye en un periquete y tú y yo objetaríamos que la guerra podría finalizar en breve y que entonces estaría en un buen lío, cosa que el viejo urraca jamás se planteó por la simple razón de que durante toda su vida le había ido así. Hoy todo y mañana nada. La guerra duró, graciasadiós duró, se terminó de construir la base aérea y el viejo urraca pudo ir a por su dinero, se vistió su armario ropero y recibió en bruselas un talón para cobrar el dinero en lovaina, era millonario. Por enésima vez. Y por supuesto que en lovaina tuvo que ir de juerga la noche entera y parte de la madrugada, en el cuartucho de un burdel estaba durmiendo la mona sin oír el ulular de las sirenas y sin ver las bengalas rojas que bajaban. Llovían bombas sobre lovaina, había rayos y truenos, y al despertarse asombrado vio cómo se derrumbaban las paredes y se caían los tejados en llamas, y milagrosamente se quedó allí sentado, vivo, en camiseta, temblando entre las putas muertas. Había perdido sus millones y había perdido su pantalón, y vistiendo un abrigo que no era suyo y que estaba cubierto de sangre regresó a casa, donde no lo reconocieron. ¿Usted viene a ver a papá?, preguntó el joven urraca, entonces vuelva otro día, porque papá se ha ido a lovaina a cobrar su dinero. Y el viejo urraca le dio una patada a su hijo para apartarlo y mirarse en el espejo y descubrir que en una sola noche se había quedado canoso.

alguien nos cuenta que en las cárceles los alemanes inundan de agua las celdas más bajas y los prisioneros tienen que vaciarlas con el utensilio que casualmente lleven consigo y si no llevan ninguno, con las manos – y apenas ese alguien se ha ido aparece la mujer de gaston, que cuenta que gaston está en la cárcel en gante y ha pedido que le lleve una bayeta PORQUE YA SABÉIS LO LIMPIO QUE ES, añade

y josé^[34] que tras ser pillada por estraperlo de mantequilla compartía celda con otras 3 o 4 mujeres, que todas usaban el mismo cubo para mear, aun teniendo una tras otra la regla, cuenta que cree que liske (más adelante

en este libro se volverá a hablar de liske que era el apodo de lea lubka) o sea que liske también estaba, pues una vez José miró muy deprisa por encima de la baranda y a lo lejos había efectivamente una que se parecía mucho a liske, pero tenía la cabeza metida en demasiadas vendas como para PODER AFIRMAR CON CERTEZA QUE FUERA ELLA

y de 2 chicos que fueron detenidos porque alguien los delató, se lee en los periódicos alemanes que fueron ahorcados – pero no se menciona que fueron colgados por los pies QUEDÁNDOSE ASÍ HASTA QUE MURIERON

[33] Flamingante: simpatizante del movimiento nacionalista flamenco, que en la Primera Guerra Mundial se puso del lado de los alemanes. Verdinaso (Verbond van Dietse Nationaal Solidaristen): Federación Nacional Solidarista Neerlandesa, movimiento flamenco de carácter fascista.

[34] En Bélgica y Holanda, es nombre de mujer.

Van den borre

Miremos sin ir más lejos a van den borre, que siempre iba con sus zuecos de madera y que ahora está muerto y olvidado y ni siquiera enterrado, masomenos han reunido las partes de su cuerpo y las han metido bajo tierra, su nombre su caso refleja nuestro tiempo. No diré nada sobre los parados ni compararé a estos con aquel, pero por las mañanas van den borre iba a sellar y por las tardes salía a la calle con una carreta de madera y un cepillo y una pala, y cuando había llenado la carreta con aquello que los caballos dejan caer lo vendía. Claro está, no obtenía tanto beneficio como tú, por ejemplo, que sin duda eres un ciudadano honrado que faena y se esfuerza y ahorra y cuida y a lo mejor se pasa la mitad de la noche sin poder dormir pensando en cómo faenar y cuidar y ahorrar etcétera al día siguiente, él en cambio vivía cómodo y pasaba el rato en el mentidero^[35], donde hablaba a pleno pulmón sobre cosas que había leído en el periódico y de las que solo había entendido la mitad mientras que la otra mitad la había olvidado (antes de la guerra solía coger el diario *vooruit* de los socialistas y durante la guerra el *vooruit!* de los alemanes sin percatarse jamás de la diferencia) y temía una sola cosa: que volvieran a obligarle a trabajar, como en el 14-18 cuando se negó y casi lo mataron a palos. Pero sobre la guerra actual no decía nada, que otra gente hubiera huido y en el camino hubiera sido ametrallada y bombardeada no era asunto suyo, solo asentía cuando alguien hablaba del éxodo, pero básicamente pensaba en sí mismo, ¿por qué iba a pensar básicamente en los demás? Ahora bien, cuando se casó su hija y en la fiesta no pudo ofrecer otra cosa que 3 panes de racionamiento de estraperlo, a 24 francos la hogaza, sin mantequilla ni nada, y cuando bombardearon los burdeles al lado de la estación de tal modo que las esquirlas de cristal volaron por nuestra calle, empezó a reflexionar sobre la guerra actual. Ahora se está poniendo crudo, dijo, y lo miré y efectivamente se estaba poniendo crudo, las rodillas se le asomaban a través de los pantalones, de pura pobreza, y los ojos se le salían

de las órbitas del hambre que tenía. Y de repente dejó de aparecer por el mentidero, un sábado por la tarde sentado en el vano de la puerta le vi pasar con las rodillas un pelín temblorosas como siempre, la cabeza temblando al compás del cuerpo, y la cachimba al compás de la cabeza, muy buenas, dijo y noté que venía de lejos. ¿Vienes de alemania?, le pregunté, se sentó a mi lado, qué va, había estado en valonia, en florennes[36], y por supuesto no ganaba tanto como los que habían ido a alemania, pero cada 15 días volvía a casa y se llevaba tabaco de liar que allí le quitaban de las manos, y por cierto ¿acaso sabía yo dónde conseguir semillas de puerro? En cuanto al trabajo, en fin, por allí estaban construyendo una pista de hormigón pero por suerte llevaban palas para apoyarse, porque si no, se caerían de pura vaguería. Y se rio, un alemán le había dicho: a fer si esto afansa, a lo que él respondió: no se preocupe, yo no voy a detenerlo. Pero lo más importante – y se quitó la cachimba de la boca y la levantó – lo más importante: ¡allí no bombardean!, y sin dejar de temblar se miraba los pies para disimular la callada risa. Pero luego resultó que sí bombardearon, de repente, y agarrándose a su pala para no caer van den borre masomenos acabó bajo tierra, su mujer me dio una tarjeta mortuoria: falleció en circunstancias de guerra en florennes el 9 de mayo de 1944, amó su trabajo y fue segado (literalmente) cuando nadie se lo imaginaba. Ella me contó que un guardia vino a preguntarle si era la esposa de van den borre y le comunicó que había caído víctima en florennes, entonces se cubrió la cabeza con un pañuelo negro y fue a pedir permiso para ir a florennes, pero en el sitio donde tenían que darle ese permiso le respondieron: ah, no se moleste, ya no va a encontrar nada de él.

y andré-con-su-pata-de-caballo y un montón de hembras que beben coñac y se pasean en bolas y se rocían de coñac y algunos más fueron detenidos por falsificar cupones y por matar a un guardia – el pueblo los mira con buenos ojos porque pertenecen a la llamada brigada blanca[37] – o sea que ahora puedes matar a guardias y emborracharte a gusto siempre que digas que eres de la brigada blanca

y la verdadera brigada blanca no es ninguna brigada blanca sino un ejército rojo, que está en activo día y noche y no ganará por ello un céntimo

más, ni ahora ni después de la guerra, y se arriesga mucho a que incluso después los metan en la cárcel

y maurice y roger-que-cecea-un-poco que ambos 2 están en ese ejército rojo y que han conocido a un soldado alemán que afirma ser comunista y que canta con ellos canciones de agitación – pero cuando está de guardia a la entrada del cuartel no les deja pasar, las órdenes son órdenes, dice – mecagüendiós, estoy hasta el culo de los alemanes, contesta maurice

y la madre de roger, que vive al lado del depósito de gasolina, que los ingleses tratan de bombardear, pero no dan en el depósito, sino en la hilera de casas obreras – está muerta, y aquel ½ muerto, y a ese otro no le pasa nada

[35] *Luie Hoek*, literalmente «rincón de la vagancia»: así se llamaba el lugar donde los desempleados tras sellar se reunían a charlar y a jugar a las cartas.

[36] Población en Valonia, donde en 1942 los alemanes construyeron una base aérea.

[37] Grupo de resistencia. Se llamaba Brigada Blanca (*Witte Brigade*, o también *Witte Bende*), por oposición a la Brigada Negra, de belgas que colaboraban con los nazis.

Pequeños ladrones de carbón

Descripción del rincón negro^[38]: una luz roja en la oscuridad suspendida del puente colgante sobre unas aguas tan negras que te quitan la respiración, junto a la fábrica de cemento bombardeada de la cual se alza hacia el cielo grisáceo un trozo de pared con el inútil hueco de una ventana, junto al depósito de ferrocarril que también fue bombardeado aunque en este caso la bomba cayó justo al lado, en mitad de la calle, de modo que los adoquines de la calzada volaron pero en su lugar cayeron los ladrillos de una pared ciega, justo detrás del talud del depósito, donde están apilados montones de carbón. Y es allí donde queremos llevar al lector, como diría hendrik conscience^[39], quien se hubiera dado un buen susto al toparse allí con los ladrones de carbón. Ladrón de carbón n.º 1: henriette-la-del-portal, que como su nombre indica vive en un portal, en cuanto abres la puerta te encuentras en la cocina, lo cual resulta curioso, pero no verás en ella carbón pues lo vende en la misma noche en que lo consigue; como no podía ser de otra manera, está embarazada, y en tal estado sube a gatas el talud y allí llena un saco (a manotazos) y luego da una patada al saco lleno para que se deslice hacia abajo y acabe contra las traviesas, donde su amante, ya que su marido está en alemania, recoge el saco. Ladrón de carbón n.º 2: un tipejo enjuto (33 años) con un gorro demasiado grande que le cubre los ojos saltones en medio de su cara llena de granos y cuyos codos y rodillas se asoman por las perneras y las mangas, que tiene otra estrategia distinta: en la oscuridad de la noche se sube de un salto al tren en marcha cuando pasa por la curva y entreabre las puertas correderas, no demasiado porque es antracita y enseguida se vaciaría el vagón entero; por lo demás, el mismo sistema que henriette-la-del-portal. Ladrón de carbón n.º 3: jefe de una banda compuesta por 5 personas, cada una con un saco y una bicicleta, que se ocultan detrás de las paredes rotas de la fábrica de cemento, entonces él mira por la esquina de la izquierda y mira por la esquina de la derecha, dice: vamos allá y la banda se sube de un salto a un vagón,

todos cogen su saco y su bicicleta y llevan el botín a una cafetería cuya mitad se incendió a principios del 14 mientras que la otra mitad fue bombardeada a principios del 40 –pero donde a las 2 horas después de cualquier cataclismo se vuelven a servir cervezas– y ahí sigue con las paredes agrietadas y una puerta de madera sin pintar y ventanas de papel de alquitrán, pero no daré una descripción ni del interior ni del tabernero para evitar que el lector piense que he visto demasiadas películas de gánsteres (ahora bien, si por un casual alguien que se dedique al cine de paso estrecho busca un tugurio de este tipo, yo le puedo llevar allí por un módico porcentaje, los negocios son los negocios). Y luego están primeramente la gente de las barracas, que no son barracas sino viviendas-provisionales-del-rey-alberto^[40], una mujer con una bolsa mugrienta con la que por las mañanas va a comprar pescado, una mujer con un balde, una mujer con un niño en brazos y sin nada más, ¿dónde pretenderá meter el carbón? Segundamente las mujeres sentadas en los escombros de la fábrica de cemento, que esperan el momento oportuno, mientras parlotean sobre la guerra y a veces pegan una voz a sus hijos que están jugando entre los bloques de piedra caliza a punto de romperse la crisma: ¡mecagüendiós maria quédate aquí que yo te vea! Terceramente los supuestos empleados del ferrocarril que no son empleados del ferrocarril sino que han comprado un viejo quepis a un fogonero o a un conductor de tren, y que por la puertecilla en la tapia de «acceso exclusivo al personal» entran al depósito, llenan su saco y salen, insultados por las mujeres que llevan horas sentadas allí, ¿esperando qué?, esperando al vigilante, que de vez en cuando por 1 marco o por una rodilla desnuda hace la vista gorda y se pone de espaldas al carbón como si estuviera observando arriba el hueco en la pared rota. Y cuartamente florimond, que se acerca con una carreta, él tirando de los varales (como si fueran ramas, aunque lo propio de las ramas es que crezcan mientras que los varales de una carreta son unos palos de madera muerta) y su mujer empujando por el lado izquierdo y su hermana empujando por el lado derecho, hasta llegar al talud donde han de sentarse en cuclillas los 3 en la oscuridad, florimond reparte los papeles, como si contemplaran emocionados el agua y el puente y aquella luz roja, hasta que en un momento dado pasa el tren de las 23:45 horas (que es casi medianoche) y el conductor tira de una patada unas briquetas hacia abajo, de las cuales a la mañana

siguiente le reclama a florimond la mitad. Estos son pues algunos de los pequeños ladrones de carbón, de los grandes no hace falta hablar, los conoce todo el mundo.

y una mujer que exclama ESTÁN BOMBARDEANDO ESTÁN BOMBARDEANDO antes de que hayan empezado a lanzar nada y luego diosmío se cumple: realmente están bombardeando – sobre el patio de maniobras y sobre los burdeles que hay al lado – y en el silencio sepulcral en el que ya no oyes más que el agitado latido de tu propio corazón, a lo lejos por la calzada viene silenciosa una carreta, como si la propia carreta tuviese miedo, al igual que el caballito y el tipejo que debe de estar en el pescante – pero apenas han desaparecido los aviones escuchas un cacareo como si el mundo se hubiera convertido en un gran mercado de huevos: patatín patatán, ¿de dónde salen de repente todas esas voces? – y entonces ulula la sirena en señal de que ha terminado la alarma y los niños se ponen a bailar como si hubiera llegado la paz y en eso notas que también los niños empiezan a vivir de día en día, de hora en hora

[38] Se refiere a una zona de la ciudad de Alost junto al puente sobre el río Dender, el Zwarte Hoek, que debe su nombre al polvo y hollín que allí desprendían la carga y descarga de carbón para los trenes.

[39] Escritor flamenco del siglo XIX

[40] Viviendas provisionales, de madera, financiadas por el Fondo Rey Alberto al hilo de los destrozos de la Primera Guerra Mundial que siguieron en uso hasta mucho después de la Segunda Guerra Mundial.

Atún

Volví a casa por la naarstigheidsstraat para evitar la calle principal, ya que seguramente detrás de la esquina donde siempre hace viento estarían apostados para comprobar mi pasaporte, no es que no lo tuviera en regla, claro que sí, pero mi hastío era enorme y otra vez se me quitarían las ganas de comer por haberme encontrado con esa gente. Y viniendo por la naarstigheidsstraat vi a la mujer de guarrón en el vano de la puerta y le oí gritar a la mujer de alfred, que con una gamuza en la mano se asomaba por la ventana abierta, arriba, «que otra vez no había leche, así que qué les iba a dar de comer a los críos, como ahora ya tampoco tenían derecho a huevos», y me lanzó una cara furiosa como si toda la guerra fuese culpa mía. Y desde la ventana de arriba la mujer de alfred le respondió a gritos, algo sobre los alemanes y que en cualquier caso prefería ver a los pardos antes que a los negros^[41], ¿no estás de acuerdo? Esto último era para provocarme a mí porque ella sospechaba que era proalemán puesto que en el barrio solía callarme cuando se hablaba de la guerra. Pero eso a la mujer de guarrón le daba igual, solo se preocupaba por sus críos que desfallecían y se puso en jarras para gritar: te voy a decir una cosa, te voy... Entonces salió el parvulario y apareció por la esquina el hijo de guarrón junto a mi hijo, con los brazos extendidos como las alas de un avión. Y mientras el hijo de guarrón lanzaba bombas sobre el refugio público que estaba inundado de agua y donde nadie se metería jamás, el mío imitaba la sirena antiaérea. Y lo hacía requetebién, en cuanto empezó a ulular se abrieron varias puertas y los vecinos asomaron la oreja. Ma-ma-mamá, dijo el hijo de guarrón que tenía dificultad para hablar, es-ta ta-tarde un c-c-cuenco, nos van a d-dar at-atún. Y gamuza en mano la mujer de alfred se echó a reír, tanto que le dio flato, cogí a mi hijo de la mano y fui riéndome a casa. Pero también él dijo: papá, esta tarde va a haber atún. Será conejo^[42], le corregí, no debes imitar al niño de guarrón que no sabe hablar bien. Pero en casa le volvió a decir a su madre

atún, y también mi mujer se rio a carcajadas. Conejo, dijo ella, c-c-conejo. En fin, toda la vecindad acompañó esa tarde a los niños a la escuela, guarrón incluso llevaba en sus manos azules por los tatuajes un recipiente blanco, diciendo: como me niego a trabajar en alemania... Y esa frase lo decía todo: que tenía hambre y que debíamos perdonárselo si ayudaba a sus hijos a comer conejo. Pero, a decir verdad, guarrón nunca había trabajado ni en alemania ni en Bélgica y probablemente no trabajaría jamás, prefería pedir. Ahora bien, lo que le daban los campesinos (en su mayoría proalemanes, como decía él) no era exactamente para presumir. Y en ningún caso conejo, dijo, sin apartar la vista de la puerta de la escuela sujetando el recipiente ora bajo este brazo ora bajo aquel. Entonces salieron los niños con sus cuencos entre las manos y, hombre, efectivamente era atún, sí, at-at-atún. Guarrón lo miró y dijo: malditasea, encima es un pescado que no me gusta.

nadie se puede creer que yo, que soy un escritor de novelas, colmado de los sentimientos más nobles, no quiera tener ninguna patria

ME REPATEA LA PATRIA, AUNQUE EL MUNDO ENTERO SEA PROBELGA

solo soy un hombre que desea algo de comer en el plato y un poco de carbón en la estufa, que desea el calor de la cama y el cuerpo de su mujer y la mirada de su hijo, que no se cree el ombligo del mundo sino un hombre entre los hombres, que ama a los HOMBRES y no a las PATRIAS

y me cago en adrianus bellaforma, seudónimo de andré lameculos, que es un intelectual y escribe versos, fíjate – y que sopesa si ESCRIBIR es el término apropiado, ¿no debería ser más bien PARIR? Es miope y no para de parir versos y más versos, y se zampa y caga y mea literatura – y aunque el mundo reviente seguirá escribiendo poemas sobre la luna y sobre su soledad y sobre nuestraseñora – y entre medias elabora un listado de los escritores judíos y comunistas a los que habría que pegar un tiro

[41] Pardos: miembros del Ejército alemán. Negros: fascistas belgas.

[42] En neerlandés las palabras «atún» (*tonijn*) y «conejo» (*konijn*) se parecen mucho.

Un señor sensiblero de la protectora de animales

Como no hay separación entre los jardines del barrio, sentado en nuestro banco veo en el banco del jardín de la cafetería a un desconocido, que me dirige la palabra y dice que para la época del año hace realmente bueno y yo asiento con la cabeza. Y pienso: ¿quién es ese señor? Pues por la noche los únicos que te dicen que hace buen tiempo son los-que-vuelven-de-su-trabajo, mientras que los que lo hacen a mitad de la tarde son personas dignas de abrir tu libreta o, si no tienes libreta, decir por tus adentros: de este me tengo que acordar, hombres que de madrugada se dedican al carbón o al estraperlo o a pintar paisajes o alguno de la brigada-negra-que-aquí-no-ha-hecho-nada-malo pero que se va a divertir a otro lado (yo mismo lo he oído decir). Pues resulta que es el presidente de la protectora de animales, que es un señor sensiblero entre cuyo bombín y el mugriento cuello de su camisa presenta una cara de perro apaleado y por lo tanto no parece para nada un hombre de negocios como él mismo se imaginaba al comienzo de su trayectoria, primero estuvo metido en coches antiguos, en la compraventa (todavía hay piezas de ford y de generalmotors en el terreno delante de su casa), pero se fue a la bancarrota y se metió en salchichas y queso, junto con alguien que controlaba el oficio pero no tenía dinero para empezar y cuando al fin tenía dinero bebía, hasta que acabaron en la bancarrota juntos. Ahora no comercia con nada pero en sus ratos libres pertenece a la protectora de animales y ahí lo tienes en el banco de la cafetería tomando el sol; y dejando de lado las historias en las que él es el héroe y amonesta a uno que ignora con qué figura tan importante está tratando y que tan ricamente hace tirar de una carreta a un perro sin ponerle un tazón de agua, cuenta lo siguiente: es cierto que soy capaz de ganar un dineral, me he dedicado a los negocios, día y noche, pero fulano, el otro de la protectora de animales, se pasea por las granjas porque supuestamente tiene la misión de inspeccionar los establos y afirma como si nada: estos establos no cumplen, tendré que abrir un expediente, de aquí a 3

días volveré, entonces vuelve y ¿qué ha cambiado en ese establo? Lo único es que hay un jamón colgado de la pared para fulano-el-otro-de-la-protectora-de-animales y en la granja siguiente le esperan huevos y mantequilla y en la siguiente hay un saco de trigo o hay leche; sí, me dice, tendrías que escribir un libro sobre ello y la gente no se lo creería, obviamente desconozco sobre qué escribes, nunca lo he leído, pero los libros de ernest timmermans^[43] mecen a la gente hasta dormirla cuando lo que debería hacer un libro es despertarla, si yo escribiera hablaría del otro-de-la-protectora-de-animales. Hace poco, tuvo un asunto con un cochero – una simple discusión – resulta que vio a un cochero con un caballo cojo y fue detrás de él hasta la calle cuyo nombre mencionaría con pelos y señales si tuviera importancia, pero no la tiene (y por lo tanto tal cual lo escribiría, jamás se ha de escribir algo que no tenga importancia, pues yo también sé cosas de literatura), donde el caballo definitivamente no podía más.

El otro: tu caballo cojea

El cochero: ¿y qué?

El otro: nada, solo que no debes recorrer la calle con un caballo-cojo-tirando-de-un-carro, mira cómo sangra, y además está agotado

El cochero: mi caballo puede llegar a los 100 años

El otro dice una cosa y el cochero otra, y discutiendo los 2 en la acera junto al caballo renqueando y agonizando en los adoquines llegan a la casa del cochero que es a la vez cafetería – staf spies portes y cafetería –, donde el caballo se derrumba, muerto, de verdad. Ahora bien, ¿acaso no se iban a poner de acuerdo los 2 en rematar al caballo muerto y venderlo en raciones de ½ kilo? Eso me cuenta el señor sensiblero de la protectora de animales y al día siguiente mi mujer me pregunta si no podríamos comprar un poco de carne de estraperlo, ¿qué carne?, le pregunto, bueno, me dice y mira a su alrededor antes de desembuchar, carne de caballo, es que el-del-café-de-atrás ha matado su caballo pero no se lo cuentes a nadie y ahora lo vende en raciones de ½ kilo.

y miette, la hija del café-matise, que tiene un enjuto cuerpecillo de muchacha pero 2 pechos que apenas puede con ellos, es increíble, cuando se pasea llama la atención de todo el mundo – está un poco bebida cuando

aparecen los aviones y todos buscan refugio en el sótano, y una vez allí ronca de forma tan escandalosa que su padre rápidamente la sube y la mete en la cama y una vez allí se tumba a su lado, pero a la mañana siguiente se equivoca y le mete mano – así se lo explica a su mujer cuando los pilla

esta es una historia que solamente se pone por escrito para la posteridad como suele decirse, así que te pido que enseguida (en seguida) pases esta página, es la historia de oscar, que tiene una enfermedad crónica y que es carnicero y que vive con mariette, cuyo marido trabaja en alemania y a su vez vive con una alemana, juntos están tomando algo con mariette del café-matisse – son 2 mariettes, lo cual quizá resulte confuso pero es que es así – allí sentados beben y beben hasta que la bebida les sale por abajo sin moverse de su silla, entonces viene a acompañarlos maria que fue monja pero tiró la toca por encima del seto y que ahora va a limpiar y fregar en una carnicería (pero no la de oscar) y que tiene un cáncer en su cosa, y cuando está borracha se levanta las faldas y muestra su cosa sangrienta a los hombres – y toda esa guarrería de adulterio y más adulterio sin fin hace que empiece a sentir terror cuando miro mi modesta ración de carne

y esa misma noche en el ayuntamiento en la plaza del mercado, el discurso de un gran poeta flamenco sobre el arte – o sea, si lo he entendido bien, comenta un pintor, quiere decir que debemos dejar de pintar a borrachos, solo a honrada gente flamenca

[43] Fusión del nombre y el apellido de dos autores flamencos de estilo costumbrista, Ernest Claes y Felix Timmermans.

Carta

Gerard, que en realidad debería vivir en michigan o connecticut pero que por error habita en un simple suburbio de gante, lleva cuello de camisa rígido y bombín – lo he visto sentado a la mesa del comedor y lo he visto en un sillón echándose una cabezadita siempre con el bombín puesto y creo que incluso se mete en la bañera con él – es electricista y repara radios, se ha comprado en el desguace un coche-de-5.^a-mano ahora que se plantea dedicarse también a instalar calefacciones centrales, aunque de momento no ha habido demanda, y ha habilitado ese coche de tal forma para que entre semana sirva de furgoneta y los domingos, por qué no, como minibús para la familia, pues tiene 7 hijos de los cuales la mayor tiene 15 años y el más pequeño 15 meses, mete en ese coche a todos sus niños + una gran cesta + su mujer, que es la hermana de mi mujer, y conduce dando tumbos hacia el bosque, donde saca con su kodak 8 fotos de 6 x 9. Una de su mujer con todos los niños, una de su mujer con solo el más pequeño, una de los chicos que en cada foto que les saca se inventan una tontada más grande, p.ej. asomarse detrás de un árbol de modo que solo se ven 4 cabezas una encima de otra, o los 4 metidos en la gabardina abrochada de su padre sacando los 2 de más afuera cada uno un brazo por la manga para que parezca un hombre con 4 cabezas; y una foto de las chicas en la que christine, que es la mayor, pone cara seria como su padre aunque sin bombín, y maria, que apenas tiene 14 años, te mira con una sonrisa insondable y, aparentemente sin saberlo ella, adopta una pose de estrella de cine – tiene todas las papeletas para llegar a ser una chica la mar de guapa – y paula, que es la más joven, se ríe de la misma manera que su madre y mi mujer. Y en la última 6 x 9 tiene que salir el propio gerard así que él se sienta detrás del volante de su coche y su mujer ha de colocarse de tal forma que no se vean el guardabarros roto ni la puerta sin manilla. Obviamente la mitad del carrete sale mal. Y saltando a otro tema, obviamente gerard es católico al 100% y posee un pequeño proyector de cine

con el que los lunes por la noche muestra en el católico seno familiar una antigua película de vaqueros, que a cada rato se rompe, enseguida estamos de nuevo con ustedes, y en la que llueven largos hilos y en la que los héroes hacen gestos como si fueran sordomudos, una señorita frunciendo el ceño y poniendo la mano, pensativa, en la frente, de modo que todos los hijos de gerard exclaman: ahora está pensando. Y gerard que antiguamente solía decir a sus hijos: no vayáis a casa de vuestro tío porque es anarquista, ahora al ser proinglés permite que su mujer escriba una carta a mi mujer:

Querida hermana, como yo y los niños y gerard vivimos aquí al lado del depósito donde cada noche hay trenes abarrotados de municiones para los alemanes no estamos tranquilos y nos gustaría mudarnos pero ¿adónde voy a ir con tantos hijos y con el negocio de gerard? Ayer mismo vendió 2 radios, todas las noches estamos preparados para poder huir en cuanto suene la alarma, y gerard ha hecho para cada uno de nosotros un fardo, con nuestro nombre, que al instante tendremos que atarnos a la espalda y marcharnos, el más pequeño tiene el fardo más pequeño y yo el más grande. Y como seguramente sabes, en pentecostés hubo un bombardeo aquí, sonó la alarma y bajaron bengalas rojas y la artillería aérea disparaba hacia todos lados y los haces de los reflectores se cruzaban y las bombas caían. Cogimos nuestros fardos y gerard sentó encima de su fardo al más pequeño con su fardito y le puso su bombín encima para que no viese nada, dijo: a caminar, y caminamos una hora seguida hasta llegar a una zanja donde la christine no podía más y yo tampoco y nos dejamos caer. Y allí tumbada cuento a los niños, veo que falta 1, el más pequeño, y digo: gerard, ¿dónde está patrick?, entonces oímos un chapoteo y miramos hacia el arroyo y resulta que es patrick, que todavía con el bombín de gerard tapándole la cabeza no veía por dónde iba y se había metido en el arroyo. Tu hermana martha.

y hablando de uno que estaba casado con una alemana, al volver de la misa de las 11 vemos a una alemana con su marido y el hijo del feo guarda rural mirando el cartel del cine palace, que lleva un abrigo de piel, a saber con qué se tapaba el chichi en alemania, dice jaak que también vuelve de la misa de las 11 – y mi padre dice que esas alemanas lo tienen en forma de

triángulo y pregunta si él, jaak, ha visto alguno, a lo que jaak contesta que no, y mi padre, pues nada, yo tampoco

e italia se ha rendido, ahora ya no va a durar mucho – la cosa siempre se resume así: han tomado aquello así que ya no va a durar mucho, los rusos han iniciado su ofensiva de invierno así que ya no va a durar mucho, y finlandia tal y turquía cual así que ya no va a durar mucho – y dentro de nada estaremos todos muertos y entonces obviamente ya no durará mucho, de inmediato habrá terminado

Depósito de nafta

Una tarde que apoyados en los cubos del mentidero habíamos estado charlando y charlando y resolviendo la guerra y abriendo un 2.º frente y aniquilando por completo a los alemanes en rusia a causa del frío, dijo mon-que-trabajaba-en-la-viscosa que prefería caerse muerto antes que mover un dedo para ayudar a un soldado alemán, y emile-que-era-tísico respondió que esos chicos alemanes eran simpáticos, lo miraras como lo miraras, pero que obviamente no comparten nuestras ideas, nosotros estamos a favor del rey y ellos a favor de hitler, y otro respondió que nosotros no estamos más a favor del rey que a favor de otra persona, que estamos a favor de nosotros-mismos y únicamente deseamos que nos dejen tranquilos, ¿tú qué piensas?, esa tarde, sentado allí contemplé el anochecer y me dije que era cada vez más bonito ver cómo el sol se ocultaba detrás de las casas demolidas, y al mismo tiempo me pregunté cuánto cuánto cuánto iba a durar todavía la guerra y si yo acaso había venido a este mundo para ver una y otra vez guerra, apenas había terminado la 1.ª cuando mi padre ya me decía cuando no me gustaba la comida: a ti te hace falta otra guerra, y después fui soldado y después ya estaban luchando en españa, nunca jamás desapareció esa locura del mundo. Dudé si la culpa era de la pobre gente sencilla o del muro del dinero o de la superpoblación o del exceso de producción, o si era solo una enfermedad un *delirium-tremens* una Locura de la propia tierra, estaba dudando de todo y le estaba dando vueltas y se me olvidó contestar a lo que me había preguntado emile, y de repente estaban allí los aviones sin que me hubiera fijado. Es alemán, te puedes quedar. Ya, pero ¿aquel de allí también es alemán? Esos son ingleses, diosmío, es un combate aéreo corre corre. De un momento a otro pasamos de estar en el mentidero a estar en medio de la guerra, como sucede en el teatro donde en el 1.º acto hay un salón e inmediatamente después en el 2.º un bosque. Había una mujer que se echó a llorar no porque estuviera herida sino porque en su absurdo pánico a morir había perdido la

cabeza. Los demás se quedaron mirando y padakker, que es una hormiguita y un rácano y un prudente, estaba $\frac{1}{2}$ de pie y $\frac{1}{2}$ arrodillado, listo para huir al refugio público de cartón «antes de que ocurriese algo», y de pronto bajó algo desde arriba mira mira un avión que se derrumba. Y según iba perdiendo altura se veía mejor que era una bomba, ¡es una bomba es una bomba!, y todo el mundo echó a correr y nadie sabía hacia dónde pero corría, y en las prisas alguno cogió a un niño y después dejó caer al niño porque no era el «suyo». Y todas las mujeres lloraban y todos los niños lloraban y de repente el mentidero se convirtió en un matadero. Y mientras tanto, esa supuesta bomba... Ay, es demasiado ridículo pero aquello bajaba dando vueltas y resulta que era solo un depósito de nafta. Ja ja, entonces se rieron y se dieron palmadas en los muslos y se les saltaron las lágrimas: ¡ahora bombardean con depósitos de nafta!, y en medio del jolgorio salió de su casa el colgador con papel de carnicería, diciendo: mecagüendiós, a lo mejor han lanzado solomillos pero no encuentro la carne.

historia compuesta de trozos y pedazos de un individuo que primero fue digamos comunista y después auxiliar-de-feldgendarm[44] pero que nunca fue otra cosa que un vil traidor al que cualquier cosa le parecía bien y que incluso dejaba que los-que-gustan-de-hombres se la metieran por detrás – entonces otro individuo recibió el encargo de eliminarlo, pero por hache o por be erró, y resulta que este segundo individuo vio a aquel entrar en un hotel, lívido, diciendo que en su habitación había un cadáver, seguramente de alguien (o sea, otro 3.^{er} individuo distinto) que había sido asesinado, cuando ERA ÉL, el primer individuo, QUIEN LO HABÍA HECHO[45]

[44] *Hulpfeldgendarm*: este híbrido entre neerkandés y alemán se refiere a un colaborador de la policía militar nazi.

[45] Vea la tesis 28 de planimetría (nota del autor).

Los 2 ciegos

Entre la verja de mi jardín atascada por el hielo y el patio de maniobras donde estaban los trenes muertos, junto al agua donde estaban los barcos muertos aunque los barqueros seguían con los brazos apoyados en la barandilla tal y como aprendieron de kurt peiser^[46], y junto a las fábricas cuya parte de atrás siempre apestaba hubiera guerra o no – cualquiera se preguntaría cómo puede ser que por delante salga hilo o mantas o glucosa o rayón que no apestan – hasta la puerta de entrada del hospital: todo estaba muerto y tieso porque estábamos en el invierno de stalingrado. Delante de la puerta del hospital atascada por el hielo la gente pataleaba con los pies y se tapaba las orejas con las manos y decía que hacía frío, lo cual era inútil pues todo el mundo sabía de sobra que hacía frío (pero en fin, ¿qué le va a decir, si no, una persona a otra?): allí estábamos yo, ya que el mundo siempre empieza por «yo» y me pregunto por qué san juan no dijo «en el principio era yo», y las demás personas que también dicen «yo», y los 2 ciegos. El 1.^{er} ciego, que era zurdo, llevaba la visera del gorro torcida hacia la derecha y el otro ciego, que era diestro, llevaba la visera del gorro torcida hacia la izquierda, como si en un primer momento se hubieran puesto el gorro correctamente pero después cada uno le hubiera dado un tirón, torciéndolo, para que quedase bien. El abrigo del ciego de la derecha estaba desabrochado con una arruga en el cuello por haber estado demasiado tiempo colgado del perchero, ya que un ciego solamente coge del perchero el único abrigo que tiene cuando llega el invierno de stalingrado. Y el ciego de la izquierda, que no tenía abrigo, llevaba el jersey abierto con una arruga en el cuello por haberlo abrochado mal con el último botón en el penúltimo ojal y así sucesivamente. Y a una mujer que apenas dejaba asomar su roja nariz por entre el pañuelo negro y que los escuchaba con una oreja mientras con la otra estaba pendiente de la puerta del hospital, por si al fin se descongelaba, le hablaron de la guerra y del volga y de la fábrica-octubre-rojo, y la mujer preguntó si la guerra todavía

iba a durar mucho y si iban a traer carbón y leche y de vez en cuando un huevo (y todo el mundo veía, excepto los ciegos, que con «mucho» se refería a: antes de que se curase su pequeña jeannine que estaba en la sala 3 con tisis en la garganta). La guerra todavía va a durar mucho, dijeron los 2 ciegos, porque esto y porque aquello, y el de la derecha extendió 1 a 1 los 5 dedos de su mano izquierda, mientras sujetaba con la derecha el bastón blanco que era un largo y blanco 6.º dedo que señalaba hacia el suelo, allí, a unos pocos pasos delante de él. Entonces, a las 2 en punto, se descongeló la puerta de entrada del hospital y gracias al arrastre de pies a su lado y al calor que salía desde los pasillos del hospital el otro ciego vio que la gente estaba entrando, primero la mujer de la nariz roja que dejó atrás a los ciegos y se apresuró hacia la sala 3 y luego los demás que se apresuraron hacia las salas 1 y 2 y 3 y así hasta 8 por un lado para los hombres y por el otro lado otras 8 para las mujeres, y finalmente yo que fui al hospital porque sí. Ven, dijo el ciego taciturno y tiró de la manga del otro ciego que seguía enumerando y argumentando y a lo mejor estaba a punto de decir a la mujer que ya se había ido: qué cosas veremos todavía. Extendieron su bastón hacia delante y echaron la cabeza hacia atrás y levantaron los pies y entraron, y yo que iba detrás de ellos oí al conserje decir: que el último cierre la puerta, entonces 1 de los 2 ciegos se dio la vuelta y palpó para encontrar el pomo y cerró la puerta justo delante de mi nariz. De modo que me quedé fuera, entre la puerta de entrada del hospital que volvió a atascarse por el hielo y las apestosas fábricas y el agua y los barqueros de kurt peiser y la verja trasera de mi jardín, en el invierno de stalingrado.

y jean smedt, que no oye bien y que está gritando que arrojen ya sus BOMBAS BOMBAS BOMBAS – que me maten con sus bombardeos, pero que vengan – y cuando cruza la calle justo delante de un camión militar y un oficial alemán le da una bofetada, se queda medio muerto del miedo y busca entre los adoquines un hueco aunque sea el de una topera para esconderse

y lou, que está en la brigada negra porque no sabe qué hacer (y todos los que se están enriqueciendo con los alemanes han dejado de hablarle), no se atreve a ir a bruselas porque le han dicho que todos los negros han de ir al

frente occidental, entonces sin quitarse el uniforme se va a la frontera francesa para dedicarse al estraperlo de mantequilla – lo cual carece de sentido porque su mujer dilapida el dinero en amantes y deja que sus hijos sin camiseta para tapar su flaco trasero cubierto de roña y piojos duerman en la calle

y florimond, que vende los zapatos que ha robado en su trabajo a uno que le vende carbón, que a su vez este ha robado en la calle – resulta que a la mínima los 2 se ponen a gritar: ¡ESE LADRÓN HIJOPUTA!

[46] Pintor realista, natural de Amberes, que pintó muchas escenas de pesca y de la vida humilde.

Limpieza^[47]

Esto debería estar en otra página pero bueno, va de los niños judíos que fueron detenidos como si nada en medio de la calle al volver de clase y que metieron en un camión y los llevaron a la estación y los subieron a un tren, ¿y adónde iba ese tren? Y de alguien que cuenta que esos trenes son gaseados, lo cual no me atrevo a creer para mantener dormida mi conciencia, ahora bien, si hubiera que escribir un libro sobre la guerra, ¿quién se atrevería a describir 1 de esos trenes?, yo no. O imagínatelo en una película, ves cómo se aleja el tren y junto a las vías de ferrocarril entre el balasto y la retama amarilla una carterita escolar, abierta, de la que han caído un portaplumas y una goma de borrar.

Y hablando del ferrocarril, en la radio han dicho que hemos de evitar las vías del tren, pero ¿cómo vamos a poder evitarlas en Bélgica? Haz la prueba y date un paseo por la oude gentbaan de la izquierda o por la korte lindenstraat de la derecha o atravesando el campo que tienes delante o en dirección al depósito que tienes detrás, y cuenta el número de pasos a nivel sin barreras, ¡ja!

Y de la gente que no tiene miedo a los aviones sino a las alarmas, resulta que 10 de cada 9 veces la alarma-del-final suena justo cuando los aviones están arriba de modo que la gente se va a dormir tranquilamente y es como si fuera la sirena la que arroja las bombas.

Y del tren que está preparado en la estación allée-verte^[48], junto a la tapia donde aguarda el tren hacia dendermonde, no sé si has estado alguna vez en la allée-verte pero si quieres ver a laermans^[49] o a fulano-el-valón o a otro que haya pintado algo así, asómate. En fin, lo del tren para dendermonde, de repente aparecieron los aviones y ya nadie pudo echar a correr, el tren entero y todos los que estaban dentro acabaron arrojados contra la tapia, así que para quitarlos habría que rascar con cucharilla.

Y de alguien que viene a decirte después, como si estuviera indignado: no es cierto, SOLAMENTE hubo 10 muertos.

Y del dirigente de familias-numerosas, que vende por mucho dinero las tortas y la leche destinadas a los hijos de los pobres, con lo que se pasa de la raya, como comprenderás, tanto que incluso sus propios compañeros dicen: es demasiado fuerte no debería haberlo hecho. Y para quitárselo de en medio le nombran redactor jefe de un gran periódico alemán, en el que escribe artículos sobre los cabrones estraperlistas bajo el titular: ¿dónde está el amor-al-prójimo cristiano?

El hombre-de-familias-numerosas es proalemán, pero luego está fulano-con-su-pata-de-caballo que también es estraperlista y todas las noches se emborracha con un montón de hembras que van por ahí en bolas y arman escándalo y se rocían con botellas de coñac de 25 francos el chupito (ah, si recuerdo bien, esto ya lo escribí antes, pero el ser humano escribe tantas cosas que resulta imposible acordarse de todo. Además, hay cosas que no importa decir 2 veces porque hay otras muchas que, al contrario, solo se pueden decir a medias), y ese es precisamente probelga, así que ¿con quién vas a simpatizar?, a la larga va a ser como dice mi mujer: tu hogar es tu patria.

Y de cómo uno se ríe de otro cuando cava un refugio, y cómo entre los que cavan un refugio hay nuevamente 2 clases, los que de hecho se meten en su refugio y los que se ríen de ello.

Y de la chica enferma que deja que le caven un refugio también, que casi parece un ataúd (podría escribir caja mortuoria, pero ataúd es una palabra más bonita), y se cubre con un periódico porque cualquier cosa más pesada sería incapaz de apartársela después.

Y de las conversaciones que se escuchan: no hay nada mejor que un hoyo, porque he visto a gente en un sótano que se llenó de porquería y fue terrible de ver, y sé de gente que se ahogó cuando se inundó su sótano y sé de gente que se asfixió por el gas en su sótano, NO QUISIERA YO meterme en un sótano.

Y en el silencio de la noche o de la mañana o de la tarde, una mujer que exclama: ¿LOS OYES?

uno que luchó en el frente oriental y contó que probó a muchas chicas rusas a quienes levantó la rabadilla y yo no dije nada pero lo fulminé con la mirada deseando que se pudiese su herramienta de probar, su levantador de rabadillas o como quisiese llamar a su asqueroso miembro – allí él había estado cercado aunque luego lo rescataron, y mientras estaban cercados entre ellos dijeron: mira, un ruso, dispara – pero no pudieron, estaban paralizados de temor

y el pan que está a 95 francos y el carbón a 300 francos, la cantidad que quieras pero no hay raciones – y te roban los alemanes y después la brigada negra y después los belgas y después... y así te obligan a que robes también, con vergüenza en el corazón – mira cómo andan los hijos de los bloques-de-viviendas-obreras, con, entre sus piernas así de flacas y sus culotes así de flacos, unas rodillas ASÍ DE GORDAS pero igualmente feas – y están de los nervios, muchachos de 12 o 13 años, tienen tisis o dificultad de visión o sienten retortijones en el estómago de modo que se revuelven del dolor, y en cualquier casa en la que entras se mean en la cama

y en un hogar así, alguien que movido por la pobreza se fue a trabajar a alemania afirma que EN ALEMANIA SE ESTÁ BIEN, las mujeres llevan medias de seda y la gente come chocolate y toma café de verdad y HAY SEGURIDAD SOCIAL – hay gente a la que habría que cortarle la cabeza y luego decirle: mírala bien, esta es tu propia cabeza de burro

[47] En la publicación en *Zondagspost*, no lleva título y empieza así: «Esta es una crónica compuesta de muchas crónicas tal y como fueron anotadas sobre la marcha durante la guerra, pero sería una pena desfigurarlas vistiéndolas con palabras inútiles. Una crónica de los niños judíos que fueron detenidos...». En la edición de 1960, en vez de constituir el capítulo «Limpieza», estas minicrónicas se suman, como párrafos en cursiva, al capítulo anterior, «Los dos ciegos».

[48] Estación de Bruselas.

[49] Eugène Laermans: pintor belga con inquietudes sociales.

Comentando esto y aquello...

...alguien empieza a hablar de la movilización y al recordarla recuerdas que en aquellos días hundieron un barco alemán, cargado de zapatos. Y esto enseguida te recuerda a jean, jean-de-tervueren[50], que se partió de risa cuando dijiste que la guerra nos iba a afectar también a nosotros, pues ¿cómo iban a venir aquí los alemanes? Si no tienen zapatos. Basta con que arrojemos chinchetas a lo largo de la frontera. Y así recuerdas que te reíste de muchas cosas que mirando hacia atrás no eran de reír, como por ejemplo aquel muro de hierro[51] y por ejemplo las trincheras que allí en la frontera todavía no iban seguidas para no impedir el paso al campesino con su carreta y por ejemplo jean-de-tervueren-mismo, que era un crío cuando estalló la guerra del 14 y cayó su padre, de modo que nunca vio a su padre y resulta que cuando el propio jean iba a tener un hijo al irse a la guerra... alto, no hace falta contar fantasías absurdas, la realidad de por sí es ya bastante fantástica. La realidad es que no sabes qué fue de jean-de-tervueren, la tormenta pasó sobre nosotros, soldaditos belgas, y cada uno se limitaba a palpar sus propios brazos y piernas, y solo al cabo del tiempo hacía el recuento con los dedos de qué habría sido de este o de aquel. Ya nunca volviste a ver a jean, ni en el canal alberto ni en el cautiverio, es posible que yazca allá en veldwezelt con su pistolita en las manos – cuyo percutor era demasiado corto, como en la mía, de modo que no se podía hacer ni un solo disparo con ella – o a lo mejor volvió a su casa al igual que tú y yo, ¿por qué íbamos a volver tú y yo sí, y otros no? En cualquier caso, al margen de eso recuerdas que él habló mucho de tervueren, contó 20 veces que de niño le llevó un día los palos al rey cuando fue a jugar al golf allí y una sola vez que era ebanista. Y como te vio llenar un cuaderno de bocetos tras otro también te contó que se ocupó de la ebanistería en casa de un famosísimo pintor de tervueren, que le regaló una botella de vino y le... y un día le preguntaste quién era ese pintor y resultó que era, diosmío, edgard tytgat[52] y dijiste: lo conozco, lleva unas greñas

canosas y tiene un grano rosado en la nariz y suele ir paleta en mano a mirar el tio vivo. Y entonces recuerdas también que más tarde le diste la mano a edgard tytgat (¿a quién no diste la mano desde entonces?, es como aquello que dijo el escritor: mucha gente me ha hablado pero muy pocos me han dicho algo), y le oíste decir que había muerto su perrito y en qué tono tan trágico lo dijo, *il est mort*, mientras mordisqueaba una galleta y tal vez mentalmente estaba guardando un trocito para su perro. Pero al propio jean, le vas a hacer una visita, te propones, aunque no sabes en qué parte de tervueren está, difícilmente puedes ir allí y preguntar por jean que de chiquitín acompañó 20 veces al rey – disculpa, una sola vez – y que puede haberse mudado a otro sitio y puede haber muerto hace tiempo. Además, dices que le vas a visitar pero seguramente no lo harás nunca. Y eso es lo más triste de la vida... después de los aviones, porque cuando planean por allí las bengalas rojas y suena la alarma y caen las bombas uno se queda mordiendo los nervios, con el corazón encogido, y espera a que quede libre el váter para evacuar a toda prisa y pensar: el resto ya lo cagaré con calma cuando hayan desaparecido los aviones... Y una vez desaparecidos los aviones, lo más triste de tu vida es que hayas conocido a tantas personas, compartiendo con ellas tu vida y risas y preocupaciones, a las que no volverás a ver o escuchar ya nunca más.

Es más, comentando esto y aquello, al cabo de un tiempo ni siquiera las recordarás.

y en ninguna parte se consigue pan, el inspector ha entrado en la panadería-de-cyrile y cyrile-el-panadero ha salido corriendo por la puerta de atrás con su harina de estraperlo y comenta que en la otra punta de la ciudad todo el mundo anda llorando por no tener pan, ni pan ni patatas, ¿dónde vamos a parar? – y una vez desaparecido el inspector la gente vuelve para comprar un pan de estraperlo por 60 francos ¿Qué vas a hacer, si no, mientras te quede algún céntimo?

y liske, la hija de un socialdemócrata pero con simpatías comunistas, creyó que la guerra iba a durar como mucho 3 días, pues de otra manera verías

por todas partes insurrección y revolución – pero la guerra ya dura 4 años en vez de 4 días y seguimos sin ver nada de eso

las mujeres se agolpan y dicen: ¿qué vamos a hacer?, mirándose entre ellas – y dicen que van a salir a la calle con la bandera negra^[53], sí, eso DICEN

y alguien encargó 2 tartas, por adivina cuánto, 700 francos.

[50] Tervueren es una localidad cercana a Bruselas.

[51] IJzeren Muur: la Línea KW, entre Koningshooikt y Wavre –de ahí las siglas KW–, una sucesión de búnkeres, fosas y esclusas, que resultó inútil para defender Bélgica de la invasión alemana.

[52] Pintor e ilustrador de libros belga, de estilo expresionista.

[53] La del movimiento anarquista.

Un soldado del 14-18

Ya habría hablado hace tiempo de florimond si su historia no empezara por algo que ya describieron otros (no por temor a que el primer idiota de turno hable de «influencia» sino porque resulta odioso repetir las palabras de otro) [54]. Florimond se sienta a mi lado, me pide un cigarrillo y cuenta: en la otra guerra hui hacia francia, mi padre era soldado y mi madre murió en pleno éxodo en francia con una nota en la mano para mí y para mi hermano 2 años mayor que yo, donde figuraba la dirección de una prima en londres. En medio del ajetreo perdí de vista a mi hermano. Embarqué y llegué a londres, busqué en mi bolsillo el papelito y descubrí que se lo había quedado mi hermano, yo tenía entonces 16. Dormí en un banco en el parque y conocí a una mujer que no entendía el flamenco mientras que yo no entendía el inglés, imagínatelo, resulta que de día me mandaba vender periódicos, tendrías que haberlo visto, «el pequeño florimond con un montón de periódicos debajo del brazo y levantando un ejemplar con la mano del otro, voceando el *daily worker*[55]», y de noche me metía consigo en su mugrienta cama lo cual no obstante era mejor que dormir en aquel banco. Luego vi de repente a una mujer de nuestra zona, la llamé y fui detrás de ella: ¡marie, marie!, y marie dijo: ¡hombre, el pequeño florimond!, y me llevó consigo a un hotel donde fregaba los platos en la cocina y donde yo también podía fregar platos, tendrías que haberlo visto, con pollos enteros que venían de vuelta y que había que tirar al cubo de la basura pero que florimond tiraba al lado del cubo, a una maletita que por las noches se llevaba al albergue de marie donde nos los zampábamos con toda tranquilidad, sentados en la cama nos los comimos *comimos COMIMOS*, hasta que cumplí los 18 y allí en londres fui llamado a filas para el ejército belga, y me llevaron en barco a westkapelle o a oostrozebeke, de eso no estoy seguro[56], y entre aquellos veteranos que habían estado de permiso, me encontré por 1.^a vez en la línea de fuego y enseguida BUM, ¿qué ha sido eso?, y se rieron del pequeño florimond, ah, eso ha sido muy lejos de

aquí, luego me acerqué y vi las zanjas y pregunté: ¿qué es eso?, es una trinchera de comunicación, y mi corazoncito se aceleró, y me acerqué aún más bum y bum y bum-bum-bum y requetequetec y pam-pam, tenía que apretar los esfínteres y, a punto de esconderme en un rincón, llorando, me dejé empujar por el comandante, que era buena persona y se compadeció y me mandó llevar coñac por las trincheras, y el pequeño florimond se sentó en un lugar recóndito y agachado se bebió la botella entera y se durmió y dejó que los demás se ocuparan del ataque, una granja que había que tomar. Y luego recibí noticias de mi hermano, que también era soldado pero estaba de permiso y finalmente había encontrado a esa prima en Inglaterra, ahora bien, no en Londres, como yo creía que ponía en la nota, sino en Mánchester, porque eso es lo que pasa, oyes hablar de una ciudad en Inglaterra y piensas que es Londres. Entonces fui de permiso yo también y viajé a Mánchester pero no me sentía a gusto con mi hermano y mi prima, y entonces conocí allí a una chica que vivía en 1 de los altos bloques de viviendas nuevos y que bebían, ella y su padre y su madre, whisky, uno tras otro, y su padre dijo: date prisa, florimond, son casi las 7 y todavía no estás borracho. Porque a las 7 cerraba el bar. Y florimond llevó a su casa por un lado a la madre borracha y por el otro al padre borracho y los subió por las altas escaleras, mientras ella seguía sus pasos con el sombrero torcido y cantando. Y luego terminó la guerra y volví a casa y empecé un negocio de zapatería, tuve una pequeña fábrica de zapatos pero mi mujer enfermó y tuve que cerrar la fábrica y empecé a vender zapatos para otro fabricante. Y ahora hay otra vez guerra y todos los días me subo al tranvía o al tren o a la bicicleta, ocultando mi bolsa para evitar que me denuncien o me metan en la cárcel o me envíen a Alemania, pero por suerte nunca me han pillado.

Y florimond tira lo que queda de su cigarro y aguarda y mira tu cajetilla.

ay, y el pueblo que una vez más está dividido en 2 bandos, Jean, que con un brillo en los ojos afirma que los alemanes ya están en Járkov, y yo y mi padre que hemos de asentir con todo el dolor del corazón – pues nos gustaría replicar... ya, ¿qué vas a replicar más allá de algo que no sirve de nada?, si además en apenas una hora se presentaría la Gestapo

y luego está lo de kuyle que desde el hueco del sótano escucha las conversaciones de la gente y avisa a la feldgendarmerie^[57], y lo de su mujer que es proalemana hasta tal extremo que va con todos los alemanes al cine y allí en la oscuridad se deja sobar, y que colabora con ayuda de invierno^[58] y vende tocino y judías y latas de tomate frito, y se forra, mientras que los médicos prohíben a los niños tomar la sopa de ayuda de invierno porque les hace mear demasiado

y los padres que dicen que cuando termine la guerra los ingleses nos traerán pan blanco y chocolate, y los niños que preguntan: ¿qué es chocolate?

y que ha habido un atentado contra hitler y que hay revolución y que ya están luchando en las calles de hamburgo y berlín y kiel, los marineros destruyen sus propias armas y el ejército lucha contra las SS, hay revolución como hubo en el 14-18 y la guerra se acaba

y no es cierto, hitler no ha muerto y no hay revolución como hubo en el 14-18 y la guerra no se acaba, los alemanes requisan nuestros caballos y los últimos coches y pasa la primera V1^[59] – lo cual tampoco es cierto, las V1 no pasan por aquí, pues las lanzan desde el estrecho-de-calais

y todos están pendientes de la emisora inglesa, aunque no se oye más que turulú, que se suma al turulú que tienen en su propia cabeza y todo eso lo convierten en algo INVEROSÍMIL – marie-la-de-la-ganadería, que antiguamente solo conocía la radio de oídas e iba con los zuecos llenos de paja y tenía bosta de vaca en las piernas, pero que ahora lleva medias de seda, también se ha comprado una radio y cuando churchill dice que el día de mañana será decisivo, va pregonando a los 4 vientos: mañana vienen lo ha dicho churchill, entonces ese día cierran la verja y se refugian en el sótano

[54] La publicación en *Zondagspost* dice expresamente: «Si su historia no empezara por algo que ya describió Céline» y «no por temor a que el señor del periódico hable de “influencia de Céline”». Sin embargo, no nos consta ninguna historia parecida en la obra de Louis-Ferdinand Céline ni tampoco una

alusión concreta en las reseñas de *Mi pequeña guerra*. En la edición de 1960, Boon omite esta justificación y arranca de la siguiente manera el capítulo, que entonces se titula «Vida de Flor»: «Flor se sienta a mi lado, me pide un cigarrillo y cuenta».

[55] Periódico comunista.

[56] Westkapelle está a cinco km de la costa, mientras que Oostrozebeke está en el interior. Más allá de empezar por *Oeste-* y *Este-* respectivamente, como muchos nombres de localidades belgas, por lo que hemos podido averiguar no tienen nada en común y ninguno de los dos tuvo una especial relevancia en la Gran Guerra.

[57] Policía militar alemana.

[58] Winterhulp: organización humanitaria belga, autorizada por los alemanes, en la que participaba la Cruz Roja junto con otras entidades.

[59] Viene de *Vergeltungswaffe 1*: arma de represalia de los alemanes, el primer misil guiado que se utilizó en la guerra.

Historia sencilla

Esta es una historia sin añadirle una palabra para hacer literatura y sin quitarle una palabra que pudiera resultar ofensiva a quienes por excesivo temor a atravesar la vida la viven con los ojos y los oídos cerrados, tal y como me fue contada por gaston, que fue detenido y metido en la Celda Oscura, 9 días seguidos con cadenas en manos y pies (cuando llueve todavía se ven las marcas) y sin poder mear o cagar. Y al 9.º día no aguantaba más y se meó y se acercó rodando a la puerta e intentó golpearla con los pies y entonces lo empujaron en su propio pis. Y fue interrogado por los mismos hombres que lo habían detenido y dijo que no sabía nada, que únicamente había encontrado una nota en su buzón, entonces sacaron de un armario un objeto simpático, que en un primer momento él miró con asombro, y se lo pegaron a la cara, en un principio no sintió nada, no dolió, pero al cabo de unos segundos fue plenamente consciente, aquello era una lámina de caucho que se extendía y luego se encogía arrancándole así la piel de la carne. Después le encerraron en La Soledad y todos los días tenía que ir a la lámina de caucho, de modo que con el tiempo al recorrer-los-pasillos-de-ida-y-vuelta empezó a pensar: ojalá estuviera ya metido en mi celda. Entonces amenazaron con mandarle al millioenenkwartier, donde había una mansión en cuyo sótano había cámaras de tortura^[60]. Entonces cantó. Ja, les contó una trola y quehostias se la creyeron. Y a la larga pudo comunicarse con alguien de otra celda a través del tubo de la calefacción, y dijo: me llamo gaston, y el otro dijo: yo me llamo andré, y contó cómo se llamaba su mujer y de qué ciudad era y que en su jardín había plantado tabaco, y el otro dijo: yo también. Y luego deseó ver a andré e hizo trampa después de salir al patio, hizo como si se equivocara de celda y miró por la ventanilla, de apenas un meñique, y dijo: hola, andré, y andré dijo: hola, gaston. Y se sintió feliz. Entonces le llevaron a otra cárcel donde había 3 celdas una encima de otra (y yo asentí con la cabeza, porque José me había contado lo mismo, pero en el

caso de ella fue en vorst y en el de él en st. gillis[61]), y a veces ocurría, él escuchó unos 4 casos, que desde una de las celdas superiores alguien se tiraba por la barandilla. Y un domingo por la tarde, cuando solo había 1 o 2 guardianes, rompieron el cristal de la ventanilla de forma que podían levantarla y ver a cualquiera que recorriese el pasillo, y así empezaron a conocerse cara a cara entre ellos. Y había un enchufe que quitaron y a través del cual podían hablar con los compañeros, pero lo pillaron y lo golpearon con una llave inglesa hasta dejarle sin dientes y en adelante tuvo que tragar la comida sin mastigarla, se le quedaba como una bola en el estómago y él no paraba de retorcerse de dolor (ya, pero eso no era nada, porque a otro lo colgaron por los pies y le pegaron con la lámina de caucho y le destruyeron el pecho y luego lo mandaron a casa, aunque estaba condenado a muerte, habría sido mucho mejor que le pegasen un tiro, entonces habría podido exclamar Viva Bélgica y morir como un héroe, y su mujer habría cobrado una pensión, en cambio ahora está en su casa muriéndose en su silla que le cuesta sus últimos céntimos y ¿qué va a obtener de parte del gobierno?), y al final tuvo que ir a merksplas[62], donde estuvo bastante bien porque podía recibir paquetes, pero después tuvo que ir a la costa francesa para trabajar y llevar sacos de cemento, caminando en zuecos, y cuando los zuecos estaban desgastados en calcetines y luego con los pies desnudos, al principio al llegar había chaquetas y pantalones colgados en los árboles, a consecuencia de los bombardeos, imagínate qué impresión. Fue un infierno, de verdad, un infierno. Él contaba los días que faltaban para que terminara su condena y todas las noches decía que quedaban solo equis noches en las que podían matarlo a palos, entonces cayeron bombas en las letrinas y el campo entero acabó cubierto de excrementos. Una vez terminada su condena no lo soltaron, la wehrmacht dijo que por ellos podía irse, pero allí estaban los de la todt[63], que decían que en la todt no hacían caso a la wehrmacht. Y su mujer fue de acá para allá, incluso al despacho de un alto oficial alemán, instalado en la casa más elegante de la ciudad, con sillones verdes, y justo en ese momento le traían un café de filtro y había una puta alemana con sus piernas entrelazadas con las de él e ignoraron a la mujer de gaston como si fuera una pedigüeña. Y al final él se dio a la fuga una noche en pleno bombardeo cuando todo el mundo corría como loco, y él que iba de tren en tren, sin

pasaporte ni papeles ni nada, tuvo una suerte increíble. Y ahora tiene que esconderse pero ¿crees que alguien se acuerda de él? Ahora comemos pan con mermelada, dice, y nos pasamos el día durmiendo, eso también engorda.

y han encontrado a un soldado alemán entre el trigo, junto a la oude gentbaan, en medio del campo que suelo cruzar para ir a ver a gaston, los niños lo oyeron, parecía un animal – resulta que yo pasé por allí 5 minutos antes sin oír ni ver absolutamente nada – lo sacaron de entre el trigo que todavía no estaba maduro, llevaba 7 días sin comer y no podía pronunciar nada más que «hu» y tenía las piernas abotargadas y los pies llenos de heridas y sangre coagulada, y le dieron de beber leche – leche y pan blanco le dieron, quehostias, y todos los niños de las viviendas que durante mucho tiempo no habían visto pan blanco se quedaron mirando con envidia – dijo que venía de la costa, que había desertado, y cuando le preguntaron adónde pensaba ir contestó: a la feldgendarmerie, y pierre cree que hay que pegarle un tiro

y gaston dice que los objetores han de ir a un monte muy alto para arrojar piedras hacia abajo y a continuación recogerlas y arrojarlas otra vez desde arriba

y gust-el-peluquero dice que a un desertor no se le debe disparar si tiene menos de 21 años, «en alemania 15 años es la edad mínima para preñar a una mujer y 21 la edad para ser considerado un soldado»

y charel-el-carnicero dice: vaya, es un soldado y tendrá que ir al frente a la línea de fuego a verse con la parca

y no me creerás pero este es un libro en busca de dios (no sé qué entiendes tú por dios, pero para mí significa: l'âge d'or el mundo futuro el siglo de oro el sábado-noche el cuento de hadas el sol el hombre nuevo), en cambio lo que he encontrado es la guerra y he blasfemado y me he retorcido las manos pero no te asustes, si finalmente encuentro a dios no será como el de la iglesia, donde no puedes tirarte un pedo sin irte al infierno, es decir un curilla o un maestro de escuela

no tengas miedo por buscar a dios (véase arriba) diciendo palabras erróneas: en el principio era el verbo y el verbo era la luz

y la palabra más bonita es la palabra del pueblo, un avión herido que a duras penas aparece una hora más tarde que los demás aviones es UN AVIÓN QUE VA CON MULETAS

[60] Se refiere a la Villa Hubain, una sede de la Gestapo en el «barrio millonario» de Gante.

[61] La de Vorst (en francés: Forest), donde estaba José, y la de Sint-Gillis (Saint-Gilles) eran prisiones contiguas, en Bruselas.

[62] Otra institución penitenciaria flamenca, cerca de Amberes, que durante la guerra estaba en manos de los alemanes.

[63] Wehrmacht: término utilizado en la Alemania nazi para las «fuerzas de defensa». Organisation Todt: organización paramilitar nazi dedicada a la ingeniería y construcción de infraestructuras tanto civiles como militares, creada por el ingeniero y alto cargo militar Fritz Todt.

Se vende piano

También podemos vender nuestro piano, dijo mi mujer, y callado aparté la mirada porque sabía lo que el piano significaba para ella, el último de los enseres con el que podíamos disimular lo poco que quedaba de nuestro aire burgués; y también, ¿para qué callarlo?, sabía lo que el piano significaba para mí mismo, porque me gustaba escuchar, sentado en el banco del jardín o mirando la calle desde la puerta abierta, el sonido del piano que venía desde el interior de la casa, aunque solo se tocaran *gotas de lluvia que repiquetean sobre el cristal de tu ventana*^[64]; pues unos disfrutaban con una cerveza, otros con las chicas que pasan por la calle en bicicleta, y yo con el atardecer acompañado por el goteante sonido de un piano – absurdo romanticismo al que de nada serviría resistirme. Preparé un cartelito «se vende piano» para poner detrás del cristal de la ventana y nos sentimos como arañas aguardando a una mosca. Creo que el cartelito es demasiado pequeño, dije, pero entonces entró el panadero y le atendimos de prisa para poder preparar enseguida un cartel más grande, pero se quedó allí con su alargada cara de bobo, ese piano, dijo, ¿podría verlo? Se lo enseñamos y mientras tanto quité la figurita blanca que estaba encima de él, porque no podíamos tener un solo mueble negro sin poner una figura blanca encima, tenía yo esa manía con el blanco y negro, y por lo demás nos quedamos mirando expectantes al panadero. En fin, en su cara no se veía reacción alguna, seguía igual de idiota que antes, no, dijo al final, me imaginaba que era uno que sonaba solo. Un piano que suena cuando metes 25 céntimos, eso lo tienen en el bar de la esquina, a lo mejor quieren vendértelo, sugirió mi mujer. Fuimos a mirarlo, el panadero insertó una moneda y el piano sonó, a él le entró la risa al ver cómo bajaban y se elevaban las teclas sin que nadie las tocara con un dedo, parece magia, dijo. Lo compro, dijo. No preguntó por el precio, solo le preocupaba cómo transportarlo a su casa. Habrá que subirlo al carro y uncir mi caballo, dijo el dueño del bar, pero primero invito a una ronda. Pero el panadero no quiso,

invito yo, dijo. Invitaron a una ronda cada uno, y luego el panadero invitó a otra, y después el dueño del bar a otra más, y al final todos estuvimos con ojos turbios mirando aquel piano cuyas teclas seguían moviéndose *ramona eres la chica más guapa de la ciudad*^[65] y el panadero que conocía la canción la cantó, bailó con la tabernera e invitó a otra ronda. Recordó a su padre, que había sido un paupérrimo panadero-de-antes-de-la-guerra, que el 1.^{er} día de la guerra quiso cruzar el puente del rincón negro con 10 panes envueltos en una sábana, cuando empezaron a bombardear los aviones alemanes. Y recordando a su padre el panadero se echó a llorar, porque no ha podido ver el dinero que gano, dijo. Entonces se abrió la puerta del bar y se asomó la mujer del panadero a ver por qué tardaba tanto, ¿ya estás bebiendo chupitos de 35 francos?, dijo. Él la tiró hacia adentro y la abrazó y bailó con ella y se empeñó en que también se tomara un chupito. Lloró y dijo: acabo de contar que mi padre no ha podido ver que no sabemos qué hacer con nuestro dinero. Calla, dijo su mujer. Y al instante se quedó en silencio el piano y nos callamos nosotros y los demás que estaban en el bar los miraron. El panadero nos miró con su cara de bobo y permaneció erguido para mostrar que no estaba borracho, sé lo que digo, dijo. No sabes lo que dices, repuso ella. Y nos miró y explicó que todo el mundo cree que los panaderos se hacen de oro, pero eso no es cierto: después de la guerra la gente sabrá lo que hemos hecho los panaderos por ellos. ¿En qué sentido?, preguntó el dueño del bar y también preguntó a qué se debía que el pan de racionamiento fuera tan malo, me parece que no tiene ni una pizca de harina de trigo, dijo. Por supuesto que no tiene harina de trigo, contestó el panadero, solo salvado y avena pelada y castañas molidas. Sin embargo, dijo el dueño del bar, cuando uno compra su harina de racionamiento y hace su propio pan, entonces sí que tiene, ¿cómo es posible? Y el panadero con su cara de imbécil se calló, salió por la puerta sujetado por su mujer, y acabaron por comprar NUESTRO piano, aquel que tendrían que tocar ellos mismos aunque no sabían, ni el panadero ni su mujer, pero obligaré a la pequeña thérèse a tocarlo, dijo él.

y la genterrica que es probelga y cuando pasan los aviones dice que ojalá pasaran todas las noches y TIRARAN BOMBAS TIRARAN BOMBAS pero mantiene su verja cerrada para que los pobres que pretenden huir de la

fábrica de electricidad o de la estación de mercancías no puedan atravesar su jardín y estropear el césped

y la gentepobre que se lo reprocha a la genterrica – por lo bajini para que no lo oiga – ¿eso corresponde con ser probelga? Pero cuando roban carbón de la estación se lo venden a la genterrica mientras que ellos mismos en su casa aguantan el frío

y el que es proinglés no quiere oír nada malo sobre los ingleses, son buenos y discretos y valientes y son los mejores soldados del mundo y saben bailar el swing, que es el baile más bonito que hay, mientras que los otros dicen que los ingleses son unos cobardes y apenas saben hacer otra cosa que bailar el swing, que es el baile más indecoroso que hay

y la gestapo que irrumpe y aparta a mi mujer y baja al jardín, justo cuando estoy plantando unas coles de bruselas torcidas, y resulta que solo es para comprobar mi pasaporte, y yo que creía estar acabado y ya estaba sintiendo las bofetadas

y los jóvenes que entre la lluvia de bombas se inventan una nueva moda, se dejan el pelo largo y llevan unos pantalones demasiado cortos, pero que son de pensamiento hueco y vacío – y las SS que irrumpen en una sala de baile empuñando su revólver para divertirse – ayer mismo irrumpieron en una casa y agredieron a la mujer y maltrataron a los niños y destrozaron los escasos muebles que había, y luego resultó que se habían equivocado de dirección

y gustaaf bruyndonkxs que me cuenta que lloró por la caída de stalingrado, ahora van a venir los bolcheviques, dice apretando el esfínter de miedo

y la hija de boone que dice que los rusos han bombardeado berlín, porque los bolcheviques no son humanos, pero que los alemanes hayan masacrado a la población entera de las ciudades rusas ESO NO ME LO CREO, dice

[64] Un tema popular de la década de 1930. Boon cita el título en neerlandés, el original era alemán.

[65] Otro tema popular, originalmente compuesto para la película *Ramona* de 1928, cuya letra fue traducida a diferentes idiomas.

Albertine spaens

Albertine spaens era una mujer muy afable y muy simpática y muy fea, a la que tuvieron que arrancar todos los dientes porque estaban sueltos a consecuencia del hambre y no tenía dinero para ponerse otros de forma que andaba por ahí con los ojos de una treintañera y la boca de una octogenaria, véase «2 viejos comiendo sopa» de goya, y hablando de sopa, al mediodía albertine, para llevarse algo para sí misma y para su feo marido, solía ir con nosotros al comedor popular leopoldo III, donde nos servían en nuestros cuencos 2 patatas y un trocito de carne, cierra la puerta, rápido, que no se la lleve el viento, junto a unas verdurillas de lata a 2 francos la comida + los cupones. También iba mengana, ¿cómo se llamaba?, a la que hace poco se le trastornó la cabeza y después murió también, que se ponía furiosa y nos tachaba de proalemanes cuando afirmábamos que la guerra iba a durar 5 años más, «eso no puede ser, pues mi marido cuenta con una guerra relámpago y si todavía va a durar más de un mes no sabría yo qué hacer», y al margen de eso contaba las historias más amenas que jamás se hayan oído, como por ejemplo que en una fábrica de gas las chicas sentían sus sentidos alterados por los vapores que aspiraban de modo que... pero eso aquí no viene a cuento, es un paréntesis, y otro paréntesis, decía que lode zielens[66] era un escritor muy malo... ah sí, ¿se llamaba madame lammens!, y albertine spaens se reía con esas afirmaciones ridículas de madame lammens, la verdad es que se reía con cualquier cosa, con esa verdurilla-de-lata y con la sopa de ayuda de invierno y con la gente que iba al comedor y con los pasquines de los alemanes que veíamos por la calle... y, ahora me acuerdo, en el camino-de-vuelta siempre nos topábamos con un maestro de escuela proalemán con quien ya no hablábamos, aunque por lo demás era un tipo afable con bombín y unos pies enormes abiertos hacia fuera, a pesar de todo él seguía saludándonos muy educado: buenos días señora lammens y buenos días señora spaens, y un día, cuando albertine como siempre iba riéndose a carcajadas a-lo-largo-del-

camino, se dio la vuelta hacia él y le espetó amenazadora: buenos días aunque muy a mi pesar. Voy perdiendo los dientes por el hambre que paso, dijo en una ocasión, y en otra dijo: siempre me duele aquí, me duele, me duele, y puso la mano en el corazón, pero sin dejar de reír y de darnos ánimos diciendo: chicos, un día se terminará esta guerra y desaparecerán esos pardos y con estas viejas piernas aprenderemos a bailar el *swing*, aunque me temo que para entonces habrá 2 albertines spaens porque entre medias me habré partido por la mitad. Y volvió a poner la mano en el corazón, un gesto que hacía cada vez más, a veces se paraba en la esquina de la calle con su jarrita de sopa en la mano gritándonos: esperadme. Y al final incluso me pidió: llévame tú la sopa si no te importa. Luego me la encontré, cuando iba a coger el tranvía para ir a un especialista en gante, yo había visto cómo acababa de pasar el tranvía cuando ella apareció jadeando por la esquina, tratando de inhalar aire por su desdentada boca. Se ha... y ya no dijo «ido» porque no tenía fuerzas, se apoyó en la pared y me pidió que la acompañara a su casa. Ahora bien, cuando nos adelantó 1 de los negros con sus brutas botas, ella volvió a erguir la cabeza. Pero aquello, lo del corazón, era un cáncer muy avanzado que era preciso operar, la ingresaron en el hospital, pero los 4 años de hambre le habían hecho tanta mella que ya no pudo volver a casa, estaba agonizando el mismo día en que llegaron sus amigos del otro lado del canal, y madame beerens y madame lammens que también ha muerto y yo estuvimos junto a su lecho de muerte en el hospital, y nos agachamos hacia ella y le dijimos: ¡han desembarcado! Y nos miró a los ojos y por última vez irguió la cabeza, ja, dijo, entonces cubrid con la bandera belga mi cajón de naranjas, y esa misma noche falleció.

y fulano, que está con la brigada negra y echa a su mujer a la calle en camión cuando vuelve a casa borracho e invita a cualquiera que esté dispuesto a decir heil hitler y va a los burdeles donde se gasta en una sola noche 50.000 francos – porque ascendió a jefe de la distribución maderera

y mis padres que dicen que es una guerra relámpago que no va a durar mucho – de hecho, no DEBE durar mucho porque nos quedamos sin dinero,

ya hemos tenido que hipotecar la casa – y a cualquiera que diga que SÍ va a durar mucho lo tachan de proalemán

y la gente que pregunta al párroco-que-es-un-grandísimo-proinglés si puede ir a rezar a la capillita – pero el párroco que teme quedarse sin gente en la iglesia grande dice que no – no cambiaría nada, dice, ¿o acaso pensáis que por ir a rezar a vuestra capillita los aviones dejarán de tirar bombas? – y la gente dice que si no puede entrar en la capillita rezará en mitad de la calle – os lo voy a prohibir, dice el párroco, haré que os echen

y la depravación moral, que por la noche mujeres mayores orinen la una frente a la otra, y que en los alrededores de la estación entren escolares en una heladería, que es un auténtico burdel – de modo que puedes elegir a una muchacha de 14 años – de modo que una vieja puta se pregunta dónde va a acabar el mundo, en mi época...

y los niños van detrás de un soldado alemán y le preguntan si viene de normandía, sí, dice, pero vamos a volver, y les da a los niños un helado – uno solo – y toda la pandilla quiere chupar ese helado, y al oírles decir «chupar» el soldado dice: «a shupar todos» – y los niños le preguntan si habla flamenco y si sabe que están bombardeando alemania, y le señalan al hijo de kuyle y dicen: ese está con los negros – y es tremendamente orgulloso

y que esta mañana han vuelto a encontrar a un chico en la avenida que fue asesinado por los negros

[66] Escritor flamenco realista, comprometido con el movimiento obrero.

La primera hora

Las últimas 2 noches no podíamos dormir, me quedaba en un sillón junto a la puerta de atrás, entreabierta, medio grogui con una manta sobre las piernas mirando las estrellas y escuchando el lejano ronroneo de los aviones y fumando cigarrillos, y a ratos entraba para escuchar el toctoc-toctoc de la emisora inglesa y a las 12 menos cuarto, tarara-bum, la melodía que antiguamente tocaban a hora y deshora cuando se destapaba la figura de una mujer desnuda o había muerto el rey etcétera pero no cuando 40 mineros se habían quedado atrapados bajo tierra, y que siempre nos ponía enfermos pero que al cabo de 4 años de guerra hizo que el corazón me latiera en la garganta: las tropas de los nuestros habían cruzado la frontera belga. Mi mujer, que venía a hacerme el relevo para escuchar los aviones y fumarse un cigarrillo, se puso a mi lado sin haber cerrado la puerta de atrás, menuda imprudencia, mientras los alemanes seguían pasando, ¿todavía está allí el camión con los heridos?, pregunté, no, contestó, se ha ido, la miré, llevaba en la cabeza un calcetín de lana gris y sobre los hombros mi abrigo con el cuello levantado. Pareces un ruso, le dije pero no nos reímos, escuchamos el tarara-bum y ella dijo: me podría echar a llorar, louis cariño, me podría echar a llorar, pero no hizo falta que lo dijera, ya lo estaba haciendo. Y rápidamente preparamos un café y escuchamos el rumor procedente de la calle. Allí están, dijo mi mujer, y efectivamente oímos su retirada en filas cerradas, con ímpetu abrimos la puerta de la calle y en ese mismo instante oímos, muy tenue porque el viento venía del lado contrario, las campanas del carillón. ¿Qué más se oía? Parecía griterío. Y entonces también pudimos ver a los que desfilaban por allí, había literalmente demasiadas cosas que escuchar y mirar, pero de momento seguían siendo los alemanes, pasaban en 2 filas, muy pegadas a las casas, de modo que nos resguardamos en el portal y contuvimos la respiración. *Vorwärts*^[67], exclamaron. Y el señorito brys, que antes era un ciudadano acomodado pero que en la guerra se fue hundiendo y se agachaba a recoger

colillas de la calzada cuando no lo veía nadie, abrió su ventana y sacó la tricolor, es decir, eso lo imaginamos porque en la oscuridad no era más que un trapo negro; y un poco más allá rompieron los cristales y abatieron la puerta de la casa del cojo charlot, que luchando en las trincheras en la otra guerra fue herido en su pierna mala y durante la guerra actual estaba con los negros, ¿eso cómo se explica? Y otra vez oímos pasos, escucha, dije, estaban cantando la marsellesa, debían de ser proske y su señora. Y también fulano, dijo mi mujer. ¿Fulano?, dije, ¿dónde tienes la cabeza? Hacía 15 días que le habían sacado de la cama, ella misma me lo había contado con los ojos así de grandes y el labio tembloroso después de rebuscar en la casa por si acaso había que ocultar algo, pero a estas alturas ¿qué nos quedaba por ocultar? ¿Qué libro nos quedaba por quemar? Ninguno. *Enfants de la patrie...* y era como si se me helara la sangre y se me incendiaban los sesos, como si me hubiera quedado sin manos para cerrarlas en puño. *Formez vos bataillons...* y entonces aparecieron en filas cerradas, con escalofríos saludamos con el puño en alto a esos chicos con una granada de mano bajo el cinturón. Eran 10, pero eso no nos impidió saludar a la mañana siguiente levantando nuestro pulgar a los otros 990, subidos a los tanques ingleses. Vitoreamos a los ingleses y a los americanos y a los canadienses y a los escoceses y a los chicos de la brigada blanca, aunque entre estos vi a varios que hasta el día anterior habían estado en la brigada negra, pero en aquel momento estábamos ciegos, era la 1.^a hora.

y el pueblo que primero destruye el local de la vnv[68], que después ocupan los comunistas gastándose un dineral para arreglarlo – en vez de poner directamente a un par de personas junto a la entrada para preservar el edificio – antes había un local bonito y ahora hay un antro medio quemado

y los desertores ingleses que en todas partes fueron sacados a la calle, de la casa de florine y de la de elise y de la de todo quisqui

pero los poetas, que escribieron sobre el frente oriental, vuelven tímidamente con poemas sobre las estrellas y su soledad y dios – diosmío,

sobre dios – aunque antes se limpiaron el culo con el paño púdico de jesucristo

oh dios, dales una lámpara cuya pantalla esté hecha de piel humana – a ser posible, con tatuaje – para que junto a ella escriban sus versos:

«Cuántas veces me hallo un rato en sueños sumido»

y un hombre que anda con bastón, a consecuencia de haberse caído de un coche en marcha, y que cambia de acera en cuanto me ve venir, porque cree que yo también soy poeta – y los poetas están todos locos, dice, a menos que sean algo así como putas

y me duele que piense así – no que los poetas sean locos o una especie de putas, sino que yo sea poeta

[67] En alemán: adelante.

[68] Vlaams Nationaal Verbond (Unión Nacional Flamenca): partido nacionalista, filonazi.

El señor de swaem y el señor boone, oportunistas

En el último confín de la ciudad, junto al vertedero que en verano estropea todo el suburbio, junto a la serrería y junto a otra cosa más que no mencionaré porque entonces todo el mundo sabría dónde es y me metería en problemas, allí vive el señor de swaem, que tiene una fábrica de zapatos, the english shoe, y que durante toda la guerra estuvo haciendo botas primero en secreto para los de la todt y luego descaradamente para la wehrmacht, desde que el señorito bernard, su hijo, se había apuntado a devlag^[69] rompiendo después su carné para unirse a la vnv por respeto a staf de clericq^[70], «que era tan católico que todas las mañanas comulgaba», como un día dijo el señorito bernard a un vecino del suburbio, que le respondió: eso no dice nada, porque conozco a uno que también comulga pero que preñó a una chica y dejó de hacerle caso, con lo cual se refería al propio señorito bernard, que seguramente se dio por aludido. Ahora bien, la de botas que se hacían allí, aquello era incontable, además hubiera sido imposible contar nada porque metían sus camiones dentro, se cerraba el portón y se apagaba la luz... Y hablando del portón, toda la noche había allí una lucecita encendida sobre un cartel que decía *lodse*^[71], la gente se imaginaba que a lo mejor había allí un refugio antiaéreo, aunque, refugio, ¿no se decía en alemán *luftschutzraum*? Y de paso servía para ver cómo la mamá, rechoncha y un poco falsa, iba al encuentro de los oficiales alemanes y les hablaba en alemán, que no era alemán sino una versión refinada del flamenco rural con abundante gesticulación y amplia sonrisa, que de pura ignorancia decía: no me tomen a mal que sea de familia sumamente humilde y que ahora gane con ustedes millones, de modo que ya he comprado 3 pianos para mi hija que teme a los bolcheviques porque los bolcheviques no son humanos + 4 abrigos de piel + para todas las habitaciones de mi enorme casa donde me pierdo una estufa de gas + 2 radios, una para abajo en el salón donde los oficiales alemanes se ponen las botas al emborracharse con nosotros mientras le meten mano a

nuestra hija cuando ella termina de tocar en 1 de los pianos canciones como... la de horst wessel[72], y la otra radio para arriba donde papá escucha la emisora inglesa para saber qué hemos de hacer con nuestro dinero. Y el papá, que era igual de gordo y falso, todos los días luchaba consigo mismo para deshacerse del zapaterito-swaem y convertirse en el señor de swaem, y por eso deambulaba de un extremo de su fábrica a otro fumando sus gruesos puros, aunque se daba prisa para difundir en el portón lo que habían dicho en la emisora inglesa; pero al margen del gordo boone, que vivía enfrente y que en el éxodo del 40 quitó los neumáticos de todos los coches que estaban abandonados en las zanjas para luego venderlos al ejército alemán haciéndose de oro, y que comía a diario conejo o estofado de liebre, como en los libros del poeta flamenco herreman[73], y blasfemaba cuando le ponían unas simples patatas con solomillo, al margen del gordo boone eran todos unas pobres gentes de suburbio que escuchaban con respeto al señor de swaem pero para sus adentros pensaban: «después de la guerra te meteremos en el trullo». Esto no quita que el gordo boone fuera un anglófilo que escuchaba la voz-de-américa, contó que tenían unas fortificaciones volantes contra las cuales los aviones chocaban y se quedaban pegados y así se los llevaban de vuelta a américa, porque los americanos, ¡menudos son!, y acto seguido engulló medio racimo de uvas a 400 francos el kilo de modo que el zumo se le derramó por la barbilla, y el señor de swaem dijo: que les den su merecido a los alemanes porque son todos unos canallas, lo sé de sobra, pues en la otra guerra me cogieron prisionero. Di 10.000 francos a la brigada blanca, dijo poniendo su gruesa mano en la boca en señal de que era un secreto, pero con una voz suficientemente sonora para que se oyera al otro lado del vertedero. Y entonces, de repente, llegó la liberación y allí, en el último confín de la ciudad, aquello parecía una feria, en la fábrica de zapatos ondeaba una bandera tan enorme que de la fachada exterior apenas se veía más que un pequeño extremo del canalón, y había una pancarta desde su fachada hasta la del gordo boone que ponía *welcome*, y debajo del *welcome* se paró un coche de la armée belge[74] y entraron en la casa del señor de swaem empuñando sus revólveres y al salir se relamieron los labios y le pidieron a la hija, que tan bien sabía cantar la canción de horst wessel, que les encendiera un puro, y pidieron al señor que les inflara una rueda mientras la señora gritaba: papá, te

vas a ensuciar el traje amarillo aunque no dejó de sonreírles y les abrió la puerta del coche y les mulló los cojines a estos chicos de la armée belge, y el señorito bernard trató de esconderse en el pasillo para luego asomarse y ver cómo el coche se alejaba. ¿Que las gentes del suburbio les mandaron al trullo? No, eso no es verdad, cuando alguien habló con ellos ya nadie recordaba que allí hubo un cartel en alemán que ponía *lodse*.

y el artículo sobre los señores de swaem y boone se publica en un semanario y el señor bruyndonkxs está detrás de la cortina espionando sus casas y se frota las manos, muy bien, dice, a ese tipo de hombres habría que ponerlos bajo custodia – y se quita el sombrero ante mí – creyendo que así no diré nada acerca de él, pues como me vaya de la lengua le romperán la crisma, con su custodia o como quiera llamarlo

y 3 mujeres que afirman que TAMBIÉN los ingleses son unos canallas, porque los dispararon cuando fueron a pillar carbón – pero no soportan que lo diga un antiguo-negro – porque cuando lo dicen ellas TIENE UN SIGNIFICADO MUY DISTINTO que cuando lo dice un antiguo-negro

y louis-que-vive-en-el-mercado-de-cereales y que lleva un burdel y que es anarquista y nihilista y guarrista, dice que hemos de rezar de rodillas a jesusito para que nos libre de los canadienses

y philomène-que-estuvo-trabajando-en-alemania y volvió con un bebé, obviamente de un alemán, ahora sale a bailar con los canadienses mientras pasan los aviones para bombardear berlín y dice que NO PODEMOS ESTAR LAMENTÁNDONOS ETERNAMENTE

[69] DeVlag: «LaBandera» y a la vez siglas de Deutsch-Vlämische Arbeitsgemeinschaft (Grupo de Trabajo Alemán-Flamenco), una asociación creada con el objetivo de estudiar los puntos en común entre las culturas de ambos países, que luego se convirtió en una organización panalemana.

[70] Staf de Clercq: líder de la VNV.

[71] Lodse: (alemán, mal traducido del neerlandés y además mal escrito) cobertizo.

[72] Canción de Horst Wessel: himno del partido nazi.

[73] Raymond Herreman tenía amistad con L. P. Boon, que aquí parece aludir a su «pequeño manual para la felicidad», un elogio a los placeres de la vida escrito en plena época de guerra, *Vergeet niet te*

leven (*No os olvidéis de vivir*, 1943).

[74] También Armée de Belgique (AB) y Leger van België (LVB): ejército secreto.

Oda a las boswell sisters^[75]

En aquellos días tristes, en cuanto me acercaba a la radio me decía mi mujer: ¿te parecen tiempos para escuchar música?, entonces yo respondía: son las boswell sisters, como si ellas fueran algo más que música. Pues he aquí una oda a las boswell sisters. Si yo fuera un gran poeta a lo mejor escribiría una oda a beethoven y a bach de los que todo el mundo me habla y que una vez me hicieron escuchar para después preguntarme: ¿qué te parece?, a lo que tuve que contestar con el corazón encogido: nada, porque ellos habían oído el mar y los bosques y a dios, mientras que yo no oía otra cosa que la serrería de gust van neste. Y si fuera un poeta aún más grande compondría una oda al jazz, alma de los negros del sur de américa que recuerdan en su sangre cómo sus antepasados bailaron a la guerra bajo la luna africana y que ahora sienten una nostalgia de caerse muertos. Jazz, alma de nuestra desgarrada época, de nuestra duda y furor y desesperación y amor inoportuno por todos aquellos que más bien deberíamos moler a palos; o sea, de nuestra época en la que, cada uno por su lado, no nos sentimos a gusto, aunque seguramente no la aguantaría ninguna otra generación que no fuese la nuestra, oh armstrong con tu trompeta. Pero no soy un gran poeta, tan solo sé contar anécdotas de nuestra calle, y por eso únicamente soy medio conocido en nuestra calle, mientras que vosotras las boswell sisters sois conocidas por el mundo entero. Y cuando en aquellos días tristes me acercaba a la radio para apartar con mis orejas el turulú de las interferencias y escucharos a vosotras las boswell sisters, casi os estaba agradecido por vivir en esta época. Oía vuestro lady-oh-lady por detrás de las interferencias y no sabría cómo reflejarlo por escrito, quizá la imprenta tendría que poner primero lady-oh-lady y luego turulú turulú turulú encima. Un día entró la gestapo justo cuando estabais cantando pero no lo oyeron, me pidieron el pasaporte y se fueron, todavía estaba pálido cuando ya habían salido y pensé: voy a reflejar esto en una novela, pero ahora me parece que ha perdido su interés, tanto que ni

siquiera sería capaz de dedicarle 3 líneas, y en cambio a vosotras 300.000. Y luego, más tarde – aunque los días seguían siendo igual de tristes o incluso más tristes todavía por los sucesos y la falta de entendimiento en Bélgica y en Grecia[76], y todas las cosas que nos hemos de callar – o sea más tarde, cuando respirábamos más holgadamente y escuchábamos Holanda resurge[77], volví a oírlos ya sin interferencias, mis adoradísimas Boswell Sisters, a quienes valoro más que a Bach y a Beethoven. Y tengo que decir algo que no debe escuchar nadie, pero ¿cómo lo hago? Tendré que escribirlo en un librito que no vais a leer jamás pero que aun así espero que... vete a saber... ¿sabéis lo que voy a hacer?, lo escribiré rápidamente y enseguida lo taparé con la mano para que no lo pueda leer nadie más que vosotras: os escuché y algo muy profundo en mi interior vibró y mi mujer me preguntó: ¿cómo es que tienes los ojos húmedos?

y el entrañable caso de 3 vejete que están de palique y 1 de ellos pregunta qué diversiones les quedan ya. Y los otros 2 asienten con la cabeza y reflexionan y puede, vete a saber, que no lo tengan nada claro

y yo me pregunto qué significa DIVERSIÓN en la cabeza de un vejete

[75] Trío de cantantes americano, muy popular en la década de 1930.

[76] Alusión al movimiento de izquierdas (Ejército Popular de Liberación Nacional) ELAS, al que las tropas británicas expulsaron de Atenas y obligaron a entregar sus armas. También los «sucesos» y la «falta de entendimiento en Bélgica» parecen referirse al desarme obligatorio de la antigua resistencia para restar fuerza a la izquierda, al que Boon vuelve a aludir en el capítulo «Justicia».

[77] Herrijzend Nederland: emisora de radio holandesa, que empezó a emitir desde el sur de Holanda en 1944, cuando el norte del país todavía estaba ocupado.

La última

Las había estado viendo durante 4 años, a las chicas de la *lustwaffe*^[78], 2 regordetas que siempre pretendían no vernos, seguidas de una muy espigada que probablemente era una histérica y que miraba a un punto muy lejano y muy alto, y que se parecían a cualquier cosa, casi diría que a una pista de despegue para sus V1, pero nunca parecían chicas. Entonces llegó la liberación, pero no nos las quitamos de encima, pues volvieron a aparecer, aunque vestidas de caqui, como si hubieran pasado por casa para cambiar sus medias grises por otras beis y también para, al fin, ponerse un poco de carmín en los labios. Y es que el viernes por la tarde se pararon los camiones en la *stalinlaan*^[79] llenos de, según se decía, chicas canadienses. Hasta ese momento me había asombrado que mi mujer abandonase la cacerola para ponerse en la puerta de la calle cada vez que pasaban soldados. Ya, pero ahora son escoceses, decía. Como si eso fuera distinto, sabiendo que al día siguiente serían negros americanos, o indios. Vamos, un soldado es un soldado, decía yo. En cambio ahora, hay chicas canadienses en la *stalinlaan*, dije y salí corriendo a la calle. Se habían bajado de sus camiones y cacareaban y fumaban cigarrillos mientras buscaban un bar y todo les parecía interesante. A fin de cuentas habían venido desde el lejano Canadá hasta aquí, precisamente para ver algo interesante, y a lo mejor ya era un poco tarde para descubrir que lo de aquí era todo bastante común, con frío y niebla y tristeza. No obstante, ellas entraban en calor gracias a su ilusión como si fuera una fogata. A pesar de sus botas y sus uniformes, su cabellera rizada y sus refulgentes ojos y sus labios enrojecidos expresaban a gritos: no venimos para derrotar a Hitler sino porque queremos ver mundo. Y si fueran iguales que las chicas de nuestra zona, un poco ingenuas pero muy sinceras, a lo mejor se habrían atrevido a añadir: y para echar novio. En cualquier caso, yo les estaba agradecido, al menos parecían chicas. Y en el último camión estaba la última chica que no fumaba cigarrillos y no parloteaba y no fingía aquello

de las ilusiones, sino que había dejado extinguirse del todo la fogata de sus sueños, la muy torpe. La adelanté, ella tenía frío y probablemente dentro de sus botas encorvaba los dedos de los pies, mirando al exterior entregó un paquete a una mujer de nuestra calle, que enseguida lo guardó bajo su pañuelo y avergonzada dijo: *merci*. O sea que ella, la última, no había venido para conquistar el mundo, había venido para dar un paquete a una mujer belga. Y la miré y enseguida la reconocí como si fuera mi hermana, tenía un labio leporino.

Y no sé cómo o de qué manera pero esto me recuerda al último alemán que vi y que a lo mejor también era mi hermano, estaba en un camión de los ingleses bajo una continua llovizna y me miró, y con una sonrisa un tanto tristona levantó el pulgar, ok, tal y como había visto hacer a los ingleses.

y alguien me pide que colabore en una revista y otro de los colaboradores lee mi artículo y dice que prefiere que esto no vuelva a ocurrir – claro que sí, se puede publicar algo de boon, pues aporta una nota de humor y de vulgaridad, pero no con demasiada frecuencia porque a la larga la gente pensaría QUE ÉL ERA DEL MISMO ESTILO QUE BOON

y otra revista suplica y resuplica un artículo Y CUANDO LA REVISTA SALE NO INCLUYE MI ARTÍCULO

[78] Juego de palabras con Luftwaffe: fuerzas aéreas (del régimen nazi). Cambiando una sola letra, Boon transforma la palabra en algo así como «fuerzas eróticas».

[79] Hasta la liberación se llamaba Sinte-Annalaan, nombre que recuperó en 1949. Se sitúa en la misma zona de Alost que las calles que hemos visto anteriormente.

Justicia

Los que desde siempre conocemos a proske como alguien que prefiere caerse muerto antes que verse obligado a llamar negro a lo que a él le parece tal-vez-ligeramente blanco, nos hemos divertido mucho con él. Decía: ¡¿qué?!, y de un momento a otro se levantaba solicitando su despido o dando una bofetada al dueño de la fábrica-fulánez o echando a la calle a su señora. Se ve que no tenía una mente lo suficientemente templada como para darse cuenta de que existe algo así como el negro-oscuro y el negro-pálido. Entonces estalló la guerra y el hastío en su interior creció tanto que todavía menos que antes era capaz de expresar sus pensamientos en palabras matizadas, él tenía la necesidad de dar golpes, sí. Todos los sábados por la tarde entraba con un papelito con un discurso de stalin o del deán de canterbury^[80] sobre la unión soviética o belgica libre o la estrella roja, y una vez él mismo tomó la iniciativa de un nuevo boletín «aquí moscú-londres» y me pidió que dibujara la portada a partir de sus indicaciones: por un lado un puño y por el otro dos dedos levantados y entre cables telefónicos una estrella y el título, lo dibujaría yo mismo pero no tengo tiempo. Y una vez hecho el dibujo no vino a recogerlo, los primeros 15 días se le olvidó y 15 días más tarde estaba en la cárcel. Pero volvió, era inmortal, fue su destino vital el de armar jaleo entre nosotros y ni siquiera 1.000 agentes de la gestapo podrían impedirselo. Si allí hubieran conseguido matarlo, su espíritu habría vuelto para levantarse entre nosotros después de la guerra y exclamar: ¡¿qué?! Pues por ahí andaba aquella famosa mañana cuando al fin se batieron en retirada, con una ametralladora debajo del brazo me saludó con gesto amplio y se rio y saltó de una pierna a otra, inquieto, porque aquel cuartel en la plaza-rodeada-de-árboles se quedaba demasiado pequeño conforme iba haciendo limpieza entre los negros^[81]. Pero se moderó, poco a poco volvió a encontrar el tiempo para visitarme los sábados por la tarde y desahogar su corazón. Nosotros que hemos sido presos políticos, dijo, como antiguamente solía decir nosotros los

del kp[82] o los hombres de esto-o-aquello de lo que en ese preciso instante fuera miembro... y no había nada en el mundo que funcionara con justicia, nada nada nada, y abatido miraba a su alrededor a mis libros desperdigados por el suelo. A fulano, dijo, ya sabes el jefazo de la fábrica-fulánez-and-fulánez donde en su época pintábamos coches, lo han soltado para que se escape a suiza, mientras que los pececitos pequeños permanecen reclusos. Y era inútil que me esforzara por convencerlo de... Interrumpió mi vacilante frase con una tristeza imposible de clasificar empañando la voz: ¡y ahora tenemos que entregar nuestras armas! De modo que por un lado sueltan a todos los hombres que yo detuve y por el otro me quitan mis armas; si por un casual un día pasas cerca de nuestra casa, mira por si acaso en el canal a ver si estoy ahí con un tiro en la barriga. Y de pronto se levantó y se fue, y no sé qué pasó realmente porque no quiero saberlo, el caso es que proske está nuevamente en la cárcel porque, según dicen, ayudó a escapar a los peces pequeños. Pero en fin, proske jamás estará de acuerdo con alguien o con algo, cualquier día escucharé el timbre de casa y ahí estará él, miembro de los pppggpg, los presos políticos de la preguerra la guerra y la posguerra.

y todo el mundo me pregunta por el bigotito que me he afeitado, pero nadie pregunta por el libro en el que ya no puedo seguir trabajando

y marie-louise (ya escribí sobre ella en esta pequeña-guerra en la que a estas alturas no aparece nada apto para que lo lea una persona decente) fue a trabajar en una tienda donde hacían abrigos de piel y fue a llevar 1 de esos abrigos a domicilio y cobrarlo Y DESDE ENTONCES HAN PASADO 3 MESES Y TODAVÍA NO HA LLEGADO A CASA

y escuchando a los poetas en la radio, sobre el demonio y su madre, sobre dios y su madre, y sobre el arte – estaría bien si entrevistaran a una persona y que esta dijera con cara hipócrita: lo siento pero sobre ese tema no sabría decir nada, señor

y jan que lee estas páginas y me pregunta si mi máquina de escribir no tiene mayúsculas – claro que sí, digo – entonces ¿por qué haces esto?,

pregunta

[80] Hewlett Johnson, el *Deán Rojo*, que apoyaba incondicionalmente a la Unión Soviética.

[81] No se refiere a los americanos de piel negra, como en el capítulo anterior, sino a los fascistas belgas.

[82] Siglas del Kommunistische Partij: partido comunista belga.

Alguien que estuvo en buchenwald

¿Un partisano? Era alguien que se peinaba con la manilla de la puerta y se movía sigilosamente por las calles nocturnas cual gustave aimard^[83] por las praderas, con una bomba en cada una de las manos y un pequeño cañón antitanque colgado de la cintura y unos pantalones hechos jirones alrededor de las piernas. Hasta que por 1.^a vez irrumpió un partisano en mi casa, que era un señor con gafas de pasta (su supuesto camuflaje) y una corbata azul marino con una ligera raya roja, de modo que mi mujer dijo más tarde: te podrías comprar una corbata como esa, y para colmo unos zapatos de charol. Zapatos de charol, pensé con infinito desprecio. Se llamaba andré, pero eso obviamente era un alias clandestino para despistar a los demás, y al principio creí que también su atuendo pretendía despistar, porque al ver cómo se sentaba con delicadeza y era cortés y se tomaba su café con unos modales exquisitos yo habría jurado que era una tía. Guarrón, que estaba con nosotros, le dijo que había que convertir alemania en un gran páramo, mecagüendiós, entonces andré abrió los ojos como platos y dijo que le daría pena destruir todas aquellas iglesias y castillos antiguos, y cuando objeté que no eran más que un montón de piedras viejas y que después de la guerra se podrían construir iglesias nuevas, me miró... exacto, de la misma manera en que yo había mirado sus zapatos de charol. Y es que más tarde oí comentar que antes de pasar a la clandestinidad había sido conservador no sé si en el gabinete de estampas, en cualquier caso en un sitio donde se lucha a la desesperada contra el polvo. Ahora bien, por citar algo que lo definía de arriba abajo: tuvo que hacer de enlace con una partisana del puerto y daba la casualidad de que era una chica de esas ya sabes a las que la gente da toda una serie de nombres despectivos, y no veo por qué, hay mujeres que son costureras otras que son dactilógrafas y otras que son putas, y resulta que esa chica dijo sobre él: ¿qué?, ¿andré?, es una buena amiga. Y también andré recorrió el sangriento viacrucis de los despachos de la gestapo a breendonk^[84] y de breendonk a

buchenwald, y allí en buchenwald le volvieron a sacar OTRA VEZ – y cuando te sacaban de allí ya podías santiguarte – le ataron las manos a la espalda y lo llevaron a la horca donde... ay casi iba a decir que allí estaba dispuesta su última corbata, pero suena tan... tan... Si te paras a pensar en la cantidad de gente nuestra, de los mejores, que se han dirigido a ese lugar con las manos atadas a la espalda... Pero cuando estaba allí de repente aparecieron los aviones y sonó la alarma y empezaron a bombardear las barracas de las SS, así que todos se fueron corriendo dejando a andré allí de pie junto a la horca. Y una vez desaparecidos los aviones todos salieron de sus refugios y buscaron a andré pero se había marchado, entre los muertos localizó el pasaporte de un francés y le dejó a cambio el suyo. André estaba muerto, el andré que había vivido aquí en la clandestinidad vivió allí en buchenwald su 2.^a clandestinidad. Y ahora regresa, se sienta con delicadeza y pregunta cortés qué tal estoy, y cuando yo le pregunto qué tal lo ha pasado allí me responde primero lo que más le ha removido: me pusieron tarea y ¿sabes lo que tuve que hacer?, y se sonroja de vergüenza y agacha la cabeza – y dice tan bajito que casi ni él mismo puede oírlo: vaciar las letrinas.

filosofía del pequeño y pobre hombre engañado: hay que joderse te cagas de miedo y te mueres igualmente

y me llegan 2 cartas, la 1.^a me dice que me devuelven mi TESTO y la 2.^a que han BALORADO la calidad[\[85\]](#)

y el sargento de la unidad de minas que está en el tranvía y alardea ante una atractiva rubia diciendo que conectan un cable a las minas y entonces desde el refugio crac-crac – y enseña el puño así girándolo – y en todas partes se rompen los cristales jaja PERO A VECES HAY RATÉS

¿qué son ratés?

las que no explotan de modo que tenemos que ir a examinarlas – y hace un gesto con el pulgar y los dedos así, como un corazón diminuto que late con ansia – y la atractiva rubia da grititos de excitación

[83] Escritor francés del siglo XIX, que al hilo de sus viajes publicó historias de indígenas americanos.

[84] Fortaleza cerca de Amberes, que los nazis utilizaban como campo de concentración.

[85] Y alguien que leyó esta página corrigió el error como buen muchacho, a lo mejor se molestó porque ni siquiera sé escribir *valorado* (nota del autor).

Le drapeau

Los soldaditos del ejército belga participábamos en grandes maniobras en el campo de Beverlo^[86] donde un espécimen de aquellos oficiales de antes de la guerra preguntó a fulano dónde estaba el enemigo, y fulano miró sin decir palabra a aquel espécimen que le llamó tontolabá y se fue, entonces fulano se volvió hacia nosotros y dijo: ¿cómo iba a contestarle que el enemigo era él? Pues ¿quién es tu enemigo? Alguien que no habla correctamente tu idioma y te tacha de tontolabá, alguien que es pagado por la población al completo para dar de comer a los soldados pero se mete el dinero en el bolsillo y alimenta a los soldados con algo indigno, alguien que joroba la vida a sus soldados, alguien que provoca un suspiro de alivio en los soldados cuando se enteran de que ha muerto, alguien que... que en definitiva es tu enemigo. Pero solo te das plena cuenta cuando ves a los oficiales americanos que van de copas con sus hombres y juegan con ellos al póquer, hasta tal punto que vi a un ordenanza dar una palmadita en el hombro a su capitán diciéndole: oye, ¿te tomas algo también? En un ejército de esa naturaleza no me importaría ser *cowboy* quiero decir soldado.

Esto a modo de preámbulo, pues en realidad quería escribir sobre el típico comandante del ejército belga, uno que se llamaba machin o chose-là^[87], no recuerdo exactamente, cuando te cruces con él en la esquina de la calle rue verás enseguida de qué clase de individuo se trata. Un día era oficial y machacaba a los soldados y otro día vestía de civil para así, en calidad de hermano-de-su-hermana, machacar a los obreros en la fábrica de su hermana. Era rexista^[88]. Le dijo a un chico de la fábrica: no te amo, a lo que el chico respondió asombrado: no es necesario pues no podrás casarte conmigo. Entonces un enemigo aún más grande invadió el país que él había ayudado a hundir en la mierda, y entonces por supuesto corrió todo lo que pudo, con su coche y su madame y sus 2 perros de caza casi se precipita en el mediterráneo. Pero en su calidad de hermano-de-su-hermana volvió en

cuanto pasó la tormenta, pues ¿cómo iba la fábrica a hacer mantas para el ejército alemán si no estaba él? ¿Y cómo se iba a gestionar la mina de carbón de la que él tenía acciones? Volvió vestido de civil y lo único que hizo fue traficar con carbón, lo que él llamaba sabotaje (ya me gustaría saber qué sabotaba, al margen del bolsillo de la gente humilde), pero no creas que se metió en la resistencia o que fue él quien urdió aquel atentado a un tren alemán o que ayudó a imprimir y repartir manifiestos. Qué va, todo lo contrario, pactó con los traficantes-de-carbón vinculados a la vnv y devlag^[89] y rex que consiguieron una autorización para llevar su camión a valonia y cargar el carbón de monsieur machin, supuestamente para el racionamiento. Qué risa, el racionamiento. Y mira, el 1.º día de la liberación... no, el 2.º, porque en el 1.º todavía había temor a que los alemanes que estaban cercados detrás del escalda pudieran volver... O sea el 2.º día de la liberación salió de nuevo a la calle con su uniforme de oficial del ejército belga conduciendo con nafta de los ingleses y la gente se quitaba el gorro ante este comandante que se puso en la entrada del cuartel por la que internaban a los negros, y sentado a una mesa redactaba informes y hablaba francés y no hacía nada que fuera útil, sino que todo lo liaba y hacía desaparecer expedientes e impedía que soltaran a personas sencillas mientras que inmediatamente daba el alta a los ladrones-de-carbón-del-rex. Hasta que ya era demasiado y proske, que no aguantaba ver todo aquello, le asaltó y dijo: devlag devlag ¿sabes lo que significa devlag? Entonces él sacó su pecho de alto oficial y con su llameante mirada tumbó a proske, por lo visto no había entendido que la mentalidad de los ejércitos aliados era otra que la del ejército belga, únicamente había entendido que tenía que cambiar cuanto antes sus billetes de 1.000 por billetes de 50 pues, si no, se lo quedaría gutt^[90]. ¿Que si sabía lo que era devlag? *Deblague*, decía él, *mais oui c'est le drapeau*^[91].

y una señora bienvestida aunque-ya-un-tanto-envejecida-y-avinagrada, que sentada en el tren mira en el periódico los anuncios de las salles-de-vente, «venta de muebles antiguos en el palais-des-beaux-arts», lo arranca, y luego hay otro anuncio similar y lo arranca también, y luego hay OTRO anuncio similar, entonces un obrero sentado a su lado que lo ha estado leyendo también dice: madame, ahí hay otro

y mi hijo jo que por la mañana va al colegio y por la tarde se presenta en casa un mocoso que dice que la señorita ha dicho que jo debe ir a clase – y la cara de mi mujer que no sabe si caerse muerta en el acto o no – le habrán atropellado – es un chiquillo – vete a saber – estará en el hospital – o en el depósito de cadáveres – entonces voy a buscarlo y no ha pasado nada, lo encuentro y resulta que no ha ido a clase porque le apretaban demasiado los zapatos, dice – porque sabe que no PUEDO comprarle zapatos nuevos

[86] Campo de instrucción militar, en el norte de Bélgica.

[87] *Machin*: equivalente francés de Fulano. *Chose-là*: (francés) algo así.

[88] Rex (de «Christus Rex»): movimiento fascista belga, mayoritariamente francófono, liderado por Léon Degrelle.

[89] VNV: véase nota en página 98. DeVlag: véase nota en página 100.

[90] Camille Gutt: ministro belga, responsable de una importante operación de saneamiento financiero al finalizar la guerra.

[91] En francés: claro que sí, es la bandera.

Carta de mi amigo pintor

Querido amigo escritor, quizá te acuerdes de lea lubka, la chica judía que durante la guerra llamábamos liske y que para mí nunca se llamará de otra manera pues es su nombre honorífico, que en los ratos en que no tenía que repartir revistas ilegales o atravesar la ciudad con una bolsa llena de explosivos siempre estaba sentada por ahí haciendo calceta en silencio – no sé qué hacía y probablemente ella misma lo sabía aún menos – y que una vez cada 15 días abría la boca para dejar salir un pensamiento tan profundo y tan hermoso que en vano lo buscarías en dostoyevski o en d. h. lawrence y ni tan siquiera en *die-erlösung-vom-leiden*^[92] de buda que te compré el mes pasado junto a la caseta de ayuda de invierno en la plaza del mercado, viéndola sentada un día la retraté como emigrante con su hatillo sobre las rodillas mirando con su carita de niña a través del hatillo al pensamiento siguiente que estaba madurando en su interior y que a lo mejor dejaría salir de su boca al cabo de 15 días – pero una vez más no estaba bien, el cuadro, como tampoco lo está tu escritura, acuérdate de una de esas noches cuando aún éramos sinceros e inocentes y en la pasarela de hierro debajo del puente nos quedamos observando el resplandor de las luces amarillas en las aguas negras y dijimos: tan solo escribiré cosas y tan solo pintaré cosas que sean profundas y veraces y hermosas, pues resulta que ahora tú escribes chistes y yo pinto mickey mouses en camas infantiles – en fin, aquel último pensamiento hermoso liske no llegó a expresarlo, a menos que lo hiciera allá en alemania adonde fue deportada. Y ayer al llegar a casa pongo la radio sin escucharla, como suele ocurrir, y de repente oigo su nombre: lea lubka regresa en buen estado de salud del campo de mauthausen, y me paseo entre mis 4 paredes y digo al cuadro fracasado de ella mirando su hatillo y a la taza agrietada en la que ella bebió y a la desvencijada silla en la que estuvo haciendo con sus agujas de punto algo mucho más grande que un simple par de calcetines, a lo mejor lo que hacía era aquello que entonces todos anhelábamos y cuyo lejano

reflejo a veces sigo buscando en tus ojos, tonto de mí... Pues a todas esas cosas dije excitado: está volviendo está volviendo. Y salí a dar vueltas por las calles diciendo gritando susurrando a las nubes y a los árboles de la avenida y a los vendedores ambulantes de *cigarettes-anglaises* en la radijzengang^[93]: ¡está volviendo! Pasé por casa de piet – donde también estaba el hermano de piet de modo que me ahorré un paseo porque también tenía previsto ir a verlo a él – y a continuación fui a casa de leo aunque leo no la conocía demasiado, pero esa no era la cuestión, la cuestión era que yo pudiera contarle en todas partes. En todas partes. LEA LUBKA ESTÁ VOLVIENDO. Y esta mañana recibo una carta desde suecia que dice que lea lubka falleció en el campo: en los últimos instantes sus amigas hicimos lo posible para atenuar su sufrimiento – ay liske liske – entre todas juntamos nuestros anillos de matrimonio y dientes de oro para poder comprarle un huevo, robamos y ahorramos comida para salvar su vida y así vengar su cautiverio en el campo, donde durante días y semanas fuimos obligadas a trabajar con el agua hasta la cintura, y agotada enfermó de neumonía, y cuando habíamos logrado que pasara por el ojo de la aguja fue nuevamente castigada y tuvo que presentarse al recuento en el patio bajo la lluvia que arreciaba, horas enteras de pie, y ahora está muerta. Lea lubka está muerta y vuelvo a casa y la radio está puesta donde siguen anunciando su nombre: lea lubka regresa en buen estado de salud del campo de mauthausen. Tu amigo pintor.

y la historia de nico rost^[94], que se cubría la cabeza con un trapo para ocultar sus úlceras y que cuenta que en dachau al hacer cola empujaban un cadáver-con-un-tazón-en-la-mano para así tener más sopa

y el cadáver tuvo que presentarse al recuento también

y durante la guerra nadie sabía qué era el of^[95] y a los 4 días de la liberación cualquiera te decía que también había estado en el of – en cambio, ahora dicen: me alegro de no haber estado nunca en el of porque son todos unos asquerosos comunistas

y mi padre dice: vaya, pusimos en la ventana un rótulo que decía que habíamos estado en la resistencia y por eso ya nadie entra en nuestra tienda – y expulsamos a alguien de la unión de pintores y cristaleros por estar con la gestapo y ahora este agente de la gestapo ha recibido un cupón para vidrio mientras que los demás pintores que estamos en la unión no tenemos cupones para vidrio

[92] En alemán: la-redención-del-sufrimiento.

[93] Pequeña calle de Bruselas, en una zona donde se practicaba la venta clandestina.

[94] Escritor de izquierdas holandés, de quien se han publicado recientemente en España los libros *Goethe en Dachau* y *Reportajes antifascistas* (ContraEscritura, Barcelona, 2016).

[95] Siglas de Onafhankelijkheidsfront (Frente para la Independencia), importante organización de resistencia.

Objetivo f-i-8^[96]

Y en la estación está stalpaert el-de-la-werbestelle^[97] al que van a llevar a gante esperando entre 6 gendarmes al tren, ¿dónde está? ¿dónde está? Tú pedazo de cabrón, toma toma y toma, bien merecido. El hombre se queda sin inmutarse. Tiene unos ojos claruchos sin luz con los que mira a un punto que se encuentra digamos en la estación pero que lo mismo se podría trasladar hasta el infinito, y tiene la cara rojiazul por haber recibido otra paliza ayer. Les saca una cabeza a los demás como si fuera el eje de un tiovivo de caballitos, toma, y el eje retrocede, toma, y el eje avanza mientras el tiovivo-de-gente sigue dando vueltas a su alrededor y le grita cosas que ha estado rumiando durante 4 largos años: ¡ya verás cuando termine la guerra! Mira aquí stalpaert, dice el gendarme, y la tempestad se enfurece por ese lado, entre caras risueñas llorosas muy-pálidas muy-enardecidas una que solloza y otras 3 que no dicen nada. Vaya, ¿qué hay de los tiempos en que nos apartábamos de la acera cuando pasabais tú y tu señora?, alemán *heil hitler* imbécil sádico caníbal. Mira allá stalpaert, dice el gendarme, y entonces la tempestad se enfurece por el otro lado. Y el jefe de estación que estaba mirando sin intervenir, de pronto se acerca gesticulando, cuidado cuidado allí llega el tren a gante de las 7:45 horas. Y donde hace un instante la gente más alejada se agolpaba alrededor del tiovivo para acercarse al eje, ahora se agolpa para no ser atropellada por el tren a gante de las 7:45 horas que ruidosamente está efectuando su entrada en la estación, y mientras buscan un compartimento vacío (hay tantos para estar sentado como para estar de pie) arrollan al eje es decir a stalpaert de modo que de súbito deja de ser un tiovivo para convertirse en mar, en charco, en algo que no se parece a nada. Sube, dice el gendarme, y stalpaert se sube y busca con sus ojos que nada distinguen un rincón y se sienta como si continuara siendo stalpaert el-de-la-werbestelle, como si no entendiera que stalpaert el-de-la-werbestelle es un sueño, una pesadilla soñada ayer pero que hoy ya no existe. Ponte de pie

stalpaert, dice el gendarme y stalpaert se coloca con los brazos en alto delante de la ventanilla, qué pedazo de cabrón, le chorrea la sangre desde la nariz por la barbilla hasta gotear sobre el abrigo, sus ojos siguen mirando a aquel punto lejano, ¿dónde cojones será?, y al verlo allí de pie casi parece nuestro señor, nuestro señor de los demonios. Y una chica dice: me voy a desmayar, pero no lo hace, y un caballero empieza a hablar en un lenguaje elevado al que no está acostumbrado: al fin al fin se ha obrado justicia. Y el tren da un pitido y se va, el andén de la vía 2 está vacío y el andén de la vía 3 está lleno de gente que viaja a bruseles y que mira cómo se aleja el tren con dirección a gante. Alguien mira con asombro su sudorosa mano y otro saca su reloj y mira a lo lejos de donde ha de venir el tren a bruseles de las 8:10 horas, y un caballero que estaba en 1.^a fila dice: aun así no me gusta verlo.

y simonne y lucette que se animan a ir al baile de los canadienses pero no tienen sitio para bailar ni tampoco tienen sitio para sentarse y ni tan siquiera tienen un sitio para estar de pie, y los palcos que están abarrotados de colegialas de entre 14 y 15 años, enseñando el culo entero, abrazadas por canadienses mayores canadienses jóvenes canadienses borrachos – y jette que es una vieja puta de unos 60 años también ha ido a bailar y se ha saltado solo un baile porque tenía que ir al baño

y los niños que se agarran a los camiones en marcha y sueltan sacos de carbón y desde los camiones los vacían o aunando fuerzas los arrojan – y tú que dices: con la miseria que hay – pero cuando vas detrás de ellos ves que recogen el carbón para venderlo

[96] Se refiere a la sección 8 (la de Alost) del FI (siglas francesas del frente que mencionamos en la nota anterior, «Frente para la Independencia»).

[97] En alemán: «agencia de empleo», donde los ciudadanos belgas debían presentarse para ir a trabajar a Alemania.

Premios

Si tuviera una libreta habría habilitado una página especial: premios. Y aunque yo mismo no hubiera ganado ninguno te leería varias cosas anotadas en ella, pero suelo saltarme deprisa metafóricamente hablando dicha página de mi libreta imaginaria, ya que bÉlgica no es más que una aldea donde cualquier hombre pequeño conoce a otro hombre pequeño y enseguida comenta... pero ¿no es acaso el hecho de que me tome en consideración algo así la prueba de que en cuanto a pequeñez no soy menos que otros? Y hablando de premios, durante la guerra era posible ganar 50.000 francos (dicha página de mi libreta sería una página de cifras, pues por lo visto los valores espirituales no se pueden determinar de otra manera), o sea 50.000 francos por escribir un librucho. Ahora bien, tenía que versar sobre bruselas, como comprenderás, tenías que tener la habilidad de que figurara el típico muchacho bruselense y que una calle cualquiera-sin-la-menor-importancia fuera el boulevard Émile Jacqmain o acaso la calle rue donde está el manneken pis, porque ese era el guiño de rigor... pero jamás aludir a aquella otra calle rue donde están los burdeles para homosexuales donde conozco a un escritor que fue demasiado débil para aguantar la tempestad y se convirtió en prostituto, dios lo bendiga... pues ese sería un guiño inoportuno con el que echarías a perder tu premio. Y eventualmente podrías comentar en tono jocosos que los muchachos bruselenses tenían piojos, pero la página en la que sin darte cuenta hubieras escrito que era un escándalo la cantidad de muchachos bruselenses que tenían sarna por haber dormido con su hermana que a su vez había dormido con alemanes, esa página se ocultaría pegando una hoja en blanco encima. Además era necesario que vivieras en bruselas, lo cual era lo de menos, pues ¿qué cuesta alquilar por 15 días una habitación en el impasse du piepenhol^[98]?, en cualquier caso esto demostraba que bruselas no se sentía el corazón del país sino una ciudad aparte que no se relacionaba con personas de amberes y gante y ostende. Luego había otro premio de

250.000 francos belgas que manos alemanas te metían en el bolsillo por una novela-de-cualquier-índole siempre que fuera llana-y-cercana y careciera de profundidad psicológica y «se pudiera divulgar entre amplias capas de la población», en otras palabras: no tenía que ser arte mayúscula y no debía ser literatura universal y no podía contener cosas que fueran verdad, no debía ser denuncia social y no se debía afirmar que el ser humano es un ser que ha de comer y beber y mear y cagar y pensar y dudar y hacer (y hacer significa irremediamente, pues en eso radica lo humano, errar). O sea que debía ser un *haardvriend*^[99] – edición francesa: *bonnes soirées* – 250.000 francos por un *haardvriend* y un pequeño premio de consolación de 50.000 francos por un *minihaardvriend* y dos casi innumbrables premiecitos de consolación de 25.000 francos por sendas obras no susceptibles de ser publicadas. Y me imagino que durante la guerra había en algún desván de bruselas un f. m. dostoyevski, con sarna, bizco del hambre y aterido de frío, escribiendo, y que en un plazo de digamos 100 años se encontrará su manuscrito y que la gente empalidecerá de respeto por semejante obra, menuda bofetada sería para nosotros los premiaditos, ¿no crees?, y finalmente hay otro premio de, me avergüenza decirlo, apenas 15.000 franquitos para el que quiera escribir algo sobre el joven obrero de la fábrica. No sé en qué términos se articula textualmente porque creo que mi mujer ha encendido la estufa con la convocatoria, el caso es que se trata del joven obrero que, figúrate, solo piensa en cobrar más sueldo y no tener que trabajar en condiciones tan precarias y encontrar novia y divertirse de lo lindo en sus 6-días-de-permisos-remunerados por favor (yo también, entre paréntesis, solo pensaba en eso cuando trabajaba en la fábrica de fulano), para en última instancia acercarse a ese joven obrero a cristorrey. Mas no nos pongamos hipersensibles y veamos las cosas como son, no tengo nada contra cristorrey, ni mucho menos, pero en las bases del certamen pone que «hasta ahora no conocemos a nadie en flandes que haya escrito sobre el joven obrero» (no dicen: hasta ahora nadie ha escrito, sino: hasta ahora no conocemos a nadie) y al final del todo pone que el escritor cedería sus derechos de autor aunque en caso de una «eventual» reimpresión cobraría 15.000 franquitos. Si yo fuera el escritor no contaría demasiado con una eventual reimpresión pues seguramente lo publicarían a la manera del *daidsfonds*^[100], con digamos una tirada de

60.000 ejemplares y digamos un beneficio de 2 francos por ejemplar lo cual reporta a los editores con su inquietud por acercar el joven obrero a cristorrey 120.000 francos y al autor que es un joven obrero (si no, ¿quién escribiría sobre él?) 15.000 francos.

y maurice cuenta que hubo un incendio y que un negro americano arriba del todo en una escalera extensible sin sujetarse sacó a 2 niños a través de una ventana en llamas – y yo que he estado más de una vez subido a una escalera extensible sé lo que eso significa – pues los negros americanos SON TREMENDOS, dice maurice con entusiasmo

y mi mujer cuenta que ha oído contar que en las ardenas unos negros americanos se alojaron en una granja y por precaución los habitantes escondieron a las 2 hijas, entonces los negros se tiraron a la propia granjera hasta dejarla muerta – pues los negros americanos SON TREMENDOS una especie de delincuentes, según ella ha oído decir

y yo pregunto a un policía que qué tal, y me responde: bien pero me da miedo organizar el tráfico en la esquina del boulevard y la carretera-de-bruselas porque los negros americanos SON TREMENDOS serían capaces de atropellarme

[98] Humorístico híbrido entre francés y holandés: algo así como «Callejón-sin-salida del Agujero».

[99] Nombre de una revista semanal dirigida al público femenino, que significa «Amigo del Hogar».

[100] Entidad flamenca independiente que debe su nombre al canónigo Jan Baptist David y que todavía existe. Edita libros y organiza actividades.

A todos...

los que vieron florecer su juventud entre las 2 guerras, que idolatraron a r. rolland, la conciencia de europa, y que en las manifestaciones vespertinas gritaron nunca-más-guerra, y que en su habitación seguramente tenían una de las 25 imágenes de *la pasión de un hombre* de masereel^[101] (preferentemente la del chico contra la pared maniatado por la espalda que con la cabeza erguida mira a algo que masereel omitió en su estampa), y que rompieron el suelo del cine a base de patalear de alegría cuando pusieron *camaradería* de pabst^[102] (oh cuando echaban abajo la valla subterránea que separaba a los mineros alemanes de los franceses y los unos acudían a socorrer a los otros, a lo mejor de puro entusiasmo estuviste tamborileando en la cabeza de la chica que tenías delante, que no se percató porque de puro entusiasmo ella también estaba tamborileando en la cabeza del chico de delante) y que declararon que su juventud fue la más hermosa que haya existido jamás, y tienen toda la razón pues siempre «mi niño es el más guapo», aunque...

a todos vosotros...

que tuvisteis el valor de pertenecer a la juventud-de-ayer y asimismo tendréis que tener el valor de pertenecer a la juventud-de-hoy, que ha florecido en esta última guerra, cuyos chicos – por contraste – se ponen románticos porque la realidad realmente se ha hecho insoportable y cuyas chicas fuman cigarrillos y dicen a los chicos que prefieren esperar a un tommy^[103] y que tienen unas piernas altísimas con rodillas un pelín gruesas, que llevan una blusa *swing* demasiado larga y unos pantalones demasiado cortos con calcetines blancos y que se han pasado 4 años comiendo pan de racionamiento y escuchando bombardeos y hablando de muertos como quien habla de hojas secas y que bailan *swing* (la pequeña justine recorre la sala entera en apenas 5 zancadas y es que tiene un par de piernas bien puestas jóvenes y hermosas aunque creció a base de *schlamm* y arenques^[104] hubiera sol lluvia o viento) y que saben de sobra que hay que pagar cuando alguien

hace algo por alguien, y que se sientan en la heladería donde no hay helado sino consumición refrigerada, y que van al cine donde ya no ponen a pabst ni a eisenstein ni a ruttman ni a king vidor ni a chaplin sino *las asombrosas aventuras del barón de münchhausen* y *la ciudad soñada*[\[105\]](#), todas ellas en colores naturales, que les gustan muchísimo – les gusta el swing y les gustan las películas alemanas en las que la gente baila el vals y rechaza el swing como algo bárbaro, y bailan al son de discos-de-canciones-de-cowboy que por lo visto se han podido preservar, y *vía-mala-de-no-recuerdo-quién*[\[106\]](#) les parece una obra-maestra y el novomás que se puede proclamar es *ciencia-contra-monopolios*[\[107\]](#) (pues nunca reflexionan sobre nada, aceptan todo lo que se les ofrece, pero tienen el valor de no moverse de su butaca cuando en la pantalla del cine empiezan a bailar unas letras rojas «alarma»... si acaso dicen a la chica de al lado: hay alarma, como si ella no lo hubiera leído por su cuenta), ahora bien no hay que decirles que la película actual no se puede comparar con las de antes de la guerra como, ay, y *el mundo marcha la caja de pandora los muelles de nueva-york la quimera del oro*[\[108\]](#), no serviría de nada pues les oiríais responder con profundo desprecio que es algo que ven todos los días en la vida real...

a todos vosotros...

que queréis pertenecer a la juventud-de-hoy, os he de advertir que para algunas cosas esta generación posee una actitud excesivamente mercantil de modo que para otras se ve obligada a comprar una dosis de romanticismo aunque sin dejar de preguntar cuánto cuesta; y que considera las cosas que vosotros en vuestra juventud soñasteis ridículas; y que no tengáis prisa en retiraros a un rincón, pues la lucha más dura en la vida es la lucha por no amargarse.

y entonces se para un camión lleno de prisioneros de guerra alemanes y todo el mundo se acerca con pan y cigarrillos y carne que Bélgica tendrá que pagar caros a América – y todos los que estuvieron trabajando en Alemania les hablan en alemán para mostrarles que... sí para mostrarles ¿qué? – porque esos chicos en el camión han pasado frío y hambre, dicen – y hay un soldadito belga vigilándolos, pero no le dan nada – será que él no ha pasado ni frío ni hambre – y cuando se enteran de que hay menos mantequilla o no

hay chocolate uno dice: bonito gobierno de socialistas y comunistas tenemos – y otro: son los malditos americanos que regalan nuestra comida A LOS ALEMANES

y parece como si todo el mundo estuviera aguardando algo, dice mi cuñado, que nunca ha hecho otra cosa más que aguardar

[101] Artista belga, antifascista. Boon alude aquí a su novela gráfica sobre un joven obrero que se rebela contra su patrono. De *La pasión de un hombre* (título original: *25 Images de la passion d'un homme*, 1918) existe una edición española reciente, (José J. de Olañate, Palma de Mallorca, 2018).

[102] *Camaradería* (*Kameradschaft*, 1931) también se conoce con los títulos *Carbón* y *La tragedia de la mina*. La película se desarrolla en Alsacia-Lorena, después de la Primera Guerra Mundial.

[103] Nombre genérico para referirse a los soldados británicos.

[104] *Schlamm*: (En alemán) barro, que en tiempos de precariedad se utilizaba como combustible, pese a su mal olor. Arenques: en el invierno de 1942-1943 fue uno de los pocos alimentos disponibles, por lo que la palabra cobró un sentido proverbial.

[105] Dos películas de evasión alemanas, realizadas durante la guerra: *Münchhausen* del director Josef von Báky y *La ciudad soñada* de Veit Harlan (título original: *Die goldene Stadt*, literalmente: *La ciudad dorada*).

[106] Otra película de Josef von Báky, también rodada durante la guerra.

[107] Título de un libro del escritor austriaco Anton Zischka (original: *Wissenschaft bricht Monopole*, 1936). Esta publicación de venta espectacular, lectura obligada en las escuelas, planteó el nazismo como culminación del buen uso de las materias primas y sintéticas.

[108] Títulos de cuatro películas mudas de Vidor, Pabst, Von Sternberg y Chaplin, respectivamente.

Self-defense

Si en este libro he dicho todo el rato «yo» era una mera forma de hablar, ese «yo» se refiere más bien a ti – tú pobre y pequeño hombre aplastado humillado escupido y engañado con promesas, que no tuviste el valor o fuiste demasiado tonto para mantenerte derecho y gritar: que me chupen los huevos, en los palacios donde la gente venera a un dios revestido de oro y brocado y se arrodilla ante generales y putas y reyes y ministros de estado que han de lucir muchas condecoraciones en su panza para desviar la atención de sus cabezas huecas y ante los poetas y pintores y doctores y catedráticos y novelistas que han lisonjeado a todas aquellas putas y ministros de estado diciéndoles: lean mis libros y vean no hay injusticia y no hay pobreza – tú, pobre y pequeño hombre humillado y encandilado, que te ríes conmigo y con este libro porque te muestra tal y como eres y en alguna parte se dice la palabra chichi – jaja – y que has oído decir que soy un escritor malo, déjame que te hable del escritor-de-la-pequeña-guerra-mismamente (a fin de cuentas tolstoyevski dijo que el hombre moderno solo sabe hablar de sí mismo), que con mucho gusto propondría al editor convocar un certamen en el que «cada uno escriba su propia pequeña-guerra 1.er premio una pipa», entonces él mismo también participaría (una vez charlot convocó un certamen al mejor imitador de charlot y él mismo participó y acabó como 7.º) y diría a todos los rivales lo siguiente:

Un escritor-de-pequeña-guerra ante todo ha de pensar que la gente considera que un libro es un entretenimiento público en el que no se debe blasfemar ni escupir en el suelo ni despertar a nadie de su adormilada conciencia. Además, ha de pensar que por supuesto se puede pasear con los ojos abiertos pero no escribirlo todo tal y como lo ha visto, pues entonces no sería arte y los filólogos dirían que se limita a ser una cámara fotográfica. Y además de esto, ha de pensar en ir detrás de cualquier persona con la que se cruza para pedirle su documento de identidad, «porque podría ocurrir que en

un par de años escriba sobre usted». Y sobre todo no ha de dejarse fotografiar porque en cuanto pisa la calle alguien le reconoce y cree ser su soldado del 14-18 o el oportunista señor de swaem o el oportunista señor boone o un señor sensiblero o proske o el mismísimo-fulano. Hay 36 personas que creen ser fulano y hay 11 señores que miran al escritor con cara furiosa creyendo que se refirió a ellos al hablar del señor de swaem, cuando se refería solamente a un señor simbólico, y 2 de ellos le han mandado una carta de amenaza. Hay 5 señores que creen ser el señor boone (porque soy gordo, dicen, y aunque no vivo al lado de un vertedero resulta que el que vive a mi lado deja siempre el cubo de la basura fuera), y 4 de ellos paran a la mujer-del-escritor blasfemando y diciendo que esto no se va a quedar así, 1 de ellos ha amenazado con venir en persona y sacar al escritor de detrás de su mesa. Otro señor reclama lugar de nacimiento nombre fecha y profesión actual de toda una serie de héroes de este libro, como si el autor llevara allá donde fuera un libro mayor en el que cualquiera pusiera su firma: con la presente yo el-abajo-firmante-de-la-protectora-de-animales certifico haber aceptado un jamón de parte del campesino uyttersprot. Imagínate que la compañía del ferrocarril belga pidiera que le facilitasen nombre y dirección de los ladrones de carbón (y a lo mejor el escritor añadiría: yo a escala pequeña y usted, señora, a lo grande). Se lo habrían cepillado, una vez se encontró en medio de un grupo de personas que estaban discutiendo cuál era la manera más eficaz de cargarse a un determinado asesino-perverso-de-la-hulpfeldgendarmerie^[109] y al día siguiente se enteró de que al hombre en cuestión efectivamente le habían pegado un tiro – pues lo creas o no ese día el escritor tuvo que apretar los esfínteres – y quizá todavía pretendan que dé nombres y direcciones... y otro señor envía una carta indignada, «aunque usted lo describa en clave humorística», o sea que el escritor tiene que poner cada letra en papel lacrado mientras que cualquier otro le puede achacar impunemente cosas que no son ciertas, caballero nunca he sido humorístico, a no ser que la gente considere humorísticas las denuncias sociales de chaplin que hacen chorrear la hiel pantalla abajo.

qué apostamos a que en menos de 10 años va a haber otra guerra, dice uno

y otro, que le mira con cara de susto por tener que vivirlo todo otra vez: y encima con bomba atómica

y otro tercero, que empieza a insultar al muy podrido... al muy podrido... y se encoge de hombros porque en realidad no sabe bien QUÉ está podrido

y otro distinto al anterior pregunta: ¿pero DEFINITIVAMENTE estáis locos?

y otro último da la razón al primero porque da la razón a todo el mundo, aunque más tarde dice: no creo que sea tan pronto hay demasiada destrucción – y se aferra a eso, pues ESE ES SU CONSUELO

última exclamación:

***DA PATADAS
A LA GENTE
HASTA QUE TENGA
CONCIENCIA***

[109] Véase nota en página 67.

APÉNDICES

«Reencuentro con Ostende» solo se publicó en el semanario *Zondagspost*, entre «Alguien que estuvo en Buchenwald» y «Carta de mi amigo pintor». En las ediciones como libro de 1947 y de 1960 se omitió.

«Quince años más tarde» y «Palabra final» fueron escritos para la edición de 1960, donde aparecían después de «Self-defense».

Reencuentro con Ostende

Tienes un amigo que mendiga y tienes un amigo que atiende la ventanilla del servicio de abastecimiento y también tienes un amigo que conduce un coche y se para ante tu puerta diciendo: ¿te vienes conmigo a Ostende?, y en el coche hablas sobre Ostende, donde estuviste en el cuartel-del-general-Fulano... ah sí, ahora recuerdas cómo encontraste en el establo de los caballos un casco alemán del 14-18 y te lo pusiste en la cabeza gritando *laus, laus, donnerwetter*^[110]... la verdad es que conocíamos Ostende como a nuestra marmita, cogíamos mejillones en el extremo de un rompeolas, y salíamos a bailar en los cafés con las chicas a las que al principio no entendíamos demasiado bien, ¿pero lo que vosotros habláis también es flamenco?, preguntó una de ellas – y un día salí de una sala de baile con un poeta-de-tres-al-cuarto... «llega la primavera y me inclino sobre una maceta»... y dimos la vuelta a la manzana y acabamos en el mismo sitio donde el hombre dijo: mira, aquí también hay una sala de baile – y por la noche estuvimos en pantuflas escuchando el mar y olvidamos el toque de diana y en el camino de-vuelta-a-casa, disculpa, de-vuelta-al-cuartel, discutimos con unos marineros y zanjamos la pelea en la zona de los burdeles para militares. Ay, Ostende, suspiras...

Y el coche frena con todos sus frenos... aquí está Ostende, dice tu amigo. ¿Aquí? ¿Estos astilleros mutilados, este montón de hierro viejo, estos bloques de hormigón agujereados? Y el coche da un salto para subir al cielo, te parece, pero no es cierto porque lo que hace es lanzarse hacia abajo para conducir al infierno. Socavones, arceños, alambrada, escombros, aire, y un letrero que destaca «atención minas». Y al fin el parque de Ostende, con, a su lado el cuartel-del-general-Fulano en ruinas. ¿Dónde estará aquel casco del 14-18?, ¿acaso habrá a su lado un casco del 40-45? Y junto al reloj floral encuentras lo que queda de la garita, pero apartas la cabeza porque poco a poco te has hartado de ver cosas como esta. Entonces llegas a la parte del

dique de Mariakerke^[111] desde la cual hace seis años te caíste de tal modo que los pellejos de tu cara se quedaron pegados a las piedras. Y afilo mi pluma estilográfica para coger carrerilla y recordar esto y aquello... pero no puedo decir nada porque es excesivamente... ¿Es esta la playa de Ostende?, si lo único que reconozco es un trozo del muro de hierro que antes estaba en Peulis o Rijmenam^[112], en la otra punta de Bélgica, que trajeron hasta aquí para poner en perpendicular sobre un rompeolas, como si temieran que desde el mar algún vehículo se subiera al rompeolas. Y a mi lado hay un habitante de Ostende que me muestra cómo un cangrejo se desprende de su propia pata cuando lo sujetas con un palito, pero no le hago caso, no puedo dejar de mirar hacia atrás a lo que es imposible de describir, por lo desolador que es. Y en medio del dique, justo delante de un hotel en ruinas, hay un búnker en el que un soldado ha rayado su nombre O. Bumke. Y en casa tengo el libro *Lehrbuch der Geisteskrankheiten*^[113] por Oswald Bumke, Múnich. Pero no puede ser el mismo Bumke, quizá haya una diferencia entre el primer O. Bumke y el segundo O. Bumke. Eso sirve de consuelo, aunque escaso. Y a la vuelta nos echamos a reír porque empecé a chillar «frena, Louis», cuando apareció otro aviso de minas ante el morro de nuestro coche, pues ¿qué otra cosa puedes hacer sino bromear después de ver algo tan triste como el dique de Ostende?

[110] En alemán: un piojo, un piojo, maldita sea.

[111] Barrio de Ostende.

[112] Dos pueblos a ciento treinta kilómetros de Ostende. El «muro de hierro» formaba parte de la Línea KW (véase nota en página 75).

[113] En alemán: *Tratado de enfermedades mentales* (1919).

Quince años más tarde

Y quince años más tarde, con la cabeza llena de musarañas cruzo la plaza de la estación y casi me choco con ella. Pero hay algo, no sé qué, que me obliga a mirar esa sonrisa amarga. Y al instante vuelvo a sumergirme en sus ojos. Los años se desvanecen. La veo de nuevo tal y como era antes, una niña, que ayudaba en nuestra casa...

Su familia vivía con estrechez así que después de clase venía a echarle una mano a mi mujer. Básicamente se trataba de romper platos, embarullar el hilo del costurero y descoser las telas mal cosidas. Entonces era todavía enjuta, de piernas demasiado altas como un cordero de pascua. Pero lo más bonito era su carita, una niña del pueblo con alrededor de la boca y los ojos la estría del hambre – era la peor época – junto al rasgo de refinamiento que había heredado de Dios sabe quién. Yo la amaba desesperadamente. De haber sido aún un muchacho la habría elogiado en versos, el caso es que la pinté en el basto lienzo de guerra. Una vez más, estaba sentada descosiendo telas, durante horas, mientras iba confundiendo a mi mujer con toda clase de preguntas. Mi mujer se había criado en los años en los que el mundo creía en cosas, había estado en asociaciones y agrupaciones, y en ella se erigía la firme convicción de que un día todo iba a cambiar. Era alguien que podía servir como estampa de una madre que señala a su hijo un gran sol naciente en el horizonte – e inscrito en ese sol la salvadora palabra, Futuro o algo así.

En cambio, la juvenil asistenta era una niña de la guerra, al cien por cien. Para pan, mantequilla, carbón, había que hacer cola durante horas, pelear, inventarse astucias. Y por las noches estaba el aullido animal de las alarmas aéreas y la gente tenía que irse a los refugios. En nuestra zona eran refugios cavados a toda prisa con unas vigas y tablas y por encima de ellas la tierra del propio hoyo. Antiguamente eran héroes con casco en la cabeza los que estaban en las trincheras, ahora eran criaturas con rasgos de preocupación en torno a los ojos y la boca. Y mientras descosía las telas mal cosidas, hacía

toda clase de preguntas perversas con las que hacía tambalear la fe de mi mujer. Esa era su principal tarea, como la de todos los niños de la guerra: socavar, minar, destruir.

Lo dicho, mientras tanto yo la amaba de forma desesperada e imposible. Y ella lo sabía, la muy bruja. Ella se comía mis raciones de pan, mantequilla y carne. Se lo llevaba con gesto tierno a la boca y me miraba y me hacía sumergirme en los charcos de sus ojos. La primera vez que se presentó en nuestra casa tenía apenas doce años. Y cuando empezó a dejar de venir, con intervalos cada vez más largos, estaba a punto de cumplir dieciocho. Durante seis largos años estuvo con nosotros, cada noche cuando yo volvía a casa – un cielo y un infierno, al principio como si fuera mi hija y luego casi como suplantadora de mi esposa. Entonces empezaron a pegársele como arrancamños los jóvenes, porque se estaba volviendo terriblemente guapa. Y de un momento a otro la guerra terminó y había suficiente comida y simplemente dejó de venir. Era una hija de su tiempo. En años no volví a verla e ignoraba dónde y cómo vivía.

Ahora he cruzado la plaza de la estación, abrumado por preocupaciones, y la he reconocido enseguida. Se subió a su coche y puso las manos en el volante y de repente me miró a la cara – como entonces. Llevaba un abrigo de piel. Y con aquella sonrisa asesina puso en marcha la palanca de cambios y se fue, así de sencillo, sin saludar siquiera. El agua barrosa de un charco salpicó mis perneras.

Y quince años más tarde vuelvo a ver a Guarrón, mecachisenlamar menudo susto, se había convertido en un vejestorio desde los desgastados pies hasta la abobada cabeza. Miré inmediatamente sus manos azules por los tatuajes que en su día aterrorizaron a las mujeres, pero casi no vi las anclas y los soles en esa arrugada piel. Y lo que era peor, él no me reconoció.

Le pregunté si se acordaba todavía de esto y de aquello, y con voz sumisa respondió: no me suena, señor.

Y recuerdo al hombre que cuando salió la primera edición de este libro me envió entusiasmado una tarjeta postal: leo de un tirón su Pequeña guerra y

más tarde le mandaré una carta más elaborada. Y de eso hace quince años y nunca he vuelto a saber nada de ese hombre, de modo que no paro de torturarme con la idea de si al continuar la lectura se quedó muerto.

Palabra final

De los muertos no hay que hablar mal – pero ¿en qué debo pensar para escribir algo bueno sobre madame Ondine? Era una mala pécora, solo vivía para fastidiar a los demás y hacerles la puñeta, para generar caos, para ver guerra. ¿Qué veneno le corroyó las entrañas para que fuera así desde la mañana hasta la noche, desde la cuna hasta la tumba? Tenía por marido a un bobalicón, que a la sombra de ella menguaba y a veces se soltaba y ebrio se ponía a dar voces, desde lo lejos, de que iba a matarla. Y tenía unos hijos que eran unos bellacos, que ella pretendía criar como santos pero a los que casi a diario tenía que mandar a la cama sin cenar. Los encerraba en la habitación y después se iba a chismorrear por el vecindario, a hacer que todos sospecharan de todos, dejando atrás como un cometa una estela de odio y discordia. Y entretanto esos santos bellacos le incendiaban la casa. Mis hijos tienen una educación burguesa, decía ella. Pues eso le parecía lo más alto que se puede alcanzar en la vida, ser burgués, que te llamen dama – que no es necesariamente lo mismo que serlo. Y con furor luchó durante toda su vida por tener en sus manazas los signos externos de ello, dinero, una cuenta bancaria, un número de cuenta. Nunca lo consiguió. Ni tan siquiera tenía una silla, por muy coja y desgastada que fuera, que pudiera llamar suya. Una vez creyó haber encontrado la fortuna, cuando se había ganado-perdido la Primera Guerra Mundial y las tropas alemanas se retiraban del frente en Flandes. Todavía veo ante mis ojos infantiles cómo pasaban renqueando, ensangrentados, mugrientos, en sus uniformes hechos jirones. Cantaban sobre la *krieg* que había terminado y sobre la *heimat*^[114] que volvían a ver, y al pasar arrojaban como si nada miles de marcos. Nadie se atrevió a salir a la calle. Solamente madame Ondine, con sus greñas sin peinar, la arrugada falda llena de manchurroneos de margarina, los calcetines caídos, levantando el delantal para recoger en él los miles de marcos que revoloteaban por allí. Un solo instante dejó de recogerlos y mostró al cielo su delantal a rebotar y se rio

destapando sus dientes grises. Más tarde se descubrió que esos marcos ya no valían nada, que con un millón de marcos apenas podía uno comprarse un pan. Casi se volvió loca, hubo que emplear la fuerza para arrancarle de las manos su fortuna sin valor y quemar los billetes en el patio.

¡Esperad a que haya guerra otra vez!, dijo después. Y preparó a su marido y a sus hijos bellacos para esa futura guerra que tenía que hacer realidad sus sueños. La guerra llegó, el más joven de sus bellacos sucumbió y el mayor se puso del bando negro. ¿Y ella? Con el tiempo se había quedado vieja y canosa y enferma, y un día cuando estaba haciendo cola para no sé qué se derrumbó. Murió en el mismo lugar donde siempre había vivido, en la calle.

Pero con ojos resquebrajados dijo algo muy hermoso, algo que no solo puede considerarse como palabra final de ella sino también como palabra final de este libro:

¿QUÉ SENTIDO TIENE TODO?

[114] En alemán: *Krieg*, guerra; *Heimat*, patria.

EL CAMINO AL OESTE

Stephen Crane, Jack London,
Bret Harte, Frank Norris, Mark Twain

Edición y selección
Rosa Burillo

Traducción de
Jaime Zulaika
e **Irene Oliva**



DE CONATUS

COLECCIÓN LIBROS
DE ENCARGO

El camino al Oeste

Bret Harte, Francis

9788417375119

302 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Clásicos de literatura del Oeste para observar la transformación del sueño americano. El sueño pastoral americano se ha transformado en un crudo sueño de poder y riqueza. ¿Cómo ha sucedido? El progreso y las tecnologías transformaron nuestra sociedad. Estos autores clásicos muestran el impacto de la llegada del ferrocarril (Frank Norris). La aparición de una mujer en medio del Oeste (Stephen Crane). La muerte por congelación de un hombre que no quiso pensar (Jack London). Mark Twain nos hace reír con las conversaciones de un Oeste todavía virgen, las prostitutas de Bret Harte pueden ser la última resistencia de la vida natural.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

LOS MUERTOS

James Joyce

Traducción de Marta del Pozo



DE CONATUS

COLECCIÓN CUADERNOS DE
LECTURA CREATIVA

Los Muertos

Joyce, James

9788417375096

132 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Con una propuesta de lectura creativa, De Conatus reedita Los muertos, un relato perfecto para entrar en el mundo de Joyce y reconocer sus recursos narrativos. Los muertos está considerado uno de los mejores relatos de la Historia de la Literatura. En el escenario de una fiesta de Navidad Gabriel tiene que enfrentarse a su gran miedo: verse a sí mismo. A través de este personaje Joyce nos obliga a plantearnos qué significa vivir. James Joyce: (Dublín, 1882-Zurich, 1941) es un autor imprescindible para entender la literatura actual. Sus recursos narrativos fueron tan innovadores, que la literatura tomó conciencia de la importancia de la originalidad de sus textos, de la necesidad de encontrar nuevas formas de narrar en cada época.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

DAFNIS Y CLOE
Longo

Traducción de Pedro Olalla



DE CONATUS

COLECCIÓN MEMORIA DE
LA HUMANIDAD

Dafnis y Cloe

Longo

9788417375058

149 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En su lectura estaremos presentes en la vida cotidiana de la Grecia del siglo II, sintiendo sus estaciones, el olor de sus campos, viendo el horizonte de su mar y asombrándonos al ver un ladrón, unos jóvenes de la ciudad que se divierten o el sibilino acercamiento de un pederasta. En una traducción actual, sin censura y fiel al original griego, ofrecemos una de las primeras novelas. Ahí empieza a tomar fuerza la presencia, la capacidad de colocar al lector en la experiencia cotidiana de una época.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

TRILOGÍA

Jon Fosse

Traducción de
Cristina Gómez Baggethun,
Kirsti Baggethun



DE CONATUS

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS
CONTAMOS HOY?

Trilogía

Fosse, Jon

9788417375157

168 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Trilogía es un libro hipnótico. Para Jon Fosse escribir es como rezar, y para el lector, leer Trilogía significa entrar en una profundidad desconocida. Con un lenguaje sencillo y un narrador único, Fosse nos cuenta la historia de una pareja de adolescentes que va a tener un hijo y que intenta sobrevivir sin nada en un mundo hostil. Con esta historia entendemos que significa no tener nada y la mirada despiadada de la sociedad, pero también revivimos de forma exquisita el primer amor, la experiencia de empezar la vida. Con esta historia entendemos qué significa la indefensión y nos hacemos conscientes de la mirada despiadada de la sociedad, pero también revivimos de forma exquisita el primer amor, la experiencia de empezar la vida. Es una obra emocional que, desde la oscuridad de una situación extrema, nos ilumina. "Fosse ha sido comparado con Ibsen o Beckett. Es fácil ver en su obra la austeridad con la que Ibsen trata las emociones más esenciales, pero va más allá, porque su voz tiene una feroz simplicidad poética". New York Times

[Cómpralo y empieza a leer](#)

DICEN
Susana Sánchez Arins



DE CONATUS

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS
CONTAMOS HOY?

Dicen

Sánchez Arins, Susana

9788417375218

176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dicen cuenta hechos reales en una red de voces acalladas durante generaciones, no está escrito desde la reflexión política, sino desde la justicia poética, es el relato contemporáneo de la postguerra española. Dicen es un libro innovador. No es poesía, no es ensayo, no es narrativa corta y es todo a la vez. Escrito en secuencias cortas, recoge la memoria íntima de una familia y va reconstruyendo sus vida insignificantes para mostrar el terror de la represión después de la guerra civil. Conversaciones, poemas, cuentos, referencias ensayísticas, secuencias fragmentadas que el lector ordena en una historia impactante. La narración arrastra al lector hasta el final por el ritmo, las diferentes voces, la autenticidad y la comprensión paulatina de por qué esa época está silenciada. La autora habla de la justicia poética como una forma de dar vida a aquellos que no quisieron ser nombrados después de su muerte: los represores. Esta historia recupera sus nombres, sus maneras de actuar, sus personalidades, su poder. Y también devuelve la vida a aquellos que murieron en las cunetas o vivieron marginados: los represariados.

[Cómpralo y empieza a leer](#)